



LOS
DOLORES
DE UNA
CASA

Por el autor de Cartas por el cielo

FABIÁN TAPIA

Los dolores de una casa

FABIÁN TAPIA

DEDICATORIA.

*A Sinaloa por la memoria
y a Chihuahua por el refugio.*

¿De quién son estas patas huesudas? De la Muerte. ¿De quién este rostro quemado e hirsuto? De la Muerte. ¿De quién estos pulmones que aún funcionan? De la Muerte. ¿De quién esta capa de músculos utilitarios? De la Muerte. ¿De quién estas entrañas increíbles? De la Muerte. ¿Y toda esta sucia sangre? De la Muerte. ¿Estos ojos que apenas ven? De la Muerte. ¿Esta lengüecilla aviesa? De la Muerte. ¿Esta atención arbitraria? De la Muerte. ¿Dado, robado o en espera de juicio? Asido. ¿De quién es esta tierra pétrea y lluviosa? De la Muerte. ¿De quién es todo el espacio? De la Muerte. ¿Quién es más fuerte que la esperanza? La Muerte. ¿Quién es más fuerte que la voluntad? La Muerte. ¿Más fuerte que el amor? La Muerte. ¿Más fuerte que la vida? La Muerte. ¿Pero quién es más fuerte que la muerte? Está visto que yo. Cuervo, pasa.

Examen a la puerta del útero, Ted Hughes.

CAPÍTULO UNO

Nos diría el cielo, nos dirían los nombres, nos lo diría el agua, la tierra y el infierno y las intrigas y las historias que nuestro pueblo era un confín de fantasmas, pero nunca lo habríamos intuido. Era Palo Blanco, un ejido enterrado en la selva seca bajo un cielo de cristal y nubes escarlatas de amanecer a atardecer el único testigo de las atrocidades que barrieron con su historia y con sus cimientos de cal.

Era yo.

Yo quien fui los muros naranjas de las casas, los troncos blancos de los árboles artríticos, las ollas de barro y las colinas apenas sujetas amenazando con desmoronarse en cualquier segundo. Pero después, como si los siglos fueran apenas un espejismo, la fatalidad humana me guardó en un pañuelo y me deshizo con su muerte.

Con su envidia.

Con sus deseos de eternidad.

Cada familia tenía el mismo techo, al final de cuentas. Cada una tenía su desdicha tatuada en sus designios casi inscritos en los muros que los contenían. Los muros latían bajo sus pasiones atormentadas. Latían con la fuerza de los corazones muertos que su sed mezquina había aniquilado.

Cada familia tenía el mismo destino, pero no la misma suerte con el tiempo.

Y cada familia tenía un don producto de la naturaleza que los rodeaba hasta convertirlas en fieras de esa selva olvidada.

Tan fieras que se olvidaron de su humanidad.

Tan fieras que con el paso de los años convirtieron a Palo Blanco en un cementerio con sus huesos bajo tierra, tan resplandecientes como si fueran nacidos de una luna llena. El viento solo soplaba en su ciclo. La noche caía. El sol se levantaba. Y los dolores de una casa emergían en su tiempo para contarle al olvido lo que la llevó a no callar.

—¿Callar yo? Es cierto lo que les digo: habrá un diluvio pronto. Me lo dicen las cartas.

—Por Dios, Irina. Apenas puedes con los Grimm y ya quieres andar con tus presagios. Anda, calla que me empezará la migraña otra vez —dice la matriarca de los Castellanos. Toda su vida ha llevado un paño en sus ojos

bendecido con las aguas de un río de Jordania para quitarle los males.

—Hazle caso a mamá, Irina —espetea Yesenia—. No la querrás ver enojada.

A veinte metros Rosalba de los Delirios corre la cortina de su casa y los escruta con detenimiento. La resolana le da de lleno en la frente, ya perlada de sudor tras cargar los baldes de agua.

«*No saben que se han metido a la boca del lobo*».

Pero se equivocaba. Las pasiones escondidas son las que más asesinan, no los planes humanos tan frágiles y poco poderosos.

—Papá, mira —dice Yesenia espantada. Su pálida piel parece una hoja de cebolla. Sus ojos violetas apenas resaltan porque sus pupilas están expandidas por el asombro—. No sirve el baño.

—Me habían dicho que ya lo habían limpiado, hija. Tráeme la pala y la escoba.

La hija gris no puede moverse.

—Está bien. Iré yo. Quédate aquí.

Sus ojos viajan de un resquicio a otro. La luz del crepúsculo es tan fuerte que se filtra por las grietas del adobe. Pero no es eso lo que la inquieta.

Sino los cuervos muertos.

Sus ojos vacíos le devuelven la mirada.

Descansan inertes y secos, sin un ápice de vida. Parecen las hojas arrancadas de un árbol negro.

«Tú los mataste cuando los viste en el cielo», le dice una voz.

Y entonces vomita. El ácido le devora las entrañas y la dobla. El vómito cae en el retrete. Termina cuando siente los pasos de su padre.

—Los cuervos —logra articular su voz herida.

—Es solo hojarasca —responde—. Ya lo limpiaré. ¿Te encuentras bien?

—Fue por el viaje.

—Dile a mamá que les haga una limonada.

«Fueron cuervos. Yo vi su mirada muerta. Se dirigían a mí y luego se fueron», quiere decir, pero se marcha.

—No puedo dormir —dice Irina—. No puedo dejar de escuchar los ruidos.

—Son los ruidos de las tuberías. Los escuché cuando vomité. *Puaj*, fue horrible.

—¿Tu vómito o los ruidos?

—Las dos cosas. ¿Te digo qué vi?

—Cuéntame —responde con entusiasmo debajo de las sábanas. Sus ojos color ámbar brillan sobrenaturales.

—Cuervos muertos. En un segundo estaban, en otro no.

—¿Es uno de tus muchos cuentos para que me duerma?

—No, no lo es. ¿Ya vas a empezar? Te juro que los vi.

—Júramelo por la cruz o no te creo.

La niña hace el signo de la cruz y dice con tono solemne:

—Te lo juro por la cruz.

—Júralo por Malverde.

—Lo juro por Malverde.

Trinidad ve desde la penumbra la casa de los Castellanos recién llegados rodeada por la oscuridad plúmbea de la noche. Siente un presagio dañino en sus entrañas, tan acuciante que no la deja dormir. «De todas las fatalidades que nos pudieron haber tocado nos tocó la peor». Sabía que el dinero no los podía salvar. Nada en Palo Blanco podía ser controlado por el dinero, la belleza ni la fe.

«Tendrán que irse antes de que sea imposible».

Trinidad planea darles el aviso, pero dentro de sí sabe que no creerán en su palabra, mucho menos cuando les diga que están en una tierra de ánimas. ¿Cómo podría decirles, entonces, que donde ahora duermen es su tumba futura?

Resignada se cubre con su rebozo de la brisa nocturna y vuelve a su cama, en una cama donde ha matado a todos sus amantes al besarlos porque es la mujer que no puede amar.

Con el simple roce de sus labios los ha mandado a la tumba. Ha querido y odiado y deseado en su condena de amores inconclusos. La soledad se ha vengado muy bien, piensa ella, pero ya es suficiente castigo.

«Le voy a contar su fortuna en este pueblo. Y si no me cree lo conquisto, lo beso y lo asesino porque su destino sería peor si no me obedece».

—No la lances lejos, Irina. Ahorita tuve que bajar toda la colina por tu culpa. ¡No la tires lejos o ya no juego!

Irina lanza un bufido que se pierde en el polvo rojo de Palo Blanco. Lanza la pelota con ira y Yesenia casi la pierde de vista.

—¡Mira nada más a donde fue a parar! —grita con hastío—. Ahora te toca ir por ella.

—No, ya no juego.

Se cruza de brazos y se va directo a la casa.

A Yesenia no le queda más escapatoria que ir a tocar esa puerta y preguntar por su pelota. Interrumpe la música de los grillos con sus toquidos hasta que aparece una mujer entrada en años.

—¿En qué te puedo ayudar, niña de los Castellanos? —dice Rosalba de los Delirios.

—Mi pelota... —exclama dubitativa.

—¿Tu pelota entró a mi patio?

—Así es.

—Lamento no poder devolvértela —sentencia con severidad—. Cada objeto que entra a mi patio es de mi propiedad. ¿No te han enseñado tus padres a respetar el espacio ajeno, eh?

—¿Me daría permiso de pasar por ella?

—No me has entendido. Lo que entra, se queda. Debería acusarte con tus padres por ser tan descuidada. Y no lo dudes; lo haré si no te vas ahora mismo —grita, sujetándola de ambos brazos.

Yesenia le devuelve la misma mirada inyectada de furia. Un estruendo le recorre los huesos porque el fantasma que le ha nacido quiere escapar.

Entonces sus ojos se vuelven blancos.

Y los cuervos caen del cielo.

Vuelan en círculos oscuros y escarlatas, intermitentes por la salida del crepúsculo. Hay una energía que los sujeta porque no son sus alas las que los sostienen; es una magia. Una magia ancestral y oscura y arrebatadora. Giran en un halo geoméricamente imposible a escasos metros del techo, levitando.

Hasta caer de lleno.

El estruendo de su caída enloquece a Rosalba de los Delirios. El ruido de los cuerpos muertos al caer la desquicia y la obliga a refugiarse en su casa con el espanto martillándole los oídos. Se acurruca en el suelo contra una silla de mimbre y solloza. No puede ver a los ojos a la niña que está parada en su puerta, con los ojos violetas resplandeciendo poco a poco.

—Me dijo mi papá que es solo hojarasca.

Y se va.

—Le estoy diciendo que su hija hizo llover cuervos sobre mi casa — confiesa agitada Rosalba de los Delirios—. Nunca había visto algo así. Sus ojos se le pusieron blancos, como si estuviera ida.

—Señora, nosotros acabamos de mudarnos y no quisiéramos tener un problema ahora mismo.

—Claro que no los tendrá si me paga las averías de su cría. Mire nada más.

La guía por el patio, donde los cuervos lucen como un tapiz desproporcionado.

—Debieron ser los muchachos con sus resorterías. Mi hija jamás podría.

—Pues no le vi que tuviera cien brazos y cien tiralilas, señora. Si no quiere problemas le pido...

—¿Cuánto dinero quiere? Puede contratar a cualquiera de aquí y nos ahorramos la discusión.

—Tenga —dice tendiéndole la pelota—. Lo que usted crea conveniente.

Es mediodía y antes de irse a su hamaca a hacer la siesta quiere adivinar el destino de la familia Castellanos. Con uno de esos billetes es más que suficiente.

En cuanto lo toca siente la electricidad revelándole los secretos con finos susurros. Su columna y sus fémures se sienten paralizados por las revelaciones que se sacuden como ecos en su cabeza.

No puede creer su fatalidad.

«No se parece en nada a lo que otras familias han vivido».

«*Es el terror mismo*».

Las náuseas la obligan a despertar de su trance. Parpadea.

Una.

Dos.

Un millón de veces.

Para creer la fatalidad se necesita de fuerza —y la fuerza ya la ha abandonado desde hace mucho tiempo.

Se recuesta en su hamaca, el último recuerdo de sus sobrinos muertos. Aún descansan sus iniciales grabadas en los árboles que la sostienen. Cierra los ojos para dejarse llevar por los sentidos que yo evoco. Los cantares de mis pericos y guacamayas. El ruido de mis ríos chocando con las rocas. El de las hojas desperdigándose con el otoño.

Cuando está en el umbral del sueño, inicia una pesadilla.

No; una voz.

Una voz siniestra.

Una voz que conoce.

«Qué bueno que viste nuestro futuro, pero qué fatal que no viste el tuyo».

La voz cobra intensidad. Surge como los truenos de una tormenta. Por un motivo extraño, Rosalba de los Delirios no puede abrir los ojos.

«Mis cuervos te sacarán los ojos».

Y otra vez: «Mis cuervos te sacarán los ojos».

El eco estalla en un millón de astillas de oscuridad en su cabeza. Está dormida y despierta y no puede dilucidar qué es real y qué no lo es.

Hay *certeza* en esa voz y *amenaza* y *realidad*.

Es presa de su sueño.

No; es presa de su pesadilla.

Y no está muy segura de poder escapar.

CAPÍTULO DOS

Las migrañas para Eloísa Castellanos fueron en aumento. Lo peor de todo no era el dolor, sino las constantes pesadillas y visiones que despertaban esas intermitencias cuando iba a dormir. Una vez, cuando Yesenia se acurrucó en su regazo, Eloísa dijo sin querer «Soñé que tu padre nos dejaba. Me da terror lo que pueda pasarle a una mujer en medio de esta región de nada. ¿O será que siempre hemos estado solas? Un hombre es un adorno.» Nunca se dio cuenta de la presencia de su hija, quien escuchaba con atención. «Si se va, yo te daré otros ojos para que puedas ver el mundo sin él», le contestó, aunque su madre no pudo oírla.

Al día siguiente amanece con un cielo borrascoso. El cielo es un manto de nubes grises que amenazan con reventar en cualquier momento. Después del desayuno Eloísa atiende a la mujer que llama a la puerta. Es Trinidad.

Eloísa se sorprende por su belleza. Es una belleza madura. Imponente. Incluso el perfume desprendido de su cuerpo hipnotiza.

—Quise darles la bienvenida con este postre que acabo de hacer.

—No se hubiera molestado —responde con modestia—. Muchas gracias por su gesto. ¿Gusta tomar algo...?

—Un café estaría perfecto para esta mañana tan gris.

—Claro, adelante.

—Sirve que la ponga en contexto, Eloísa.

La mujer se sacude al escuchar su nombre en los labios de ella.

—¿Cómo conoce mi nombre?

—Oh, su nombre ha estado en los labios de todo el pueblo en los últimos días. Ya sabe, esperábamos con muchas ganas saber quiénes ocuparían esta finca. Y Rosalba de los Delirios de algún modo supo decírnos.

—Vaya, Rosalba...

—¿Ya tuvo el gusto de conocerla? Es un poco huraña la mujer.

—Sí, nos dio una bienvenida muy peculiar. Pero pase, que ya le sirvo su café.

Trinidad se sienta y registra todo el lugar. Le resulta acogedor y salido de otra época.

—Como le decía, Eloísa. Quisiera ponerla en contexto —retoma—. Fíjese que en unos días vendrá el cacique con su familia a dar la raya. No sé si de donde vengán lo hayan escuchado, pero es un explotador de primera. Los

jóvenes de las milpas a duras penas le hacen para vivir. Hace poco nos amenazaron con demoler unas casas junto al río para construir no sé qué.

—¿Y no hay nadie que lo pueda poner en su lugar?

—Ay, no. Si supiera. Tiene pistoleros, el muy condenado. Y estamos olvidados, no lo olvide nunca. Estamos olvidados. Dejados de la mano de Dios —dice persignándose.

—Algo se podrá hacer —dice Eloísa sintiendo las punzadas en sus sienes.

—Sí, algo se hará, pero para eso la necesitaremos a usted.

Era la oportunidad de Rosalba de los Delirios de redimirse. Hace años el pueblo repudiaba a su legión de hijos. Nadie sabía qué había pasado con ellos después de su exilio, pero su presencia siempre desataba caos. Robaban, alteraban el orden y sembraban terror entre las jóvenes de Palo Blanco. La catástrofe terminó cuando una resistencia formada por varios hombres de los alrededores los secuestraron amenazando con ejecutarlos en plena vía pública si no se iban para siempre.

Aquello fue un duro golpe para la dignidad de Rosalba de los Delirios, quien siempre presumía su buena reputación y su noble cuna a medio mundo. La presencia desterrada de aquellos seres, en cambio, le devolvió la pureza a mi viento y la prosperidad a todas las familias. La mujer no tuvo más resignación que enclaustrarse en su casa para planear algo que le devolviera el respeto de sus vecinos y no las caras de asco y repudio.

—Vayan con él. Este brujo les cambiará el rostro para que puedan volver. —Fueron sus últimas palabras.

Pero ella lo sabía muy en el fondo.

Que eso era lo que ellos deseaban con ansias: no volver jamás.

—¿Usted cree en las historias que se cuentan sobre las familias de aquí?

—No he tenido el tiempo de escucharlas —responde Eloísa—. No me diga que usted es supersticiosa, Trinidad.

—No como la mayoría, pero tengo por ahí mis sospechas de que todo es verdad. Lo que creo es que estamos tan olvidados que la única manifestación divina que nos tocó fue eso. A este lugar vino a parar la fantasía para hacernos olvidar nuestra desdicha. Al menos eso pienso. Aunque la fantasía sean nahuales y ánimas.

—Interesante... —Es todo lo que puede articular. La seguridad en las palabras de Trinidad la abruma.

—¿Puedo pasar a su baño?

—Sí, claro. Hay uno antes de las escaleras y otro más al fondo. ¿Quiere que la guíe?

—No, así está bien.

Trinidad siempre que se deja guiar por su instinto triunfa. Ahora, por ejemplo, escucha el sonido del agua resbalando por el cuerpo del señor Castellanos. Gira el pomo. Está de espaldas sumergido en el vapor de la regadera. Ella queda prendada de esa imagen, la imagen de sus hombros anchos y de su espalda tan pétrea que le roba el aliento. Es el único delirio que siempre la ha vuelto loca. Porque solo puede adorar la espalda de los hombres que ha amado; los labios contra labios siempre invocan a la muerte. De modo que desde su sitio en el umbral de la puerta captura esos segundos por la eternidad, imaginando que las gotas corriendo por su cuerpo son sus dedos ansiosos de piel y lunares y temblores. Se imagina recorriendo su espina, luego a sus fémures fornidos y parece que el vapor también la circunda a ella. Cierra la puerta con lentitud. Se lleva la fragancia de rosas del jabón a su pecho, la imagen de su espalda a su corazón desbocado y aquel color de piel ajena a su piel de mártir.

Porque sabe que lo prohibido puede costarle la vida.

Porque sabe que su pasión es letal.

Y que es mejor ir muriendo de poco en poco antes que destruir una familia entera.

«Te guardaré en mis delirios; la cárcel más sana que tengo. Espero que en ellos tú también estés a salvo».

No puede ignorar aquella visión. La visión de su destino. Se pregunta qué será más sano, si destruirlos ella o que los destruya el curso de sus designios. No puede negar el terror impuesto por ese panorama. ¿Existiría alguna otra forma de escapar? Una cosa era muy cierta; en este pueblo nada está escrito. Nada jamás lo ha estado.

Cuando Rosalba de los Delirios descubrió su poder de vomitar alacranes casi moría al pensar que eso era ya la confirmación de su locura. El abandono de sus hijos no podría orillarla a nada más. Fue su secreto por muchas semanas —con lo que le costaba guardar secretos— porque tenía demasiado miedo de que también fuera exiliada o, peor aún, inmolada. Se lo contó primero a Norma de las Flores, la mujer más sensata de todo Palo Blanco. No pudo creer su respuesta.

—Nosotros desde que nacimos no hemos ingerido ni un ápice de comida y

aquí estamos y tú te escandalizas, mujer, porque vomitas alacranes.

En aquel día los sueños de Irina fueron los más lúcidos de su existencia. Soñó con un manuscrito indescifrable de plantas imposibles y de seres de otra tierra. También con un niño de piel pálida que la invitaba a acercársele. Tenía las venas más azules del mundo —y su piel casi transparente las dejaba ver con suma facilidad—. El niño le tendía dos piedras tan brillantes que la cegaban. Se condujo con recelo y con sus manos temblando al dirigirse al resplandor. No podía ni siquiera ver sus pasos. Pero era amigable a pesar de su naturaleza. Ella confiaba en *él*. O en eso. Las puntas de sus dedos tocaron lo que le tendía.

Y ardieron.

Como si la intensidad de un millón de lenguas de fuego se sintiera en el espacio minúsculo de sus dedos.

«Aún no estás lista», le dijo la voz.

Ahí fue cuando despertó.

Cuando el día llega a su final pasa lo imposible. Todos los vecinos están concurridos para visualizar un eclipse lunar. Las mujeres cubren sus ojos con frazadas para no lastimarse. Las embarazadas aguardan en sus casas porque verlo es peligroso para su estado. Los niños gritan de la emoción al ser la primera vez que son testigos de este fenómeno. La luna parece el ala de una gaviota. Las estrellas se asoman con un brillo inusitado, como grandes cristales rotos y esparcidos en la nada del universo. Por primera vez en mucho tiempo la blancura de Palo Blanco también está en el cielo.

La calma del ambiente se ve interrumpida de súbito por gritos desgarrados provenientes del río.

—¡Se los ha llevado el río! —dicen las voces—. ¡Ayuda!

Nadie comprende lo que está pasando hasta que los alaridos incrementan y acuden en estampida a la ribera.

—Son los males de la luna —proclama una voz.

Luego otra:

—Por nada del mundo dejen salir a las mujeres.

En el río las aguas se baten con una furia inusitada, tan estruendosa que casi rompe las rocas. Los brazos de los ahogados apenas logran asomar a la superficie como cerillos doblados. Los pueblerinos lanzan las sogas atadas a

los caballos para recatar a unos cuantos, pero las aguas son implacables. Es la muerte manifestándose. Días después se dirá que es el Diablo suelto.

—Quién hubiera pensado que esa sería nuestra manera de pedirle al cacique un cementerio en Palo Blanco.

—Asimismo, Rosalba. En un abrir y cerrar de ojos ya son tantos nuestros muertitos.

—Yo misma hablaré con él. Haré que lo prometa en frente de todos. Un cementerio bonito, el más bonito en toda la redonda. Yo no he tenido ninguna tumba a la cual llorarle. Mis hijos se fueron dejándome morir en la incertidumbre de si aún viven o no. Pero las mujeres del pueblo tendrán su consuelo seguro, si eso les ayuda en su desgracia.

—Serías una buena gobernanta, Rosalba.

—Nombre, con los peligros que corren, mujer. Así estoy bien.

—Las mujeres están preocupadas porque ahora ¿dónde van a lavar?

—Ay, no, no creo que la naturaleza sea tan desgraciada como para que no las deje lavar —zanja Rosalba con una sonrisa irónica—. Lo que nos debe preocupar es rezar pa' que no haya dañado a las preñadas.

—La Raquel ya malparió —anuncia una mujer—. De allá vengo. No dejaban de salir las colchas manchadas de sangre. La pobrecita por poco la hizo.

Todas las mujeres de la sala se persignan. Los estragos del eclipse las han enlutado, como si no fuera ya una cosa de todos los días estar tristes.

—Bueno, pues tocará rezar por las que aún están encintas.

La sala se llena de sus rezos. Rosalba de los Delirios promete traer a un sacerdote de la ciudad para que santifique con agua bendita el río y los alrededores.

Pero si supera...

Si supiera que cuando un pueblo está muy cansado de soportar la vida ya poco se puede hacer.

Antes del eclipse y antes del cataclismo ocurrido en el río Eloísa había llorado incontenible. Lloró por la aridez espiritual de su piel y los segundos de ese pueblo maldito que se sentían como años. Lloró por la increíble debilidad que le suponían las mujeres de su alrededor; esa pasión perdida que no podía sostener más. Lloró mientras lavaba los platos porque no tenía nada más que hacer. No había bailes. No había canciones (su tocadiscos devorado

por el polvo le daba alergia y mucha nostalgia porque ya no podía regresar a esa época). No había más candor. Lloró por el tiempo vivido y por el no vivido y por el prometido y por el debido y por el que no llegaba.

Se había esfumado en su dolor.

Sus lágrimas podían haber sido dos, tres, cuatro hilillos cristalinos resbalando por sus mejillas, pero el dolor era tanto que bajó por el lavabo con la gracilidad de una serpiente y viajó por las tuberías de las casas ruinosas de adobe y cañabrava y cuando tocó el río desató la tempestad.

El río se convulsionó gracias a su pesar. Fue una bestia salida de su jaula porque así se sentía una mujer sola lavando los platos viendo la ventana cada día por el resto de su vida.

Ni ella misma sabría lo que podía ocasionar cuando se desbordaba su tristeza. Ni yo mismo lo podría adivinar. Ni ninguno de mis habitantes.

Todo sería culpa del eclipse.

La tristeza sería culpa del eclipse y la hambruna culpa del eclipse y el despojo culpa del eclipse y los delirios atormentados culpa del eclipse y los celos culpa del eclipse y la sangre culpa del eclipse y los cuervos culpa del eclipse.

CAPÍTULO TRES

—Trabajas tanto con las abejas que a tu piel ya se le pegó el sabor de la miel —dijo Rosalba de los Delirios la primera vez que consumó su pasión con el joven Julián Matamoros. El negocio de su familia era uno de los más famosos de Palo Blanco: el negocio de la miel. Fue un instinto incendiario a primera vista el que la sacudió al verlo, más porque conocía ese secreto que rodeaba a la familia. «Son inmunes a las picaduras de abeja». Tener una piel inmune a su lado la enloquecía—. Te necesitaré cuando venga el cacique —le anunció con picardía—; tú me protegerás si al maldito se le ocurre dispararnos. Al cabos ¿qué te puede hacer una bala si miles de abejorros no pueden contra ti?

Y ahí estaba su piel dorada —más dorada por los rayos del atardecer — y los lunares trazando una ruta que a Rosalba le encantaba recorrer con las puntas de sus dedos para notar el suave pulso que hervía debajo de las venas.

“Lo único de lo que me arrepiento de este amor clandestino es que no podré matar a tu esposa —pensaba en sus adentros—. Ni el más mortal de mis alacranes podrá matarla porque ya bebió tu antídoto.”

En efecto, la esposa de Julián Matamoros estaba encinta de un bebé de siete meses. Rosalba de los Delirios podría aniquilar a cualquiera, pero menos a una criatura así de indefensa.

A la mañana siguiente del eclipse Eloísa de los Castellanos teme quedarse ciega del dolor de cabeza. Ha ordenado a los criados que cubran las ventanas con cortinas espesas con el fin de imbuirse en sus siestas eternas esperando remitir las pulsaciones en sus sienes.

Irina, por su parte, ha vuelto a soñar con aquel niño de piel pálida que le anuncia sucesos incomprensibles. Si los sueños siguen así de vívidos, piensa, no tardará mucho en acabar como su mamá y sus dolores.

Yesenia se distrae en su habitación dibujando cuervos como una posesa. Las láminas decoran el suelo y las paredes de su cuarto con decenas de cuervos devolviéndole una mirada muerta que solo ella sabe interpretar. “Cuando venga el fin de los tiempos a Palo Blanco solo nosotros los podremos salvar” los escuchó decir una vez. Sus manos son la única forma de invocarlos sin despertar el escándalo como aquella vez en la casa de Rosalba

de los Delirios.

—Papá, cuando nos bauticen a mí y a mi hermana no dejarán de venir mis cuervos, ¿verdad?

—Ellos siempre vendrán —respondió haciendo una pausa. “De hecho, ellos siempre vienen”—. Pero no entiendo tu fascinación por esos animales cuando hay otros más bonitos como los pericos en el patio.

—Esos no son de ayuda —sentenció la pequeña—. Los cuervos sí.

Pero Emilio de los Castellanos era incluso más joven que su hija para entender los peligros que se avecinaban en Palo Blanco.

El bautizo de las hijas de los Castellanos llega en un día de abril plagado de sol y mariposas amarillas. Emilio era reacio a la idea, pero Eloísa lo convenció de que por lo menos eso era un amuleto contra todos los males que rondaban por el pueblo.

Yesenia temía dejar de invocar a sus cuervos (aunque cada que los invocaba caían muertos).

Irina temía dejar de soñar con el niño pálido de venas azules (aunque cada que lo soñaba lo único que le decía era que no estaba lista para algo que ni siquiera alcanzaba a entender).

De modo que la única compañía de esas niñas eran unas aves agoreras y un sueño críptico y aterrador en partes iguales. A Eloísa le empezaba a aquejar la soledad de sus hijas, pero las amistades más coetáneas eran las muchachas de los Salvatierra —y nadie querría en su sano juicio acercarse a esa familia.

“Su padre las somete a la tortura”, decían unas. Otras mujeres, entre ellas las criadas, argüían que el patriarca ofrecía el dolor de sus hijas al diablo para no envejecer.

Las niñas salen al fin con sus vestidos blancos y sus moños negros. Sus zapatos de charol brillan a la luz del día y sus peinados lucen tan pulcros que cuesta apartarles la vista.

—No vaya a llover —dice una de las madrinas, viendo cómo unas nubes grises empiezan a cercar el sol.

El sacerdote los congrega a todos y la ceremonia sucede en relativa paz, con los pájaros cantando a lo lejos y el olor del pan recién hecho y de la carne cociéndose en los patios.

Cuando termina de bendecirlas es cuando el cielo se parte. Las nubes

se convulsionan con un estrépito ensordecedor y empiezan a caer gruesas gotas de lluvia negra.

—Vamos todos al comedor —anuncia Azucena, su nana.

La tristeza carcome a Yesenia, quien, sin darse cuenta, empieza a sollozar de la nada.

—Llueve así por mis cuervos. Están muertos todos —confiesa entrecortada para sus adentros.

En el comedor las charlas y el ruido de los cubiertos amortiguan el clamor del aguacero. La comida es tan deliciosa que se olvidan incluso del color que cae del cielo, tan negro como el terror de la noche.

Todos ya estarían locos de no ser por el sacerdote, quien acepta con alegría los alimentos de los Castellanos. Incluso él mismo parece ignorar lo obvio. “Es demasiado tarde para la salvación de las pequeñas. Ha pasado el tiempo y el demonio ya las ha hecho suyas. Pero hice lo que estuvo en mis alcances.” Por eso las mira como si fueran una especie de condenadas, porque tuvieron durante mucho tiempo la puerta abierta al maligno.

Pero para Yesenia los cuervos eran libertad y compasión y anunciadores del destino. En cierto modo limpiaban los rastros de la muerte.

Para Irina aquel niño de piel pálida y venas azules era la explicación definitiva de la existencia de Palo Blanco y de todos los confines del mundo, así como de su salvación aunque aún no pudiera entenderlo.

Las niñas siguieron comiendo resignadas viendo la lluvia caer. Cada gota asemejaba la pluma diluida de un cuervo como si el destino estuviera pasando delante de ellos ya escrito y ansioso por llevarse a cabo.

A Irina esa lluvia le anuncia algo. No podía ser casualidad que se partiera el cielo en pleno día se su bautizo. Sin duda era una señal de su sueño. De modo que aprovecha el descuido de sus padres mientras estos despiden a los invitados.

Sale por la puerta trasera sin que ningún criado la vea. Y ahí es cuando todo cobra sentido. Porque llueve para trazarle un camino. Un riachuelo se dibuja en la tierra como si se tratara de tinta negra derramada sobre un pergamino. Ella lo sigue sin dudar. Su sueño anterior definitivamente hablaba de eso; de encontrarlo por fin, de seguir el camino negro que se abre cual serpiente en el fango.

Su vestido, antes blanco, ahora es parte de la tormenta y sus zapatos de charol, antes negros, ahora lucen rojos por el barro que la succiona a cada

paso. La línea negra sigue su curso y ella también.

Baja por el abarrotado de los Salvatierra, por los corrales de los Flores y vadea el río donde murieron varias almas el día anterior.

La ruta pronto dobla en una cueva junto a la ribera.

Sabe que ahí está.

Aquí debe estar.

La entrada a la cueva es tan pequeña que debe gatear para acceder a su interior. No siente el dolor en sus rodillas ni las espinas que se le han clavado en sus manos. Porque está agotada por la revelación, por saber si ese sueño es una fantasía o un aviso real.

La intensidad azul y dorada de la cueva la ciega por unos instantes. Hay un estanque de agua clara en el centro. En la pared del fondo descansan las luciérnagas con sus barrigas tan encendidas como estrellas en un cielo limpio.

Pero lo que hay descansando en el estanque le aterra.

Le espanta.

Le sacude.

Le sublima.

Tanto que da uno, dos, tres pasos atrás.

Y luego se arrodilla junto a su descubrimiento. El niño está dormido o inconsciente. Es tal y como lo soñó. ¿Qué, en esta vida tan gris y agria, puede ser igual a un sueño? El niño lo es. Su piel lo es. Tan pálida que sus venas se asoman igual que lombrices turquesas. Está casi desnudo de no ser por las plantas que lo circundan. De sus orejas brotan ramas que Irina en su vida ha visto. Sus manos membranosas ni se inmutan. Irina quiere comprobar si está respirando, pero no se atreve siquiera a mover las plantas que cubren su tórax.

“He llegado demasiado tarde”, teme. Pero no; ha llegado en el tiempo exacto. Porque todo está planeado en esta tierra, en especial su final.

Irina entonces empieza a recordar las visiones que merodeaban en sus sueños: el manuscrito ancestral e imposible, las decenas de plantas extraterrenas con ojos y picos y fuego en sus pétalos, el niño hablando a través del agua —como una conciencia universal— y sus llamados para que se preparara.

Pero ahí está y no pasa nada.

Hasta que empieza a llorar de tanta impotencia y desolación. Hasta que las lágrimas caen de su fina barbilla al agua del estanque.

El niño empieza a moverse.

“¿Qué te duele?”, quiere gritar Irina, pero sus palabras no salen.

Termina los espasmos y abre sus ojos, dos elipses apenas visibles en la oscuridad de la caverna. Sus iris son dos fuegos turquesa en pleno resplandor.

—Antes de que esta vida existiera como la conoces la Madre Naturaleza se desbordaba así, con plantas inconcebibles de fuego y nieve, de diez metros y otras que llegaban hasta el cielo. Fue así hasta que la civilización puso sus reglas y comenzó a intimidarla. Nos empezamos a esconder pero pocos sobrevivimos. Todo lo que pude traerme de esa dimensión es lo que ves... Lo empecé a incubar en mi propio cuerpo para que pudiera sobrevivir. Y luego mi conciencia se empezó a refugiar en ti, que crees en los cuentos de hadas y en la poca fantasía que le queda a este mundo. Lo único que falta ahora es la valentía para cuando todo acabe.

—¿Por qué tendría que acabar? —dice con un hilo de voz.

—Esto es como cualquier historia, Irina. Pero si eres suficientemente valiente, podrás alterar el curso del destino y alargar un poco más la existencia de todos los que quieres.

—¿No te vas a vengar de todos los humanos por lo que hicieron?

—No, para nada. Quizá eso fue el único medio para poder estar aquí y ahora... Para salvarte a ti también. Pero ya que lo dices, no lo podrás hacer sola. Necesitaremos la ayuda de otros seres, incluso superiores a mí. Seres que no has imaginado.

—Yo no quiero que mi mamá ni mi papá ni mi hermana mueran —sentencia con firmeza.

—No lo harán si haces todo lo que yo te diga. Debemos prepararnos, ambos —dice moviendo las hojas que penden de sus manos—; de no ser así no lo podremos lograr. Lo bueno de todo es que ya estás aquí.

—¿Cómo me puedo preparar?

—Primero, Irina, debes creerme todo lo que te diga —exclama con una voz ronca—. También debes ser paciente y guardar la fe por más que quieras huir. Todo lo que has visto, todo lo que ha pasado por tus sentidos pronto se convertirá en ceniza de un día para otro, pero tu voluntad podrá cambiar ese panorama. Solo si resistes.

—¿Qué o quién nos quiere hacer tanto daño?

—¿Recuerdas la noche del eclipse? —Irina asiente—. No es que la naturaleza lo haya querido, pero desde la demolición humana de su espíritu guarda rencor y no le importa arrastrar a los humanos con ella si con eso sacia

su sed ni tampoco ponerlos en contra con tal de que se destruyan entre ellos. Deberás aprender a leer su fortuna, pequeña, porque en cualquier momento cambiarán sus planes y esta tierra temblará hasta hacerse nada junto con los dolores de una casa.

CAPÍTULO CUATRO

Primero habían pensado que era un juego de niños, pero los rumores no hacían más que aumentar. La existencia de un gabilán monumental aterraba a todo el pueblo. «Es más grande que un volcán» decían algunos. La verdad era que el terror ya se respiraba desde antes en cada poro de Palo Blanco. Por las noches en los ramajes las ráfagas amenazaban con partir en un millón de astillas todas las casas y aquello se interpretaba como los sonidos de la bestia que venía a destruir todo vestigio de vida.

Era tanto el temor que los padres iniciaron un toque de queda y desde el crepúsculo los niños ya estaban resguardados en sus casas. Rosalba de los Delirios propuso en los lavaderos del río un premio para el que cazara al animal, pues sus graznidos ya la tenían loca. Las mujeres accedieron encantadas —y más las que tenían hijos indefensos o que apenas iban a llegar al mundo—. Evitarles el horror de esa bestia a toda costa era su prioridad.

La prioridad de Rosalba de los Delirios es quitarse la soledad a toda costa. No imaginó que el abandono de sus hijos la habría dejado así, con la soledad machacándole la vida como un peso físico que hacía eco en sus entrañas. Por las tardes le nacía un nudo en la garganta al ver su lecho abandonado y su presencia en el espejo devolviéndole una mirada hueca.

No soportaba el vacío.

Y por eso adornada los dolores de su casa con el eco de corazones jóvenes que desconocían el dolor que ella ya tenía incubado. Por esos instantes dejaba de sentirse hueca para sentirse desbordada. Aunque fuera efímero.

—Te prometo que nos iremos de este pueblo pronto. Nos iremos en un crucero y nadie sabrá de nosotros —le dice a Julián, quien ha acudido como le prometió.

—Estás loca, Rosalba —responde el joven—; además yo tengo un hijo.

—Nos lo llevamos con nosotros.

—Lo dices como si pudiéramos escapar de esa bestia. Hoy menos que nunca podremos escapar.

—Le temes más a esa bestia que nunca se te ha aparecido y aquí estás junto a mí, que te puedo sacar los ojos ahora mismo de tanto amor que te tengo.

La única que puede resistir la soledad es Linda de los Matamoros, la esposa de Julián. El día que llegó a este pueblo apenas podía caminar. Huía del descarrilamiento de un tren provocado por unos bandidos que querían robarse mujeres. Sus primeras palabras fueron:

—No sé quién soy.

Cuando se hubo recuperado pasó de casa en casa cooperando con las labores. Hasta que llegó con los Matamoros y pronto los brazos musculados de Julián le hicieron el amor a primera vista.

—Quizá la miel te ayude a recuperar la memoria.

Le dijo eso embarrándose los labios de miel. Linda apenas pudo respirar cuando su lengua ya estaba explorando la de él y cuando en su cabeza destellaba una implosión pasional. La miel le sabía a un dulce veneno, pensaría después. A un dulce veneno y a un fresco delirio. Pronto aprendió a amar también la piel de Julián y su carácter duro y secreto. Cuando se reblandecía le apachurraba el pecho de ternura —porque su casa era él y después de tanto peregrinar lo había encontrado sin pedirlo—. Dos meses después se casaron en una iglesia de la capital y también dos meses fue lo que les duró el amor, en especial a él.

«Quisiera que todo el desgaste que ahora siente mi cuerpo formara parte de mi memoria perdida. Porque el amor no es un veneno», decía en un principio Linda. Pero con el paso del tiempo, descubrió que la soledad sí era un veneno y se fue acostumbrando. Aprovechaba las tardes sin él para hacer lo que las mujeres veinte años mayores que ella hacían: rodearse de harina y manzanas amarillas y hornos como si esos instrumentos fueran una cápsula del tiempo donde no tenían cabida la tristeza ni el agobio. Poco a poco aquel hombre fue encerrado en los confines de su amnesia hasta ser rescatado por el bebé que esperaban.

Fatalmente, el bebé nunca tendría su lugar en mi tierra. Nunca vería mi polvo rojo desperdigarse con la luz del crepúsculo, ni mi arroyo cristalino partiendo en dos a las montañas, ni respiraría el azúcar quemada de los panes

de su madre.

Aquella esperanza se volvió una condena.

Palo Blanco recordaría con crudo espanto por el resto de sus días la noche en que todo sucedió.

Linda de los Matamoros deja las bandejas con el pan preparado del día y se dispone a dormir. Agradece, como todos los días desde que sucedió el eclipse, a todos sus santos por la salud de su bebé. Presiente que crecerá fuerte como su padre y con los ojos del mismo color que la miel que la rodea. Se dirige a su lecho, vacío al igual que en las últimas noches. Incluso el olor de su esposo se ha esfumado de toda la casa. Ese es el dolor de su casa; sentirse arrebatada de aquella paz inicial, de ese amor puro donde no cabía ningún mal.

Solo le queda su cama, la soledad de los panes y su horno y un hijo que representa para ella todo el cariño del mundo.

Hasta esta noche.

Rosalba de los Delirios sabe que la llegada del cacique y sus hijas está muy próxima. Para ello, no deja de vomitar alacranes.

Los quiere aniquilar a todos por igual.

En una tina el sonido de sus tenazas al caer y al moverse suena poético en la soledad de la noche. Es como una lluvia pequeña pero tormentosa. Las criaturas parecen embestirse mientras su creadora no cesa de arrojarlos de su boca a la superficie laminada y luego a la lámina negruzca que forman cuando ya son suficientes.

Más que suficientes.

Rosalba en su éxtasis no se da cuenta que los animales ya trepan por la tina y empiezan a rondar por el piso, cerca de sus tobillos. Después invaden cada rescoldo de la casa, incluso se los tiene que apartar de las canillas al ser ya una marea convulsa negra y amarilla. A pesar de que no le representan ningún daño, Rosalba teme que sus vecinos sepan su secreto. No quiere revelarles tan de súbito que ella los liberaría del yugo del cacique. Quiere que todo sea un acto de magia; ser la salvadora prometida.

Así que lanza una veladora contra las alimañas. Las cortinas se rinden ante las lenguas de fuego y la noche se devora en el clamor de las llamas. Los

alacranes al quemarse chillan como una tetera hirviendo y yacen como el petróleo en el suelo de piedra que por tanto fuego ya no se distingue dónde inicia ni dónde termina. El fragor del incendio le empieza a latir en el pecho, tan insistente que el impulso de correr le enciende las venas. Sus ojos, petrificados por el espanto, apenas huyen del lugar y, como si quisiera guardar la visión de sus alimañas derretidas para ella misma, en un último instante cierra la puerta y se interna en la noche. «Dejaré que el fuego se trague mi secreto», piensa con resignación.

El frío de la madrugada le da escalofríos al impactar contra su sudor. Capas de ceniza le recorren la frente y parte de su ajuar. «Fingiré que alguien ha quemado mi casa, aunque no me lo crean». Piensa en las historias posibles para que el pueblo crea sus mentiras, como en tiempo atrás. Prefiere eso a ser señalada por todo Palo Blanco. «¿Quién me dará cobijo mientras mi vida deja de arder?». Es lo que ha pensado durante toda su vida sin obtener respuesta. Sin detener sus sollozos, llega a la casa de los Matamoros.

Linda abre la puerta. El brillo de las estrellas le estruja la visión.

—¿Quién puede ser a estas horas? —pregunta a la nada.

—Es Rosalba —dice ella con la voz apagada, como si guardara en sus entrañas las cenizas de lo que antes era su casa—. Ha ocurrido una desgracia.

—¿Qué ha ocurrido? —contesta la mujer con preocupación—. No me asustes, Rosalba. Nunca te había visto así de pálida. Pásale.

Linda piensa que alguien la persigue. «Me persigue lo que soy», hubiera respondido Rosalba.

—Mi casa. Mi casa —responde con una letanía.

—¿Qué le ha pasado a tu casa?

Rosalba de los Delirios solo logra apuntar con su dedo en dirección a los restos de su hogar.

—Sí, ya sé que allá está tu casa pero ¿qué le ha pasado?

La mujer está en un completo mutismo.

—Se ha quemado —logra articular a último minuto.

Linda de los Matamoros fija su vista hacia lo alto del camino que se dibuja como una serpiente roja hasta donde está la casa de Rosalba.

—No miro nada de fuego —la tranquiliza—. Seguro estabas soñando.

—No, yo lo vi.

—¿Quieres que vayamos juntas?

—Le hará daño a tu bebé —contesta.

—Te digo que no hay nada.

Se pone su rebozo antes de internarse en la noche que luce como un sueño tranquilo. Las estrellas parecen pájaros blancos. Mi suelo comienza a ablandarse por la madrugada por la añoranza que tiene del desierto. Los árboles de guamúchil mueven sus ramas como si fueran caricias a un amante lejano. La brisa del río apenas llega a las caras de las mujeres, quienes ya le dan la espalda al dirigirse a la casa, según Rosalba de los Delirios, ya marchita por el fuego.

Pero no. La casa luce perfectamente. De no haber sido así, todos los vecinos ya estuvieran en trifulca aplacando el fuego con sus cubetas sacadas de los pozos.

La casa luce normal, nota Linda. Quizá solo se haya tratado de una pesadilla. De una pesadilla en vida.

El arrullo de la fina ventisca cesa cuando están en el umbral de la casa. Linda empuja la puerta entreabierta. La salita está en perfecto orden con la lámpara de petróleo alumbrando a duras penas, parpadeando.

—A lo mejor tuviste una pesadilla —le dice Linda—. No veo nada de fuego.

Rosalba de los Delirios se estremece. «Estoy perdiendo la cordura», teme en su silencio. Pero ella lo había visto. Había visto el incendio, tan voraz como los alacranes peleándose en la tina, tan reales como ese clamor que le nacía en las entrañas para procrearlos y vomitarlos. Todo había sido tan real; incluso el calor del fuego aún late en sus venas y en su pecho como un segundo corazón. Las sombras, los colores, el ascenso y descenso de las llamas, todo había sido real.

O no.

Tal vez eso había despertado la sensación al quemar las cartas de su marido y llorar de tanta nostalgia hasta expulsar a las criaturas del centro de su dolor como una forma de sobrellevarlo. Era tanto que, en su delirio, imaginó haber quemado la casa con todo y sus cartas. Porque eso necesitaba. Un dolor así apenas podría sofocarse un tantito quemando los confines que lo habitaban y lo evocaban.

Todo había sido una alucinación.

Rosalba de los Delirios quería quemar al mundo entero con su recuerdo.

Y quizá eso era lo más importante de ocultar, incluso más importante que su poder bestial de hacer nacer alacranes.

Linda se despide de Rosalba después de verla más tranquila. Aunque no le ha contado la historia verdadera, Linda sospecha de que todo habría sido un delirio por aquel abandono que jamás pudo superar —y del que el pueblo hablaba a escondidas—. Rosalba insiste en encaminarla, pero Linda se niega.

—Es mejor que te quedes aquí e intentes dormir —le dice.

—Está bien, mujer.

Linda apenas puede creer que Rosalba haya tenido un quebranto así de cordura. «Pero puede que un dolor así sea igual que una casa quemándose todas las noches y por toda la vida», piensa.

Baja la colina con premura. Sin embargo, siente que en el viento ya se ha internado una presencia maligna. El viento aúlla sin aullar. Entonces ocurre. Las alas del gavián engullen la noche con todo y luna y estrellas. La oscuridad es tan escalofriante que cuesta respirar. Y así, como quien quita un respiro, Linda de los Matamoros nota que su bebé ya no está en su barriga.

—¡Linda! —oye a una voz gritar.

Pero sus sentidos se nublan y lo único que puede hacer es llevarse las manos a su vientre en una posición mortecina, como agarrando una luna de agua.

Porque así estaría de esa noche en adelante; muerta en vida cargando con el vacío a cuestas.

CAPÍTULO CINCO

Las palabras de aquel ser pálido aún resuenan en la cabeza de Irina con más fascinación que nunca. La idea de poder *producir* el futuro le alucinaba y le aterraba en partes iguales. En primera porque la travesía tal y como le había anunciado no iba a ser fácil y, en segunda, porque el final de los tiempos de ese pueblo se le hacía imposible de detener. Aunque estuviera muy pequeña para visualizarlo, ella ya sentía el final en cada voluta de polvo rojo que se elevaba como una lluvia a la inversa, en las lloviznas enfermas de cada tarde, en los tallos torcidos de los árboles y en los cerros sostenidos por inercia. ¿Cómo podría ser el final para algo ya muerto? Además, Irina sospechaba que de un momento a otro su destino podía cambiar sin estar preparada del todo. Más ahora que los peligros acechaban en cada poro del pueblo.

La primera impresión de Irina sobre el niño pálido fue que en ningún sentido se podía llamar «niño» porque tenía, en su opinión, miles de años impregnados en su presencia. Como si se hubiera bebido los siglos para estar ahí, cerca de ella, anunciándole la fatalidad y la poca probabilidad de huir de las ruinas.

—Primero tienes que aprender la visión. Aprenderás a ver más allá de los cuerpos de las personas y más allá de este pueblo. Tienes que palpar sus presencias como palparías una flor. Para eso tienes que lograr conocerte para conocerlos a ellos. Una presencia que dejes ir sin que le prestes atención y todo el pueblo puede irse con tu error.

De manera que ahí está Irina arriba de un árbol vislumbrando el horizonte matutino. Cierra los ojos para vislumbrar los sonidos de Palo Blanco y los olores de su río, de sus hornos, de sus pozos claros y de sus frutas podridas contra el suelo rojo. Es entonces cuando nota algo que entra por todos sus sentidos: el dolor ajeno. La desgracia se puede percibir a kilómetros. Está adherida a las paredes de las casas, en cada ladrillo y en cada piedra como una presencia que aturde la vida. Con sus ojos cerrados puede sentir la desgracia que corroe la vida de Linda de los Matamoros. «Le han arrebatado a un ser que quería más que a su propia vida. ¿Y ahora a quién va a querer así?».

—Rosalba lo vio todo, cuéntales, Rosalba. Cuéntales cómo esa bestia me lo robó —exige Linda con un séquito de mujeres a su alrededor, quienes le

muestran su conmiseración por la pérdida de su hijo. La mirada de Linda es «O les cuentas lo que me pasó o yo les cuento tu quebranto», con dos balas en lugar de pupilas.

—Era muy noche pero yo le vi las alas al animal —confiesa—. Arropó a la mujer y cuando se fue, el bebé ya no estaba en su barriga. Ese animal es el diablo.

—*Nadien* lo puede matar —dice una de las mujeres—. Los hombres dicen que se han quedado horas y nada de que se les aparece.

—Habrán que traer a una legión de sacerdotes. Si no pueden las balas, que puedan las aguas benditas.

—Si ya se llevó a un bebé inocente, ¿qué nos espera a nosotros?

La pena carcome a Linda. Un hueco voraz se ha instalado en su pecho, un hueco a donde va a parar la alegría soñada y los maravillosos planes que tenía preparados para su hijo. Se lo arrancaron para siempre, igual que todo vestigio de alegría que quedaba en su ser.

—Cuando Julián venga ¿qué le voy a decir? —pregunta con un ápice de voz.

—Pues nada, mujer, mas que eso; se lo llevó el gavián.

—Él nunca me va a perdonar el que ya no podrá ser padre.

—Pueden tener otro. Agradecida deberías de estar que no te llevó a ti. —

La reconforta Rosalba.

—Ojalá me hubiera llevado a mí y hubiera dejado al bebé.

La resignación que corre por sus lágrimas es más sincera que nunca porque jamás se había sentido como una futura madre completa. Siempre sentía un vacío, como si esa criatura no le correspondiera, como si ser madre no llenara sus días. Se imaginó volando entre las garras de aquel gavián, tan leve como si nunca hubiera pisado la tierra y al bebé en los brazos de Julián, otra correspondencia vacía, para que viera su anhelo material y el fruto de un amor unilateral que siempre daba ella sin nada recibido en retorno. Se imaginó perdida en el cielo, con todas sus tristezas y preocupaciones diluidas en la eternidad del manto azul, tan arrancada de sus tormentos como para desear no regresar jamás.

Sí, ojalá la bestia se hubiera quedado con su alma porque lo que había dejado en la tierra era un ánima en pena perdida en su dolor. Un dolor incomprensible que palpitaba más fuerte que su mismo corazón. Un dolor que presagiaba lo peor, si eso era posible, con todos los finales impactándole de súbito: el final del amor, el final de su maternidad, el final de su esperanza.

Porque, al final de cuentas, ese bebé representaba la sanación de ese amor efímero.

Ahora era más fugaz que nunca.

Irina abre los ojos y la luz del sol le cae de lleno. ¿Cuánto tiempo ha estado en trance? No lo sabe, pero se baja del árbol. Lo que sí sabe es que a Linda de los Matamoros le espera un trágico final.

Corre despavorida hacia la finca en búsqueda de su madre. La encuentra en las caballerizas platicando con uno de los criados.

—Mamá, algo le ha pasado a Linda y a su bebé. Dicen que se lo robó el gavilán que ronda por aquí.

—Mija, qué cosas dices. Eso es solo un cuento, una manera de decir que nunca lo quiso.

—Lo quiso, mamá. De veras que lo quiso. ¡Yo escuché que le lloraba!

—Eres muy pequeña para comprender las tristezas de otros, Irina —rebate su mamá.

—No lo soy. ¿Acaso no me crees? La acabo de escuchar.

—Te creo, mija, pero no creo, y tú tampoco deberías, creer en las intenciones de los demás.

—¿Entonces crees que su intención nunca fue tenerlo?

—Así lo creo. Nadie quisiera tener un hijo aquí, Irina.

—¿Y entonces por qué nos trajeron?

Su madre guarda silencio por temor a un berrinche. Nada le exaspera más que entrar en una discusión con sus hijas gracias a los temas de alguien más.

—Porque tus padre nos necesitaba aquí. Y fin de la discusión. Ve a tu cuarto a jugar con tu hermana. Anda.

Irina se va con resignación a la habitación de Yesenia con sollozos entrecortados. ¿Por qué su madre ha zanjado ese asunto como si fuera un asunto de nula importancia? Se le estruja el corazón al recordar el llanto de Linda, al recordar cómo sus sollozos traspasaban las paredes de su casa e, incluso, se podían respirar para después acongojar los pulmones.

Está más que claro que cuando se es niño siempre se busca alguien que crea en sus historias, así que su última esperanza es Yesenia, su hermana.

—Anoche no pude dormir —dice en cuanto Irina cruza la puerta—. Escuché los gritos de unas mujeres y un viento muy fuerte, aunque viento no hacía.

—Yo tampoco —responde—. Y dudo que de aquí en adelante pueda seguir

durmiendo después de lo que pasó.

—¿Qué pasó?

Irina suspira.

—Apenas hoy en la mañana me di cuenta de que el gavilán se robó en la madrugada al bebé de Linda, la señora que vive casi junto al río.

—¿Cómo dices? Si el bebé todavía no nacía. ¿Cómo se lo pudo haber robado?

—Pues lo suspiró y se lo llevó —responde—. Quizá esa bestia se alimenta de los sueños y de las cosas bonitas que la gente espera. Y se los come con su pico grandote. Se los lleva a una cueva oscura, grande y horripilante como sus alas. Debemos rescatarlo.

—Como si pudiéramos...

—Tú sí puedes, o al menos *tus amigos* pueden.

—Yo no tengo amigos —repone Yesenia.

—Claro que los tienes. Tus amigos negros. Los que *invocaste* en la casa de la señora Rosalba.

—Shhhh, no fui yo.

—¿Entonces quién fue?

—Ellos mismos —dice—. Yo no los llamé.

—¿Y qué pasaría si esta vez sí los llamas?

—Hazme caso, Julián. Yo no tuve la culpa —grita Linda con más lágrimas que cara. El dolor es un halo que le recorre todo el cuerpo.

—A mí no me vas a convencer con tus cuentos. Ahora mismo me vas a decir qué le pasó a nuestro bebé.

Puede amenazarla con un látigo a fuego vivo, pero Linda no cambiará su versión de los hechos.

—La bestia me la robó cuando fui a acompañar a Rosalba a su casa.

Él, al escuchar ese nombre, tiembla de pies a cabeza. «Si ella ya te contó lo que pasó es mejor que desaparezcas». Sin hijo ya no tiene nada que lo una a Linda. Quizá hasta ya tenga más futuro con Rosalba de los Delirios.

—Me tengo que ir —anuncia.

—¿Me vas a dejar así? Al menos dime que me crees.

Pero ¿no es lo que ha hecho toda su vida? Dejarla sola en su desesperación y en sus crisis, dejarla de lado como si no existiera del todo. Como si el dolor se le pudiera aplazar hasta cuando él tuviera tiempo de

atenderlo. Por no decir lo demás.

—*Te creo* —dice con un hilo de voz. Pero Linda no se lo cree. Sube al caballo y desaparece. Ni siquiera le avisa a dónde va. Lo peor es que cuando se va deja una estela de polvo rojo anunciando su libertad. ¿Por qué un hijo podría resultar una atadura? ¿Y por qué su recuerdo no puede ser algo que los mantenga unidos sino solo una excusa para escapar?

Es hasta el atardecer cuando Julián de los Matamoros regresa acompañado de una camioneta blanca de un sanatorio de la capital. «Mi mujer se deshizo de *nuestro* hijo» dijo en la clínica con toda la denuncia y el rencor en su voz. De modo que ahora la desaparecerá. Los hombres sujetan a una Linda desquiciada por la incredulidad, la sorpresa y la ira. Su cabello color miel se bate contra el viento y no tiene recaudo en zafarse mil veces de las ataduras de los médicos aunque sus huesos se quiebren como astillas. Su voz se propaga como las notas de una ópera maldita, pero nada ni nadie detiene el curso de su fatalidad. Es la palabra de un hombre contra la de una mujer —o la de alguien que quería ser mujer y no lo logró, según él— y no había manera de rebatir ese juicio. No en este tiempo. Sentí en ese momento, más que nunca, cómo el cuerpo de Linda quería ascender a ese cielo carmín y descansar entre las nubes de tanto agobio y sacrificio en vano. Sentí cómo a través de la tierra su sangre hervía en un intento vano por recuperar la cordura, el aliento y la entereza para enfrentarse a su destino. Sentí cómo sus gritos ahogados despertaban la angustia de mis pájaros y cómo el silencio poco a poco se iba internando en sus labios y luego, el sueño.

CAPÍTULO SEIS

La ausencia de Linda de los Matamoros se siente como una segunda atmósfera cargada de odio y pesar. Muchos rumores habían sacudido a Palo Blanco desde esa mañana. Que si Linda había acudido a la brujería para deshacerse del bebé. Que si lo había abortado. Que si lo había entregado al diablo por un esposo más cariñoso. Que si lo había intercambiado por los recuerdos perdidos en su accidente. Linda en su secreto sabría que no se lo había llevado ningún gavilán, sino el vacío del amor, el completo abandono. Quizá había sido un ajuste de cuentas en contra de su marido Julián por la impostura de su afecto. Aunque, como siempre, ella pagara los costos.

Su encierro en el sanatorio despertó los llantos de más de una mujer. «No puede ser que *haiga* sido tan cruel», decían algunas. Produjo tanta inestabilidad aquel suceso que se empezó a dudar del amor por primera vez en mucho tiempo. Aquella facilidad con la que se deshizo de ella, sin creerle siquiera, hervía de coraje al pueblo.

A todos menos a Rosalba de los Delirios.

Ella piensa que tiene el camino libre.

De hecho, en esta tarde ambos condenados están envueltos en el sudor vespertino de la pasión. Los rayos del crepúsculo baña por igual sus cuerpos y las paredes del lecho en un delirio que exuda libertad pero también vacío. Porque Rosalba es incapaz de llenar ese hueco voraz. Si nadie es capaz de entender a los hombres, mucho menos es posible entender sus ánimos desiertos.

—Qué bueno que te la llevaste —confiesa Rosalba—. Si no te la hubieras llevado, yo misma hubiera hecho que la lapidaran por bruja.

—Fue todo menos bruja —rebate él.

—Tú me entiendes.

—No, no te entiendo, Rosalba.

—¿Ya te vas? —rechista.

—Sí, Rosalba. Por más que lo intentemos no podrás darme lo que quiero.

—¿Y qué quieres? ¿O qué has querido todo este tiempo? ¿Nomás matar las horas?

—Me voy —contesta, necio. Recoge su ropa con prisa, pero firme en su decisión.

Rosalba abre la boca y las pinzas de las alimañas empiezan a aflorar. Escapan de su cueva y abren su camino hacia el hombre. «Espero que ahora que tienen todo mi odio funcionen». Nunca le había dicho esas palabras. Nunca se había dirigido a ella con esa sequedad ni con esa indiferencia impregnada en sus palabras. Prácticamente la acaba de desechar sin necesidad de encerrarla en un sanatorio, solo diciéndole que era incapaz de darle la felicidad deseada, que no estaba capacitada para estar con él, que no le servía.

Los alacranes lo muerden pero no le hacen la más mínima cosquilla.

—No puedes hacerme daño con tus bestias si siempre he estado contigo.

Luego aplasta a los animales con sus botas y una pulpa amarilla queda en el suelo como producto de la lucha fallida de Rosalba por contagiarle un poco de su dolor.

—Ni con todos los alacranes del mundo te podría hacer el daño que me has hecho tú.

Ambos se sumen en el silencio más atronador. Julián no quiere abrir más la herida. Rosalba no quiere romper a llorar. ¿Por qué ningún hombre la ha querido lo suficiente? ¿Es porque ella ama mucho? ¿Acaso los hombres no pueden amar demasiado y por eso salen corriendo?

—Me voy al Ejército —dice él finalmente.

—Claro, ya ni yo te ato aquí.

Rosalba le da un último beso entrecortado. En cada intermitencia le hace la súplica de que se quede un poco más en el pueblo, de que resista hasta la llegada y muerte del cacique.

—No te puedes ir sin la sangre de la que todos estamos manchados.

Mientras a duras penas hace la promesa de quedarse hasta ese momento, Linda mira con resignación en el comedor del sanatorio a las cocineras detrás y a los pacientes alrededor. No se siente tranquila. Se siente arrebatada del centro de la tierra. Apenas puede rastrear su presencia por el polvo rojo que le quedó en los zapatos en su lucha inútil por zafarse de su destino. Le sirven su comida en charolas de aluminio. «No podré comer de tanto dolor que me carcome». Cuando ve un vasito de plástico lleno de miel todo su interior se desgarrar. En la densidad ambarina del líquido ve todo su destino destruido. Ve las esperanzas rotas de un amor no correspondido, las tardes solitarias corriéndole como veneno bajo la ropa, la vida de su hijo desprendiéndose de su cuerpo como hilos de oro arrancados de sus entrañas, la ilusión hecha añicos. Rememora los panes que hacía, el calor del horno ardiéndole en las mejillas como una compañía grata y la miel que le recorría los labios

apacándole los tormentos; una especie de calma prometida que le servía para aplacar el incendio interior donde todo ardía. Una pasión desgastada. Una espera eterna donde se depositaban las esperanzas. Un hueco de su pasado. El no saber qué era ni a quién pertenecía ni a dónde. Y ahora estaba ahí, frente a la miel que ni necesitaba probar porque ya sabía de antemano a qué sabría. A desprecio. A asco. A veneno. A rencor. Ya nada dulce había en este mundo. Quizá al mundo a donde había ido a parar su hijo sí, porque en los ojos de él —sabía que serían del color de la miel— podría encontrar la paz prometida. Podría encontrar el amor verdadero y toda la historia que le faltaba para sentirse completa. Quizá despojándose de la razón podría encontrarlo. Quizá ahí se había alojado como un pajarillo para que nada ni nadie le hiciera daño. *Quizá ella misma lo había escondido ahí.* Porque ella misma lo sabe. En este mundo hay demasiada maldad y no son las bestias quienes la manifiestan, sino los humanos, en especial los que prometen amor y miel con sus labios brillantes por fuera y tenebrosos por dentro. Desearía haberlo sabido antes. Por lo pronto se dibuja una lágrima de miel debajo de su ojo derecho. Es su única manera de expresar su duelo.

Los criados están más exasperados que nunca por los dolores de Eloísa. Antes solo bastaba con ponerse un paño húmedo sobre los ojos, pero ahora tiene una especie de fiebre que la ha sumido en pesadillas tormentosas y en gritos de infierno.

—Ándale, Lena, ve a contarles cuentos a las niñas. No *quedrá* la patrona que se enteren.

La nana asiente y se va en dirección al cuarto de las pequeñas.

La criada vuelve a empapar el pañuelo. Lo pone sobre sus ojos, como en antaño. Pero la situación sigue igual; Eloísa se retuerce por su dolor. Su grito parece partir el techo de la habitación en dos.

—Santo Niño de Atocha —reza la mujer.

En el cuarto de las niñas, Leonora les empieza a contar historias para distraerlas.

—Niñas, hace mucho corría la historia de que cuando la tierra era muy vieja y la luna era roja las estrellas caían en picada sobre la tierra como piedras de cristales. Por eso había pescadores de a montones. Los pescadores de estrellas se llamaban. Había uno que necesitaba las estrellas para venderlas

porque su hija estaba enferma y pos' él las vendía a los ricos de la ciudad. Un día dicen que el señor estaba pescando en el mismo río que hay aquí *mesmo*. En esos días ya escaseaban las estrellas, pero dicen que un pez le habló. Un pez grandote y de ojos como el oro. Le dijo que dentro de su panza había cientos de estrellas. El hombre al principio no le creía, pero estaba ya tan desesperado que no se lo pensó dos veces. Ni dejó que la criatura terminara de hablarle para cuando ya lo había atravesado con una flecha de pi a pa. Le abrió el estomaguito y dejó escapar un montón de estrellas cristalinas. Casi se volvía loco de la emoción. Fue en su caballo a la capital y las vendió, obteniendo una fuerte cantidad de dinero. Malamente, cuando llegó a la casa a ver a su hija enferma, ésta ya se había muerto. Pobrecita. Dicen que aquel pez lo que le quería decir era «Tienes que esperarte a que las escupa con el tiempo» y que al matarlo la criatura que era un ángel y no un pez se vengó reclamando la vida de su preciada hija. Lástima.

Al terminar su relato Irina y Yesenia la miran absortas. Si es que existía ese pez como decía la historia, quizá sí le creerían a Yesenia que los cuervos le hablaban y le contaban el futuro de Palo Blanco y a Irina quizá le creerían sobre la existencia del niño pálido en las entrañas de una cueva.

—¿Y sí existió esa niña? —pregunta Yesenia.

—Quién sabe —responde la nana—. En este pueblo se cuentan muchas historias. A lo mejor sí. A lo mejor no. Pero una cosa sí creo. La avaricia del humano siempre sale cara.

—Como la de Julián —dice Irina.

—¿Por qué lo dices, niña?

—Porque se deshizo de Linda por no haberle dado su hijo. Ojalá la pague caro.

—No hable así, niña. Eso no nos toca a nosotras decidirlo ni desearlo.

—Pero es un malvado. Nunca le creyó a su esposa que la bestia se lo robó. Pero Yesenia y yo sabemos dónde está y lo recuperaremos.

—¿Y cómo le harán?

—Pues bien —dice Yesenia, casi tapándole la boca a Irina.

—Namás no se pongan en peligro —advierte la nana.

En la habitación de Eloísa los gritos se propagan sin cesar. Los temblores la tienen perlada de sudor y los estertores de su fiebre no parecen apaciguarse. Las criadas escuchan que ya empieza a articular palabras como «resplandor», «rojo» y «cielo», una y otra vez como una profecía.

—¿Y qué te han dicho los cuervos, niña? —pregunta la criada siguiéndole la corriente a Yesenia.

—Me dijeron que en esta noche aparecerá un resplandor tan rojo como si el cielo sangrara. Y que podrá cumplir deseos tanto oscuros como blancos.

—Ay, niña. Qué cosas dices. Ni las viejitas como yo somos tan cuenteras.

—Ya verá, ya verá.

La cúpula celeste se cubre de una pátina espesa de oscuridad. Hasta las estrellas están ocultas. Entonces ocurre. Una especie de estallido. Como si el cielo se partiera y de él se desbordara sangre, tan espesa como lágrimas de virgen. Los cuervos responden con alaridos y presagios oscuros. Las montañas inertes responden ante el clamor del cielo con un leve temblor, sacudiendo sus árboles de raíz sin esfuerzo del viento. Los pobladores salen a vislumbrar el resplandor con asombro. La conglomeración se reparte especulaciones. Unos dicen que es cosa de brujas, otros que eso solo ocurre en la entrada de Año Nuevo y que, por ende, el tiempo se ha alterado o *lo han alterado*. Las mujeres se persignan. «Quién sabe qué horrores saldrán del cielo ahora que se ha roto». «No se ha roto, solo es un resplandor». «Es que ya le dispararon a la bestia y se ha desangrado». Cualquiera que sea la verdad, nadie está tranquilo.

Porque nadie debería estarlo.

Solo era el principio del fin.

Ese resplandor que se impregnaba en sus pupilas como un retrato les anunciaba el final. Todo ese escarlata era el reflejo de la sangre que correría por el pueblo a futuro.

Linda lo vio desde el comedor y entonces corrió a la valla. Hincó sus pies y sus uñas en los resquicios para tener una visión ampliada del resplandor entre las montañas y, como si supiera la naturaleza del fenómeno, gritó para sus adentros «¡Por favor destruye ese pueblo!»). Era el único deseo genuino de todos los que había deseado. *Que el gavilán se trague de un bocado a ese pueblo que solo me desgració y que solo quede olvido, como este olvido que ahora me está carcomiendo.*

Irina y Yesenia observan con solemnidad el resplandor. Porque sienten que ese resplandor rojo las cubrirá por la eternidad. Que no habrá amanecer ni atardecer ni un sol como el de otrora ni una luna, solo ese fuego abrasador

entre montañas. Por estar tan absorta Irina se olvida de pedir un deseo. Yesenia pide que los cuervos le ayuden a derrotar al gavián.

CAPÍTULO SIETE

El resplandor rojizo hipnotizó a todos los habitantes de Palo Blanco, incluso más que el mismo gavián. A la bestia nunca la habían visto todos por igual, pero a este fenómeno todos los ojos lo escrutaban con una especie de admiración y éxtasis. No había ningún ápice de duda de que *el cielo sangraba* como si necesitara de un parche que lo contuviera después de abrirse una herida milenaria con la sangre saliendo a borbotones.

Los criados cercanos de Eloísa de los Castellanos, en cambio, sí tuvieron una sorpresa más acuciante. Los estertores de su fiebre se agudizaron incluso más que cuando apenas se vislumbraba el *eclipse celeste* —como le llamaron mis habitantes—. Sus avisos entrecortados de que ocurriría tal anomalía en el cielo resultaron aterradoras para sus criadas, más cuando lo empezó a describir en su convalecencia. Lo *veía sin ver*. No; lo describía sin ver. ¿Era tanto el dolor que se le recompensaba con poder ver más allá de sus límites? ¿Era una especie de locura o una de las muchas anunciaciones que delataban el final de mis confines?

En uno de sus gritos fatales es escuchada por Yesenia.

—¿Qué le pasa a mamá? —pregunta consternada.

—Nada de gravedad, mijita —contesta una de las criadas—. Ya se le pasará.

«¿A los cuántos *ya se le pasará* mamá podrá estar bien?» se pregunta Yesenia. Aunque no se lo ha dicho a nadie, ya tiene la respuesta en su mente desde hace varios días. Es macabra y espectral y muy oscura. Confía en sus bestias de alas negras y en la promesa que le hicieron la noche anterior: “Tú mamá se pondrá bien, solo tienes que pagarnos de vuelta. Nuestro Rey está muy enojado con ese gavián. No le han puesto freno. Esto tiene que parar, pequeña. ¿Nos ayudarás?”. Yesenia fue efusiva en su respuesta: “Esa bestia ya tiene sus días contados, pero ayuden a mi mamá”. “Lo haremos”, respondieron en un coro siniestro. “Haremos lo que nos corresponde para que la sangre del Cuervo no desaparezca”.

—Quiero verla —dice con insistencia.

—Ahorita no puede, señorita. Ella tiene que descansar. Pero mírela desde aquí. Se está reponiendo.

Acto seguido sale a contemplar lo que está contemplando la multitud

en un coro que no cabe del asombro.

La noche se le antoja a peligro a Trinidad. Desde su ventana observa el conglomerado de vecinos revisando el cielo como si se les hubiera aparecido una virgen. Desde aquel casi encuentro con Emilio teme salir a la calle. Teme encontrárselo y ser incendiada inmediatamente por el fuego del peligro y del deseo. Sabe que es de esas mujeres que puede encender su propia pira. La situación es todavía peor desde aquel trágico suceso en que Rosalba de los Delirios amenazó con tener por el resto de sus días sus ojos en ella.

En la propia jaula de sus imposibles Trinidad visualiza el panorama, tan atroz que le pone la piel de gallina. ¿Ahora qué terrores abundarán en Palo Blanco? ¿Ahora tendremos que preocuparnos también de los dolores del mundo?, pensaba la mujer. Si por lo menos existiera alguien con la voluntad tan fuerte como para hacer añicos esos barrotes y liberarla aunque tuviera que cruzar un mundo plagado de horrores y lunas de sangre... pero no lo había. Solo estaba su casa con el dolor constante de la soledad como si eso fuera el sol que le alumbrara sus días. Además, siempre estaba la carga aplastante de un pasado imposible de superar. La maldición de sus labios —de unos labios que amaban mucho— le corrompió una vida en paz. Más aun con el pleito venenoso sostenido con Rosalba que guardaba rencor tanto como respiraba. Aquel lastre no la ha dejado ni dormir con tranquilidad por el terror de encontrarla encima de ella con un cuchillo helado sobre su garganta.

—Todos dicen que vieron a una mujer igual a ti con él cuando se fue.

—La gente ve muchas cosas —recuerda que le respondió.

—No puede ver a una mujer igual a ti, Trinidad, porque no la hay —dijo casi escupiéndole veneno—. No puede ser un embuste.

—Cualquiera de las excusas que haya tenido tu marido para *juirse*, tienes que saber que yo no estuve en ellas.

Por un segundo pensó que Rosalba le había creído, pero un veneno así de grande y así de persistente no era tan fácil de apaciguar.

Trinidad imagina el maleficio imaginario que de seguro, sospecha, le impuso Rosalba: “Amarás a puros hombres imposibles. Hervirás de delirio y se te quemaran las venas, pero ninguno te será propicio. A todos echarás a perder o te echarán a perder a ti”. Es el dolor que siempre ha cargado.

Como quien quiere apartarse un recuerdo impertinente, se enjuga los ojos tras apartarse de las cortinas y suspira. Suspira como si se fuera a acabar

el mundo. De súbito, imagina aquella imagen de Emilio en la regadera y se jura que si tuviera que pintarlo ahí mismo lo pintaría con la misma exactitud de una fotografía; retrataría cada gota resbalando por su espalda, el vapor del agua brincándole en la piel, las venas saltadas como caminos de turquesa y sus lunares formando una constelación maldita igual al laberinto de su obsesión.

En su ensimismamiento no nota los toquidos de la puerta. Alguien llama con insistencia. Como una clase de invocación ahí se encuentra Emilio de los Castellanos. Es tan imponente su presencia que Trinidad evoca en su recuerdo esa misma imagen y jura respirar todavía el agua quemándose en su piel, con todo y el olor a sábila. «Nadie me maldijo de sufrir esta tentación; yo misma me la gané». Pierde la noción de cuánto tiempo ha estado sin habla, hasta que por fin la recupera ayudada por la brisa nocturna.

—Buenas, señor Emilio. ¿En qué le puedo ayudar?

—Es mi esposa, Trinidad. —Su nombre en los labios de él le suena a maldición—. Está sufriendo mucho.

El hombre se le desmorona en sus brazos por el dolor. Más que sufrir, parece que su esposa está *desapareciendo*. Y que hay un palpito muy sonoro de necesidad de refugio.

Irina corre despavorida en dirección a la ribera. Tiene que cerciorarse de que nada le haya pasado a su único amigo del pueblo. La duda le inquieta sobremanera: ¿qué clase de aviso fue ese resplandor rojo entre las montañas? *Alguien lo ha herido* fue lo primero que pensó. Sin embargo, harían falta hordas incommensurables de magia oscura para poderle infligir algún daño. Al niño pálido lo protegía una magia tan ancestral que era imposible siquiera inteligir.

La niña se interna en la cueva sin preocuparse por su vestido. Nota un cambio en el aura del recinto; las luciérnagas proyectan el doble de brillo y las plantas crecen a raudales saliendo de sus oídos. El ser emana luz en forma de ondas, tan puro que cuesta mantener los ojos abiertos. El manantial donde reposa también está igual de cristalino que una capa de cielo azul en mediodía.

—¿Tú también lo has visto? —pregunta sintiéndose un poco tonta. Se corrige—: ¿Tú también lo has *sentido*?

—¿El resplandor? —responde sin usar su boca. Le había explicado antes a Irina que usaba la energía de la materia para manifestarse, pero ella no lo había entendido—. Desafortunadamente ha llegado mucho antes de lo

esperado.

—¿Qué significa?

—¿Tú qué crees?

—No sé —cavila—, pero se veía muy... aplastante, como si todos los días que siguen fueran solo atardecer.

—No estás muy alejada de la verdad —confiesa la criatura—. Lo que el fin de este pueblo significará es un atardecer eterno y para nada agradable, pues el final del día siempre deja tristeza entre la gente. Me temo que no puedo estar seguro de lo que pasa; hay fuerzas malignas detrás de nuestro cielo y ya han despertado.

—Eso no suena nada bien.

—Tranquila, tendremos tiempo. No hay que temer de más, pero hay que estar precavidos. ¿Qué has aprendido de tu alrededor estos días? ¿Has prestado atención como te indiqué?

—Sí —contesta apresurada—. He notado que estas casas y sus familias no son como las de la capital donde vivía antes... Estas son más *malas* y tienen muchos secretos. Hace poco se llevaron la vecina Linda sin explicación alguna, solo porque la bestia del gavilán le robó a su bebé.

—Esa es la clase de fuerzas de las que te hablaba.

—¿Eso significa que habrá más robos de bebés?

—No, me refiero a las fuerzas malvadas de los humanos. Si tan solo ella se hubiera sentido más segura con su esposo quizá nada hubiera pasado.

—¡Exacto! Eso es lo que pensé. Su esposo permitió que le pasara eso y cuando pasó la abandonó echándole toda la culpa. Como decía, las casas son muy extrañas, como si escondieran monstruos que está esperando siempre para destruir algo a su paso. ¿Qué va a pasar cuando todos los monstruos salgan?

—Volveremos a las cuevas y estaremos debajo de los ríos o escondidos entre las montañas, pero nadie nos verá morir.

Irina guarda silencio para poder procesar sus palabras. El niño pálido reanuda su discurso:

—¿Sabías que en esta tierra roja había antes un mar? Se transformó en lo que ahora pisas y, aunque pienses que no hay nada de aquella época marina, muy debajo de tus pies descansan miles de fósiles de seres que se resistieron a perecer. ¿Te imaginas? Aún late la fuerza de lo que fue su vida a pesar de tantos años. Cuando esa misma desolación ataque este pueblo prométeme que resistirás con todas tus fuerzas.

—Lo prometo.

Sin embargo, como todos los niños, Irina no imaginaba ni un ápice de lo que sucedería tiempo después. Es una promesa lanzada al viento, vana, pero con la fuerza de un huracán que no le teme a su furia.

—Tengo miedo por mis hijas —confiesa Emilio. Su taza de café sigue igual; solo la pasea en sus manos—. Temo que llegue un día en que su madre les haga falta. ¿Qué podría hacer yo? Nadie más que ella podría forjar su carácter como futuras mujeres.

—No piense lo peor, Emilio —lo reconforta ella.

—Tengo que serlo antes de que todo resulte más devastador de lo que ya parece.

En ese panorama Trinidad ve una oportunidad que la enloquece de lo despampanante que suena. «Ese papel te queda demasiado grande», le diría Rosalba, pero dentro de lo que se permitía soñar destellaba esa esperanza por más irrealizable que resultase.

—Su mujer es muy fuerte, Emilio. He visto el amor que le tiene a sus hijas y ese amor es suficiente para que se sobreponga a su dolor.

—Temo ser yo el que no resista —dice con el pánico derramándose de cada palabra.

—Lo hará porque usted también las ama. —Trata de imaginar una cortina que lo separe de él y de cualquier impulso que se le ocurra a su cuerpo. La tristeza innata de sus palabras y la belleza que le recorre como un fuego líquido la evaporan. Nunca se había sentido atrapada entre dos pasiones tan opuestas y unidas entre sí, en esa clase de tregua efímera que hacía olvidar hasta donde levitaban sus pies—. Lo hará porque en situaciones así uno saca fuerza hasta de las piedras con tal de conservar la esperanza de los que más quiere.

Si no fuera por ese temor al descubierto, la historia de Trinidad y de Emilio hubiera tenido un desenlace fatal. Los labios carnosos de ella no hubiesen resistido si las palabras de Emilio hubieran tomado la más leve insinuación. Pero al final logró hacer más que soportar su represión; logró calmar su desesperación por ver a su mujer así. «Son los síntomas de vivir en este pueblo», se quedó con ganas de decirle. «Tarde o temprano a cada quien le pasa factura, como si a cambio del dolor le devolviera a una el milagro de un día más».

Al menos en esa suposición Trinidad no se equivocaba.

CAPÍTULO OCHO

Finalmente cae la noche tras ese resplandor que daba a entender que nunca caería la luna de nuevo sobre la cuña de las montañas. La tenue luz lunar traspasa los ventanales y cae de lleno sobre los cuerpos lánguidos de los Flores, rebota sobre la frente atormentada de Eloísa de los Castellanos y acaricia con temor los labios mortales de Trinidad.

Internada en su sueño, Yesenia ha logrado el contacto total sobre los cuervos. De algún modo les ha comunicado cómo y dónde lograr su hazaña. Los maneja como marionetas, con una gracilidad de bailarina. Siente que ha logrado tener los movimientos del viento en su poder, como si sus manos crearan las corrientes de aire y esas corrientes guiaran las alas de las criaturas en su objetivo macabro. *Tienen que entrar a la casa de Rosalba de los Delirios y arrancarle los ojos de un tajo. Luego deben entrar a la casa de mamá y arrancarle los de ella y poner los de Rosalba en su lugar.* En su mente tiene la cartografía exacta de los movimientos, tan meticulosa que se le hace imposible fallar. Días antes se había encaramado en lo alto de un tamarindo, donde nadie la veía, y con su trance hacía que los cuervos le trajeran objetos variados: la ropa que tendían las mujeres, las llaves de una casa, hasta las ciruelas maduras del jardín de Julián. Una vez que habían logrado lo último, Yesenia se creyó más que lista para esa misión. *Mamá se curará. Me lo dijo el Rey Cuervo, que los ojos de mamá estaban enfermos por una cosa que ella se niega a ver, pero se salvará.*

Los cuervos hacen su recorrido silencioso entrando por la ventana entreabierta de Rosalba. La pobre mujer aún guarda la esperanza de que Julián de los Matamoros se colará por ahí con una pasión renovada y feroz. Pero no en esta noche. En esta noche son los cuervos quienes la sumen en un sueño profundo con breve olor a muerte mientras le sacan los ojos en un acto fugaz—casi succionándolos con sus picos de aguja—. En un principio parece que van a desbordarse en un manantial carmesí, pero se suspenden los hilillos de sangre cuando apenas empiezan a asomarse.

Yesenia lo nota incluso en su sueño; ha triunfado. Puede sentir su peso como dos monedas de oro en el centro de sus manos. Los cuervos sobrevuelan Palo Blanco moviendo sus alas con un deje festivo, con hilos de sangre negra cayendo de sus picos. El próximo destino son los ojos de Eloísa. Cuando han

llegado a su recámara los notan frágiles y más cristalinos de lo normal. *Es un milagro que aún los tenga en su lugar*, piensan en sus adentros. *Hagan su trabajo*, los arremete Yesenia. Obedecen su orden. Las cuencas vacías de Eloísa brillan en la oscuridad, ya despojadas de sus dolores. Lo logran. Las esferas que ahora adornan su faz la hacen resplandecer tranquila incluso ahí en las sombras. Eloísa y Yesenia ya no tienen nada de qué preocuparse.

Por ahora.

Porque el Rey Cuervo tiene formas muy cruentas de cobrar sus favores.

Al día siguiente todos los habitantes de Palo Blanco despiertan como si hubieran estado durmiendo por milenios. La carga de ese sopor sobrenatural provocado por Yesenia se instala en sus párpados junto con la duda de cuánto han dormido. La forma de saberlo es viendo sus cultivos y la monotonía del pueblo que los remite a su rutina del día anterior. Al ver hacia el cielo — ahora con los restos del resplandor débiles como una brasa que se apaga— recuerdan la sorpresa de la tarde anterior. *No lo dudo que ese hechizo en el cielo nos haya dormido a todos*, sospecha Rosalba. No nota la diferencia en su rostro. En realidad nunca ha tenido la curiosidad por explorarlo porque desde la partida de su amado solo ha estado cubierto por una mueca de rencor y rabia. Siempre ha sido el mismo desde aquella vez y mirarse en el espejo siempre le ha resultado temible porque no soporta ese reflejo tan doloroso, mucho menos esos ojos desprovistos de vida.

Por su parte, Eloísa de los Castellanos toma su té de siempre. Las criadas se reconfortan al comprobar que ya no queda ningún rastro de dolor en su semblante. Se nota reconfortada, tanto que sospechan que la han cambiado. Su esposo Emilio también se percata de ello; sus rizos castaños contrastan con su piel de mármol y sus ojos destellan con una expresividad nunca antes vista. Y entonces él también se reconforta porque sus pesadillas se repliegan... Trinidad estaba en lo cierto: el amor por sus hijas la haría resistir, lucir así de lúcida por el resto de sus días.

Irina es quien despierta a Yesenia, aunque estaba a punto de rendirse cuando ni sus cosquillas hacían efecto.

—Vamos a ver cómo está mamá —la invita.

Ella se despereza con una sonrisa de complicidad. Cuando encuentran su habitación la ven vacía. Escuchan su voz de fondo:

—¡Niñas, vengan a desayunar!

—Su ma está tan repuesta que ella misma les está preparando el desayuno —dice Herminia, una de las criadas.

Yesenia bulle de alegría internamente. Ver así de enérgica a su mamá y no incapacitada por su dolor le hace sentir como si el deseo más grande de su vida se hubiera cumplido frente a sus ojos. *El Rey Cuervo se sentirá muy orgulloso de mi poder.* Aunque no lo hiciera, el dolor desvanecido de su madre lo valía todo. No hacía falta ninguna congratulación de por medio. La dicha de aquel desayuno sería una magia que la pequeña recordaría como un sueño de primavera durante el resto de su vida.

—Si yo fuera el cacique ni me pararía por aquí —dice Rosalba a las mujeres que lavan también en el río. Exclama esas palabras con sorna al recordar su macabro plan y el destino tan fatal que correrá el hombre—. Ni se ha dignado en hacernos el cementerio que tanto ha prometido. ¿Adónde piensa que descansarán nuestros muertitos? ¿En el barranco?

—¿Aún contamos con el Julián?

—Hasta lo que sé, sí. De cualquier modo si no es él será cualquiera, no lease que lo dejen como cedazo. Para eso están.

Las mujeres rompen a reír porque al menos esa es la libertad que les queda; reírse de su fatalidad contra las piedras y el agua espumosa que les llega casi hasta las rodillas. A kilómetros de ese río Linda recuerda esos días de paz en ese mismo lugar. La noche del resplandor cuando se acercó a la valla alertó a los guardias del sanatorio. Pensaron que se iba a escapar cuando solo contemplaba con fascinación aquel acontecimiento rogándole al cielo que se tragara a toda esa legión de traidores de una vez y para siempre.

—Algo le ha pasado al pueblo de donde vengo —dijo—. ¿No ve ese resplandor?

—Claro que lo veo, es el atardecer —respondió el enfermero.

A Linda no le gustó su respuesta, pero lo ocultó. Cualquier cosa, lo sabía muy bien, podría resultar en un giro fatal.

—¿Cuándo me darán permiso de escribirle a alguien?

—Eso se lo dirá su médica.

—¿Cuándo viene?

—No lo sabemos, pero pronto.

Escribirle a alguien era solo una excusa para no caer en el desafortunado desquicio. Quería anclarse aunque fuera a la más mínima porción de realidad, a aquel pueblo donde se sentía parte de la miel y del

polvo rojo y del arroyo y del pan y de las montañas rocosas que la habían salvado de su amnesia, incluso dándole una nueva vida. Pero ¿a quién le escribiría?

Entonces recordó...

Recordó a aquella niña peculiar que había encontrado en su patio, desorientada al parecer. Por su ropa intuyó que no era de ninguna familia del pueblo.

—¿Qué haces aquí, niña? —le preguntó.

—Estoy llamando a mis cuervos.

—Chiflando, querrás decir.

—No —sentenció la niña de aquel entonces—. Los estoy llamando. Ellos son mis amigos y me tienen que contar los augurios de ustedes los grandes.

—Bueno, cuando te cuenten uno mío me avisas, eh.

Pero no lo hizo, recuerda Linda con una nostalgia hiriente. Si tan solo los cuentos de aquella niña hubiesen sido ciertos y le hubieran advertido del curso fatal de sus desdichas. Ahora esos sentimientos que despierta la imposibilidad de cambiar su historia se baten en el centro de su pecho en una marea de odio primitivo y ganas de romper a llorar. Sin embargo, recuerda que debe mantenerse entera, tan cuerda como pueda, porque no volverá a depender un hombre para que la rescate de su prisión personal. «Estaré más cuerda que todos ustedes», se dijo en sus adentros, «tanto que hasta empezarán a dudar de ustedes mismos. Yo estuve una vez en un limbo parecido a este y sobreviví. Ustedes estarían muertos en esa circunstancia».

Julián de los Matamoros acude a la casa de Rosalba de los Delirios cuando es de noche y el pueblo suspira.

—Hasta que te dignas en venir —lo reprende ella enredada en las sábanas.

—He estado pensando bastante —dice él contrastando el armónico canto de los grillos con lo ronco de su voz—, y mi respuesta es que me quedaré hasta haber ajustado cuentas con ese cacique.

El tono de su afirmación le hierve la piel a Rosalba. Ese es el Julián del que ella quedó prendada de obsesión desde que lo vio en su caballo. Tenerlo de vuelta la enloquecía en más de una manera.

—Así se habla, hombre.

—Pero una vez que eso suceda sigue en pie mi plan de irme al

Ejército. Oye, no sé si sea por la luz pero tus ojos se te ven diferentes.

—Es porque ha pasado mucho tiempo sin verte —es lo único que alcanza a articular.

El entusiasmo se le nubla a Rosalba de súbito con esas palabras. ¿Por qué inflarla de esperanza para luego rematarla así?

—Mientras eso sucede podemos practicar nuestro plan. No te puedes ir sin que haya comprobado eso que dicen de que nada te puede lastimar tu piel. Lo quiero comprobar de todos los modos posibles.

—Todavía no logro digerir lo de mi mujer y tú andas con esas cosas. No tienes madre.

—Cada quien tiene el destino que se merece, Julián. Ella está pagando el haberse deshecho de la criatura, pues.

—Aún no adivino qué la llevó a hacer eso, pero si me entero que tú tuviste algo que ver, te mato con mis propias manos.

—Mátame aquí mismo porque desde el momento en que nos cruzamos le empezamos a hacer daño a tu mujer.

Julián se va enojado de la habitación. Si su furia pudiera hacer venir la casa abajo lo reduciría a polvo. Ya nada tiene salvación en su pequeño mundo, piensa mientras se desperdiga en la oscuridad de mis confines. Una lechuza lo sigue hasta su casa y otra se posa en el árbol que da a la ventana por donde entró. Rosalba apenas puede creer la furia instalada entre ellos dos. ¿Acaso no era de esperarse?, piensa ella. No le revuelve ni tantito en su conciencia la desaparición de Linda de su panorama. Al principio había pensado que eso solucionaría las cosas y avivaría ese amor clandestino. Pero solo es certera una cosa; la desaparición de Linda de sus vidas solo los hizo ver su condena a los ojos como si ella —Linda— hubiera soplado sobre las cenizas que ambos amantes habían negado por siempre ver.

El ulular de las lechuzas sofoca las pasiones atormentadas de Rosalba y la sume en un sueño profundo entre llanto y almohada. ¿Quién podría rescatarla sino él? ¿Aún podría encontrar las fuerzas dentro de ella misma para resistir la soledad o el riesgo elevado de buscar otro amor? Sus preguntas se fueron arremolinando en torno a sus huesos porosos y, como una segunda cama, la envolvieron en una melodía nocturna que pronto, en sus sueños, se elevó a aquel baile de otrora en que se desprendería para siempre de quien fue el único ser capaz de darle sus respuestas.

CAPÍTULO NUEVE

Las tardes de Chana consistían en contemplar desde lo alto de uno de los cerros la vida aparentemente plácida de Palo Blanco. Era una especie de ritual el tomar su cayado y escalar la colina a pesar de su edad. Ahí estaba su secreto; en no dejarse llevar por la edad ni por la razón humana. Ella sabía que su cuerpo solo era un recipiente para su alma, un recipiente que con el paso de los años supo amoldar según sus creencias. «Puedes volar, si eso es lo que espíritu anhela» había dicho su tatarabuela. «Mientras tu alma esté en sus confines y la puedas *navegar* todo estará bien». Claro, de eso había tratado todo ese tiempo, de saberla navegar por los infortunios, la soledad y las residuos del abandono.

Desde los inicios de su don Chana había sido solidaria con todo ser que manifestara vida. La vida era, entre todos los dones, el más sagrado y valioso, se decía. Incluso aquellas vidas apresadas en el laberinto del pueblo esquelético le resultaban preciadas a pesar de casi nunca entrar en contacto con ellas. Rara vez los niños subían la colina para comprarle en su tienda, pero era más por el hecho de aventura y para tratar de comprobar los rumores que corrían sobre su supuesta naturaleza de bruja. «Quien sabe navegar su alma hace más que magia», decía la anciana.

Como en aquellos años tumultuosos y tórridos de los rastros de una guerra incluso antes de que existieran las casas de adobe en mi territorio. Chana recordaba los cuerpos arrojados en la nada de los terrenos rojos —más rojos que nunca—, con las balas aún vivas elevando sus hilos de plata al cielo partido. En ese entonces aprendió no solo a navegar su alma doliente, sino también las almas de los difuntos para canalizarlas en una nueva forma de *manifestación*. La mujer paseó con su turíbulo por entre los cuerpos pisando sesos, vísceras y vértebras para recolectar las almas que aún no se habían apagado. Y así fue como nació la vida de Palo Blanco; los venados con sus cornamentas despampanantes, las mariposas negras con caras de diablo, las lechuzas de cánticos infernales, los caballos de altura kilométrica y los coralillos más rojos que la fiebre.

Sin embargo, para que la vida naciera *de ella* tuvo que pasar mucho tiempo. No quería a ningún macho que le profanara su espiritualidad porque en el segundo en que supieran su secreto saldría huyendo o la mataría ahí mismo en su lecho. En cambio, para preservar su naturaleza tuvo que aprender de sus

ancestros a *convertir* en un sentido inverso la *animalidad* de los seres a *humanidad*. Cuando había hielo en mis entrañas terrenales su primer amante —y quien dispuso la semilla para la creación de su primera vida— fue un lobo gris del otro lado de las montañas. No fue fácil; para lograrlo tuvo que matar a su hembra para ocupar su lugar dentro de la manada. El combate casi le costó un ojo. Aún le queda una cicatriz en forma de medialuna de aquella trifulca sangrienta.

Así había sido engendrado su primer hijo: a partir de un combate de garras y colmillos. Después de largos dos años pudo atestiguar que su don estaba más que transmitido. En una de las noches cuando la luna era redonda y escarlata su bebé reposaba junto a ella en la forma de un lobezno con el pelaje más plateado en la faz de la tierra. Para su desgracia, aquello no duraría mucho.

Fue en un episodio oscuro e imprevisto cuando su felicidad terminó. Un grupo de bandidos dedicados a despojar haciendas acaudaladas irrumpió en su hogar con ánimos de mancillarla. Su hijo con apenas cuatro años fue capaz de metamorfosearse en lobo y arrancarles su cabeza de cuajo, salvo a uno que fue muy hábil y despiadado para matarlo de un escopetazo. Chana lanzó un bramido que partió al mundo en dos. Atravesó en canal al asesino de su hijo con el cuchillo con el que destazaba chivos y corrió desesperada en búsqueda de su turíbulo para recolectar el alma de su joven cría. Sus manos, tías de por sí, ya sabían la respuesta; su alma se había esfumado. Era demasiado tarde y a esa edad la mujer no sabía dónde buscarlo. «Está en el cementerio del cielo, el más difícil de explorar».

Chana pertenecía a la tierra, a sus riachuelos cristalinos, a sus rocas meteóricas, a sus árboles frondosos y a sus cerros lúgubres, no al extenso cielo que siempre la acongojaba. “Sé que tu alma está ahí prendida de alguna corriente de aire esperando a que te encuentre”, se decía cada noche tratando de calmar sus iras de fuego.

Practicó paulatinamente despegándose del suelo en su forma humana antes de que su alma navegara por completo y por su propia cuenta en las entrañas del viento. Decidió convertirse en un petirrojo para intentar dar con él siguiendo sus instintos de madre. Surcó los cielos durante cien días hasta dar con un loro gris con el plumaje igual al hijo que había tenido. Su alma humana casi se escapaba aquel día en cuanto lo vio de la sorpresa. Era él, definitivamente. Acurrucaron sus cuerpos como esas veces en que dormían bajo la pálida luz de mi luna y por ese momento sus almas se sintieron

restauradas, como si el dolor solo fuera una pausa temporal por fin aplacada.

—Quiero quedarme aquí —le dijo su criatura con sus palabras viajando por el viento clemente—. Hay mucha maldad allá abajo.

Su madre lo comprendía a la perfección. Sería lo mejor para los dos.

—Nunca dejaré de visitarte —respondió ella con todo el pesar en su pecho—, por más lejos que estés.

Le hubiera gustado mantener esa promesa. Durante una noche cuando estaba en el cuerpo de un venado cayó en la trampa de un cazador y una de sus patas se hizo añicos. Sobrellevar el dolor al momento de elevarse se le hizo imposible por mucho tiempo. Separar cuerpo y alma ya no resultaba tan fácil. Solo le quedaba mirar al cielo con resignación deseando poder volar de nuevo. “El miedo no era al cielo, sino a no poder volver a él”.

—Déjame ver el mundo con tus ojos —le suplica Yesenia a uno de los cuervos—; quizá hasta pueda ver al gavián.

El cuervo que reposa en su ventana lanza un graznido y accede.

—Está bien —responde con un eco en la cabeza de la niña—, todo sea por detenerlo. Abre bien los ojos, niña.

—Lo haré —dice con determinación.

Cierra los ojos y deja que el mundo real se desvanezca, como si tan solo fuera un dibujo fácil de deshacer. El panorama de su habitación cambia a uno completamente penumbroso. Las copas de los árboles apenas alcanzan a vislumbrarse y el río es solo una vena de plata pálida en contraste con el resplandor negro de las rocas. Nota que hay un corazón latiendo cerca de los montículos y ruega en su fuero interno que el cuervo baje a donde nace el sonido.

«Seguro es el gavián comiéndose a una de sus presas», piensa. El cuervo la obedece y planea tan bajo que por un segundo Yesenia teme perder su *conexión* con él. Se posa en la rama de un árbol y entonces todo cobra sentido. No es el gavián; es una persona. Una anciana. Su cabello blanco resplandece como una hoguera blanca y está completamente desnuda, sentada en un promontorio de arena roja. En un instante la mujer se curva en un ángulo imposible y el sonido vuelve a propagarse como ramas quebrándose en una sucesión insoportable. Acto seguido, todo rastro de la anciana desaparece y queda en su lugar una lechuza que brinca como si acabara de olvidar cómo volar.

Un sobresalto abrupto recorre la inconsciencia de Yesenia cuando las

miradas de los dos animales se cruzan. «Me he dejado ver». La lechuza sigue mirándolo hasta que el cuerpo del cuervo levita alejándose de las ramas en plena noche abierta y se apaga de súbito. La oscuridad se cierne sobre la niña. Jamás sabrá si este hallazgo fue una pesadilla o si en realidad sí cobró la vida de un cuervo gracias a su necedad.

—Mañana llegará el cacique y quiero lucirme con mi atuendo — anuncia Rosalba a las mujeres—. ¿Quién se hará cargo? Mi rostro será la única gracia que se llevará a la tumba.

—Yo —dice una—, pero tienes que mocharte con las recompensas.

—Eso es lo que abundará en Palo Blanco cuando todo haya salido bien —promete—. Tienen mi palabra. Aquí en frente de todas se los digo.

Sus palabras se sienten tan llenas de esperanza que es imposible no creerle. Han sido tantas las penurias desde el mando de ese cacique que incluso ellas han encomendado su muerte a los santos.

«Solo una mujer tan fuerte como Rosalba de los Delirios puede liberarnos. Si soportó la muerte de su marido, puede soportarlo todo, incluso la muerte de ese desgraciado que no ha hecho mas que arruinarnos la vida».

—¿Tú crees que los humanos puedan convertirse en... bestias? — pregunta su hermana con tono tímido.

Cuando le dijo una vez «puedes contármelo todo» Irina no se esperaba esa clase de inquietudes.

—No —contesta titubeante. ¿Quién es ella para decir qué es real y qué no cuando ha creído en la profecía de un ser extraterreno?—. ¿Has tenido otra de tus pesadillas?

—No sé si fue pesadilla o si fue real. —El peso de sus palabras se siente tan verosímil que a Irina le lastima mentirle.

—En ese caso —aduce—, es mejor que escribas en tu diario. Yo te regalaré uno.

Su hermana se emociona y la abraza en agradecimiento.

—¿Sabes quién tiene un diario a pesar de su edad? Un viejito que vive al lado de Chana. Lo he visto escribiendo desde que llegamos aquí.

—¿Y tú qué tienes que andar haciendo por esos lugares? Es muy peligroso, y más ahora.

—Lo noté cuando fui a comprar algo. Escribía como si lo que viera fuera a llegar a su fin.

—A lo mejor lo que va a llegar a su fin es él y no lo que ve.

Ambas rompen a reír aunque el tema de la muerte no tenga nada de risible. Hacía mucho que no reían con esa intensidad desde su mudanza; hacía mucho que no se sentían libres en ese lugar, pero ahora su mamá está sana de la nada, Yesenia tiene el poder de los cuervos en su control e Irina tiene una misión incomprensible en su destino que la hace sentir liberada y poderosa.

Puede que sea el último día de paz para los Salvatierra, los Flores, los Castellanos, los Matamoros y los demás habitantes de Palo Blanco. Puede que el agua de los pozos dejen de ser cristalinas y los cuervos reclamen su dominio. Puede que sea el último alacrán que emane de la boca de Rosalba de los Delirios o el último beso asesino de Trinidad. Puede que sea un último cielo rosa pálido sobre los tejados de las casas. Puede que sea la última vez que Chana troque su cuerpo raquítico en un animal ávido de ver de nuevo a su hijo. Puede que el niño pálido se canse de tantos años y que las abejas que nutren de miel mueran de sed. Puede incluso que la maldición de Linda durante aquel resplandor rojo surta efecto y todo el pueblo quede devorado con un suspiro devastador. Puede que el arroyo los arrope con su furia y las montañas se desvanezcan y todo termine siendo un cementerio de lodo guinda. Puede que todo eso pase en Palo Blanco porque el cacique acaba de llegar y las venas mías laten descompasadas del temor por esa sangre que pugna por salir entre condenados y condenadores. Puede que inicie el fin o que todos los finales que se temen no ocurran. Todo depende ahora de un alacrán y su veneno.

CAPÍTULO DIEZ

Las horas marchan lentas igual que en otoño cuando mis árboles están convaleciendo. Cada uno de mis habitantes está consciente de que juega un papel decisivo en los planes de Rosalba, incluso los que guardan silencio. «El silencio es el arma más mortal de todas; Trinidad lleva años envenenándose con él», pensaría la autora de la muerte del cacique. La mujer está ultimando los detalles de su garganta, sintiendo esa presión en sus paredes de las alimañas pugnando por salir como un cielo a punto de llover, al filo del agua.

Desde lo alto de su colina Chana ve la fatalidad en el pulso de las ramas de mis árboles, en las nubes calmas y en los adobes rojos que no volverán a ser los mismos. «Sé que alguien me vio anoche, mas no le tengo miedo. Igual puede que no viva mucho para contarlo ahora que se va a armar este lío». Ella sabe más secretos destructivos de los que le gustaría admitir. Por ejemplo, aquella vez en que se convirtió en lechuza y miró a Julián de los Matamoros escapando de la casa de Rosalba. Si ese secreto saliera a la luz movería las placas tectónicas de la locura de todo el pueblo. Sin embargo, la anciana no quería echarle más leña al fuego; quería, en cambio, tener ese secreto de amuleto protector contra las maquinaciones que alguien pudiera tener. Nadie lo sabía, pero un atropello en falso y Chana podría dar un giro a los acontecimientos imposible de detener.

Revivir el temor.

Al fin de cuentas, ella es una resucitadora de las cenizas. Y aun y en sus mejores años, el cacique no había sido más que eso: polvo y desolación.

La polvareda roja deja sus remolinos y se esfuma dejando adivinar el semblante de Sebastián Canales, el cacique de Palo Blanco. Sus hebillas, anillos y solitarios de oro le confieren un aspecto diabólico, controlador y repulsivo, todo artificioso y mecánico. El humo de su puro lo cubre en una cortina de niebla haciendo del espectáculo de su llegada una aparición fantasmal. En pos de él bajan su hija y su esposa.

—Bienvenidos a su finca —dice Eloísa de los Castellanos, reprimiéndose las ganas de decir «bienvenidos a su tumba».

«Esta niña podría ser buena amiga de tus hijas, Eloísa, pero nosotros la necesitamos más para nuestros planes», había dicho Rosalba. Ella luce un vestido rosa mexicano —despampanante como en sus épocas de baile—. Los

saluda a los tres por igual con notable afecto.

Una vez instalados en el comedor al aire libre inician su charla entre el sol dorado y la brisa fresca.

—Infórmame, Rosalba querida. ¿Qué ha pasado desde mi última visita?

—Uh, la cantidad de cosas, Don Sebastián. Hasta parece que alguien nos puso un embrujo.

—¿Tanto así? —contesta la esposa.

—Sí —afirma Rosalba—, nunca nos habían tocado tantos males.

—Es por tanta mujer sola —sentencia la esposa—. Cásense y verán cómo todas las cortes celestiales las bendicen.

—Pues preséntenos a los caballeros y encantada.

Las risas plácidas chocan con el sonido de los cubiertos. La atmósfera hasta podría ser de un cuento de no ser por el dramático final que les espera.

—Como le contaba, Don Sebastián, parece cosa de embrujo. Primero, unos hombres murieron arrastrados por el río cuando llegaban de la jornada en la noche del eclipse. Apenas unos cuantos pudieron ser rescatados por los demás vecinos y sus caballos, pero no fueron muchos. Nadie se explica por qué el río nos tiene tanto coraje. También desde hace unas semanas apareció un gavián grandísimo. Dicen los que lo han visto que es más grande que todo el terreno que hay desde aquí a la casa de Chana. Empezaron a desaparecer niños que amanecían luego en un lugar aparte de sus cunas, cerca del río y hasta encima de los árboles. Incluso hay quienes dicen que le arrancó de sus entrañas al mismísimo bebé de Linda, la de Julián.

—¿Dónde está ella, por cierto? ¿Por qué no nos ha recibido? —pregunta la esposa.

—Ella... —dice Rosalba titubeante—. Ella fue encerrada en un sanatorio por órdenes de su marido porque no creyó en ese cuento... Pensó que lo había desechado tras haber tomado un brebaje de una bruja.

—Terrible. ¿Y dónde estaba el condenado cuando todo eso pasó?

Rosalba casi se atraganta al recordar la verdadera historia y al encontrar los ojos de Trinidad que la acusan.

—Quién sabe —responde—, a lo mejor en las bodegas de miel de la familia.

—¿Cómo va su producción, por cierto? —interrumpe el cacique.

—De viento en popa. Son muy trabajadores los Salvatierra. Lástima que nunca tuve una hija para casarla con uno de ellos.

«Por eso en su lugar te pusiste tú y te devoraste a Julián», quiere gritar Trinidad a los cuatro vientos.

—¿Y ustedes, Eloísa, cómo van con esta finca?

—Muy bien. En primer lugar, mi marido le manda sus saludos porque tuvo que atender un asunto importante en la capital, pero mis hijas, mi esposo y yo estamos muy a gusto. Es una tierra muy fértil hasta para los negocios —sentencia, ocultando su nerviosismo.

—Me alegra oír eso. Le espera la mejor temporada, la verdad. Aquí crecen las guayabas más grandes de toda la región, los tamarindos más frescos y los mangos más jugosos. Sólo cuídese de los fanfarrones cuando todo madure porque son unas lacras de lo peor.

—Tenemos a nuestros buenos capataces que se encargan de eso, pero muchas gracias por la advertencia, Don Sebastián.

«Gracias por la advertencia; me gustaría darle una a usted, pero no será posible. Yo arriesgué mi próspera vida en la ciudad y la de mis hijas por seguir los empeños de mi marido por todo lo que usted le prometió y me la voy a cobrar caro».

Los comensales ahora saborean su postre de naranjos; lo único dulce de su futura muerte.

—Mamá, ¿ya podemos ir con la niña a jugar?

—Hasta que terminen su postre.

Las mariposas revolotean alrededor con sus alas asemejando pétalos de cielo.

—Retomando el tema de las cosechas ¿ya tiene pensado qué va a sembrar en los terrenos de los Salvatierra?

—Lo que mejor se dé —aduce—. Quizá hasta hagamos unos viñedos.

«Todos tus planes, todas las artimañas que planeas hacer con nosotros son solo palabras lanzadas al viento porque nunca van a ocurrir», piensa la mujer en sus adentros. Sabe que la bomba está a punto de detonar.

—¿Dónde está el baño? —pregunta el cacique.

—Lo acompaño —dice Eloísa cruzando miradas con Rosalba de los Delirios.

El tiempo ha llegado sin una tregua de promedio. Cuando han abandonado sus asientos Rosalba se lleva la mano a la boca y hace como que eructa. La bestia que le nace de las entrañas escala su garganta y sale con un sonido seco contra su piel. Se va escurriendo por debajo de su codo y sigue el camino cartografiado por su madre hasta el vestido color melón de la hija.

—¿Quieres que te enseñe algo? —la invita Yesenia. Ella mira a su mamá buscando su permiso.

—Claro, vayan.

Pasando el pozo de piedra las niñas se internan en la maleza junto con Irina.

—No la vayas a asustar —le advierte ella.

—No, tranquila. Solo quiero enseñarle los cuervos.

El alacrán está anidado en la tela de la pantorrilla derecha de la niña dispuesto a inyectar su veneno. En cuanto su *engendradora* chasquee sus dedos sus pinzas marcarán el final.

—Me da miedo este lugar, creo que estamos demasiado lejos —dice por fin la niña.

—Hasta que hablas. No pasa nada, los cuervos se esconden en estos árboles, ya les hablaré para que los conozcas.

Yesenia cierra sus ojos liláceos para hacer su invocación de siempre. Atrae esa especie de *energía oscura* en forma de alas, plumas negras y picos con la misma oscuridad de su mente. En un visto y no visto están sobre los árboles robustos mirándolas a las tres de lleno. Hasta Irina está asustada por ese trance tan siniestro de Yesenia.

—Antes no... no estaban —exclama la niña con un ápice de voz.

—¡Niñas, ya regresen! —grita su madre desde la mesa.

—Ha vuelto mi papá, es mejor que regresemos.

—Aún no has visto lo que hacen —ataja Yesenia.

—No quiero verlo... quiero regresar.

—Vámonos —sentencia Irina—, nos están llamando.

Cuando recorren la empinada cresta ocurre el pinchazo del alacrán. La niña lanza un aullido apenas audible y se sacude el vestido.

—¿Te picó algo? —le pregunta Irina.

—Eso parece.

—Es que aquí hay muchos mosquitos —informa Yesenia.

Al llegar a la mesa la niña se desvanece. Su leve cuerpo contra la tierra roja se siente como el peso de la pluma de un canario sobre una montaña. Su madre espantada la recoge y el tiempo se detiene en su pavor.

—¿Qué le ha pasado a mi hija? —grita su madre—. ¡Que alguien nos ayude!

Rosalba es quien la palpa buscando signos de fiebre, aunque solo se esté preparando para su discurso.

—Está *trabada*. Le ha picado una alimaña.

Está en todo lo cierto; la pequeña parece yacer petrificada. Un halo amarillento empieza a nacer en el lugar del piquete.

—Llévenla a la cama.

El cacique nunca había conocido el temor hasta este momento, cuando su propia carne y hueso está a punto de desaparecer para siempre.

—No, a la cama no. Me la voy a llevar a un hospital.

La lleva en sus brazos a la camioneta, desahuciado. Rosalba de los Delirios había visionado eso también. «En cuanto te dé la orden le cortas las mangueras. Ese canalla no podrá salir de este pueblo ni vivo ni muerto».

—No arranca. *No arranca*. ¿Qué podemos hacer, Rosalba?

—Yo conozco a una bruja, a la Bruja Blanca; ella es quien puede darnos el antídoto.

—Rápido, en friega, ¡trae a esa maldita bruja!

Rosalba pone pies en polvorosa en dirección a su casa. No han pasado ni dos minutos cuando ya está la anciana con su leño como bastón y su pelo blanco sujetado en dos trenzas.

—Sebastián Canales, pensé que nunca nos volveríamos a ver.

«Tú mandaste quemar mis jacales y los de mis amigas brujas porque quisiste desterrar la superstición de una tierra que ni es tuya».

—Ayúdame que mi hija se nos muere.

—Queremos todos tus centenarios o no le doy de beber el antídoto.

—¿*Queremos*?

—Sí, queremos —contesta Rosalba—. O nos das tus centenarios o es la última ocasión que ves a tu hija con vida.

Entonces cae en la cuenta. Ha sido su plan desde el inicio. El temor y la sorpresa le congelan el semblante.

—Tú y uno de nuestros hombres te llevará en su caballo hasta donde tengas los centenarios. Los traerás hasta nosotras y tu hija vivirá.

El hombre esconde su cara. No quiere que nadie vea el temor instalado en cada poro de su cuerpo, inmovilizándolo. De la guantera de su camioneta saca un objeto plateado contra la luz del sol.

—Conmigo no estarán jugando.

Su arma está lista para ser disparada. El silencio de Palo Blanco está listo para ser roto por el ruido de los balazos.

Hasta que llega Julián cubriendo con su corpulencia a las dos mujeres. Sebastián Canales le dispara. Una, dos, tres, cuatro veces, pero las balas se le

resbalan en esa piel metálica. Ni una gota de sangre escapa de esa contención casi divina.

—Súbete —le ordena Julián. La pistola ahora parece una mota de polvo.

—Cuando vuelvas vendrás con los centenarios o te esperará un cadáver —amenaza Rosalba. Sus labios, juraría el cacique, eran dos tenazas venenosas y ardientes contra el sol dorado.

El cacique regresó en las horas siguientes acompañado de Julián y de dos caballos cargando los baúles de centenarios a cuestas. Su hija y su esposa ya habían muerto. Cuando la mujer vio el cuerpo cetrino de su criatura se sacó los ojos con un cuchillo y se apuñaló el corazón hasta que su mano dejó de responder. El cacique no tendría una suerte muy distinta. Apenas y llegó otro alacrán de Rosalba lo paralizó. En sus últimos minutos vio inerte colgado de un árbol cómo la vida le desfilaba de frente con todas sus atrocidades hechas contadas por los cuervos en una melodía macabra. Estaba hecho piedra, pero la vida se le escurría como agua y ahí estribaba su ruina; se había creído tanto ser dueño de la tierra que nunca pensó que esa misma agua desprendida corría embravecida en forma de ira por el cuerpo de Rosalba de los Delirios y el de toda la gente de Palo Blanco.

CAPÍTULO ONCE

—¿Qué les diremos a nuestras hijas e hijos? ¿Que nos equivocamos de plan? Rosalba, te dije que te apoyaría si solo reteníamos a la niña como señuelo, no como víctima. ¡Mira cómo ha acabado todo!

—Si algún día nos toca contarles la historia, eso sería gracias a mí.

Eloísa recuerda el olor a muerte, tan corrosivo en mi viento que casi envenenaba, que casi corría por sus venas como una segunda sangre, *expansiva e infinita*. «Los hemos matado a los tres cuando en nuestros planes no teníamos contemplados ni una sola muerte». El horror es real. Evocar su recuerdo colgado y a su mujer arrancándose la vida la marea. «Se arrancó los ojos del dolor. No me quiero imaginar lo que pudo haber sentido».

—Lo hicimos entre todos.

—Así es. Y nadie tuvo miedo de las consecuencias, Eloísa. Hasta me atrevo a decir que todos disfrutamos verlo así, incapaz de salvar su propia vida viendo cómo todo se le iba así como a nosotros se nos fue. Tú nunca perderías a tus hijas... bueno, ya no las perderás, pero si supieras los horrores que todas las madres tuvimos que pasar, tú misma harías eso una y mil veces más.

¿Acaso no lo recuerda por ahora? ¿No recuerda cómo ella quería gritar para que todo ese grito la llevara a otra parte menos solitaria y nostálgica? Cada pieza de adobe en cada atardecer le recordaba el cariño perdido de su esposo; le recordaba que eso no era una casa, sino una prisión con el recordatorio constante de un abandono. En ese sentido, pensó, solo necesitaba dejar pasar las imágenes y reposar lo más que pudiera.

—Todos estamos manchados por la misma sangre. A lo mejor este pueblo nunca en su historia había estado más unido.

—Mientras no se haga costumbre —dice Eloísa con el desconsuelo patente en su voz.

—Es parte de nuestro pueblo, lástima que nadie se los advirtió. Estamos paradas sobre huesos y monstruos y voces que solo sirven para sostenernos y un día nosotros también pasaremos a estar ahí. Lo importante es lo que hagamos para no estar así en plena vida.

Eloísa adora la libertad de Rosalba de los Delirios. Camina con una determinación que puede herir, pero es su manera de proclamarse libre. La

manera de asumir sus crímenes la deslumbra en partes iguales —ambas saben que es la única manera de no vivir en represión—. Su café se ha enfriado a estas horas. El atardecer cae como una pelota de fuego oscuro sobre las copas de los árboles.

—Tengo que irme; se ha hecho tarde de repente —se despide Rosalba—. Espero platicar largo y tendido después, Eloísa, que nos hace falta.

—Yo también espero ese momento —dice orientándola hacia la puerta.

Cuando se ha internado en los esplendores del atardecer, un séquito de pobladores le da la enhorabuena. No; es una alabanza. Una mujer le tiende una corona de orquídeas con las manos temblando de la emoción. «¿A quién creen contemplar?», se pregunta Rosalba.

—Nos has liberado —dice la mujer poniéndole la corona—. A partir de ahora serás la santa de este ejido.

A pesar de que aparentemente los Salvatierra no habían participado en la ejecución del cacique —y por lo tanto tenían sus manos limpias de sangre—, su pureza no duraría mucho. Benito, el patriarca, mantenía sometidas a sus tres hijas enclaustradas en su propia casa. Desde su nacimiento había sido implacable con ellas; se dedicarían a servir en el hogar y cuando tuvieran la edad suficiente él mismo les escogería un marido.

Josefa recuerda que sus hijas llegaron a este mundo como un milagro después de que sus otros hijos se le fueron al cielo. En aquel entonces no había manera de contar el tiempo y la única forma de memorizar sus nacimientos fue por medio de las calabazas. «Nacieron en el día en que brotaron las calabazas», dijo en el Registro Civil de la capital. A elementos así de vívidos y palpables era a los que se aferraba la mujer para poder tener un registro de los sucesos. Quizá por eso ocurrían tantas manifestaciones imposibles de creer en el pueblo: para que su historia de mantuviera ordenada. Como era muy mala para recordar sus nombres, para no batallar a cada una la nombró María, seguidas de un número según su orden de nacimiento. María Primera, María Segunda y María Tercera, llamadas así por el milagro de su concepción. Años después nacería un varón —lo más anhelado por Benito—, pero la criatura venía tullida de nacimiento y pasaría los restos de su vida atado a una silla de ruedas.

—Lo que me faltaba —dijo con todo el enojo que le era posible—, que mi único varón me saliera parálítico.

Solo un milagro podía salvar a esa familia. Las tres Marías, sin embargo, sabían que ese milagro era únicamente su libertad y esa libertad significaba la muerte natural de su padre. Deseaban que quedara dormido para siempre en su hamaca a plena luz del día, o que cayera accidentalmente de su caballo o que se lo llevara el río. Cualquier accidente en el que no estuvieran implicadas ellas, sino meramente la fatalidad.

—No me ha dejado salir a un baile por años, ni siquiera con chaperón.

—El otro día se ofreció la tía y ya te imaginarás cómo se puso — comenta María Segunda—. La fulminó con la mirada en cuanto se lo propuso.

—No me quiero escapar otra vez. —La última vez su padre la descubrió a medio camino a plena noche. No pudo salvarse de los latigazos, mismos que al recordarlos le vuelven a quemar la piel.

—Y no lo harás; no escaparás sola... Escaparemos las tres juntas a como dé lugar.

—Me enteré de que Rosalba tiene dinero que nos puede prestar —dice María Tercera—. Podemos ofrecerle algo...

—Cualquier cosa. Cualquier cosa es válida para irnos de aquí.

María Segunda comienza a persignarse como si ya hubiera cometido el pecado.

—Pues bien, manos a la obra.

A la mañana siguiente las tres parten a la casa de Rosalba con el pretexto de que irán al pozo a sacar agua. «Es nuestra única oportunidad para salir de esa cárcel. Ella podrá comprender nuestro dolor y nuestra soledad». Rosalba de los Delirios aún está prendada de su corona de orquídeas y de lo que eso conlleva: ser la liberadora del pueblo. Se siente santificada de pies a cabeza, con un aura de invulnerabilidad y de pureza que nunca había imaginado. «A lo mejor hasta hago que Julián se quede a mi lado». Recuerda a la multitud reunida a su alrededor y la esperanza impregnada en sus ojos. La misma esperanza que ahora las hijas de los Salvatierra ponen en ella.

—Haremos cualquier cosa que nos pida con tal de liberarnos del encierro.

—Nos venderá como yeguas —dice María Segunda—. Ni siquiera nos trata como sus hijas. O será eso o terminaremos muriendo por sus castigos.

—No pasará nada de eso —asegura Rosalba—, porque a partir de ahora la que manda en este pueblo soy yo.

Las tres hermanas no caben de la incredulidad.

—¿Qué nos pedirá a cambio?

—Me conformo con uno de los terrenos. Tráiganme las escrituras y considérense libres de este pueblo. Yo misma dispondré los medios para que nadie se dé cuenta de su huida.

María Primera es la que sabe dónde guarda su padre los documentos. Sin embargo, un escalofrío le recorre la espina. Un paso en falso y sus planes se vendrán abajo. Encontrarse con su furia de nuevo sería demoledor.

—Cuenta con ellas —promete—. ¿Cree que esta misma noche estará lista?

—Con papeles en mano a cualquier hora podría estar lista.

El viento aúlla de terror casi adivinando los sucesos macabros que les esperan a las hermanas.

—¿Crees que sí funcione? —pregunta María Tercera—. A papá nada lo duerme.

María Primera vierte el contenido del frasco en el café de Benito.

—Lo hará con esto porque Rosalba nunca falla. Una vez que caiga rendido ustedes me cuidarán la espalda ¿oyeron?

—Sí, lo haremos.

María Primera sabe con exactitud la ubicación de ese sobre mas no de la llave que abre el cofre que lo aguarda. ¿Dónde guarda su papá esas cosas? Habían pensado en un doble fondo del ropero al que solo él accedía y en algún cajón secreto de su escritorio. «No importa dónde esté esa llave; volaremos la casa con tal de encontrarla».

—¿Se la has dado? —preguntan las dos hermanas casi al unísono a María Segunda.

—Está como un tronco —contesta ella—. Todo está en tus manos ahora, hermana.

María Primera corre como un ánima en dirección al despacho de su padre. Revuelve los papeles en los cajones de su escritorio, vacía sus portalápices y voltea incluso los cuadros esperando que aparezcan de milagro. No puede rendirse en ese momento. Tienen que estar en alguna parte de esa habitación. «No hay dobles fondos, ni escondites secretos». El nerviosismo paraliza sus pensamientos. ¿Tan difícil sería escapar? La cerradura de ese cajón parece estarla viendo, riéndose de su credulidad.

—Es ésto lo que buscas —dice la voz de Norberto, su hermano, de fondo.

—Hermanito. —Es lo único que puede articular.

—Nunca has sabido buscar bien.

—No; es que tú siempre sabes nuestros planes por adelantado. ¿Cómo lo logras?

—Dios me quitó las piernas pero me dio otros ojos —exclama con su devoción de siempre—. Aquí las tienes. —Le tiende las llaves, que tintinean como una melodía de libertad.

—Si todo va bien, volveremos por ti.

—No. No vuelvan por mí. Ni se les ocurra arriesgarse por mí una vez que se hayan ido.

—Eres más fuerte de lo que pensaba.

—Sé arreglármelas.

María Primera le sacude el cabello y le da un beso en la frente. Ya tiene el documento en sus manos; la promesa de escape de ese infortunio mísero y cruel.

En la cocina las otras dos hermanas están guardando comida para su viaje.

—Tengo los papeles conmigo —anuncia ella—. Vámonos cuanto antes.

—¿Ya te despediste de Norberto por nosotras?

Le duele no poder hacer más por su hermano, como si la quemaran a fuego vivo las entrañas. «Habíamos jurado no abandonar a nuestra propia sangre, pero él estará mejor aquí que en cualquier lado. Aún le quedan a papá vestigios de amor porque lo esperó con muchos ánimos... Hasta eso que heredará su poco cariño».

—Sí, ya lo hice —contesta reprimiéndose las lágrimas que pugnan por salir—. Vámonos de aquí.

Afuera la noche está cerrada y el viento incendia los pulmones con una fuerza maligna. Cada paso se siente gravoso; temen que el peso de sus tres corazones latiendo del nerviosismo las delate.

—No mires atrás —le dice María Primera a María Segunda—; entre más rápido nos olvidemos de este lugar, mejor.

No hace falta que María Primera haga el esfuerzo. La casa de los Salvatierra está engullida en la penumbra entre los árboles copiosos y espectrales.

—Juro que he visto algo —se justifica—, allá, entre los árboles.

Las tres voltean en su dirección y lo ven. El aire impregnado de azufre era la advertencia, comprenden muy tarde.

«Es el diablo».

Las mujeres se estremecen del terror al ver los ojos de rubíes del jinete. Su mirada las parte en dos. El caballo no deja de dirigirse hacia ellas y tanto

el olor como la parálisis se incrementan. Juran que el aura del diablo tiene el mismo resplandor que el de aquel cielo rojo.

—No, no es el diablo.

No, no lo es; es su padre. La espectral aparición que les hiela la sangre no es un ser de las leyendas sino el de su vida real: el artífice de sus martirios.

—¿A dónde creen que van? —dice su voz de ultratumba.

—Lejos de ti —responde María Tercera—. ¿Nos vas a escoltar?

Benito Salvatierra no puede soportar la indignación y está listo para azotarla con su fusta en pleno rostro. Pone su arma en ristre brillando como una luna despiadada y la mujer se siente lista para sentir el pulso hirviente de su sangre al correr. Sin embargo, algo ocurre. El caballo relincha parándose en sus dos patas traseras y la embiste. Dos chorros de sangre le salen de la boca al igual que dos coralillos saldrían de una cueva. Las dos hermanas se llevan sus manos al pecho, llorando y sintiendo el crujido de las costillas rotas de María Tercera en todo su ser.

—La has matado.

Su padre baja del caballo y palpa el cuerpo moribundo de su hija. No le da tiempo suficiente para asimilar que está a un paso de la muerte cuando María Primera le estalla una piedra en su sien derecha. Benito cae inconsciente con sus ojos viendo la noche vacía. Toda la escena se difumina.

—Te dijimos que las tres escaparíamos juntas de aquí. Y eso haremos.

Entre las dos cargan su cuerpo roto y la noche las cubre con su silencio y su incertidumbre tras sus pasos perdidos en el suelo rojo.

CAPÍTULO DOCE

Norberto, a pesar de la dificultad que representa visitar a Chana, no hay día en que no la visite. Había formado parte de la familia Salvatierra como nada de todos sus hijos, pero después de un suceso desgarrador decidió decirles adiós. El cariño por Norberto había sido genuino por ambas partes; a ella le recordaba en demasía a su hijo perdido y a él siempre le fascinaban las historias que le contaba.

Ahora, después de la desgarradora huida de sus hermanas el niño la necesita más que nunca. Aún resuenan en su cabeza los gritos descarnados de Josefa al ver a Benito desangrado de su cabeza, llegando a duras penas en su caballo.

—No las pude detener —fue lo que dijo, con cada una de sus palabras mancillando el silencio de la casa, casi instaurando un segundo dolor.

—Yo ayudé a que se fueran —le confiesa Norberto a Chana—. Y no me arrepiento de nada.

—Esa no era vida, Nor. Qué bueno que se fueron —sentencia la anciana—. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Parece que sí lo hizo —sospecha él. Ella responde con una sonrisa discreta.

—Conoces muchas cosas, hasta parece que ves *a través* de las personas. Les vas a echar mucho de menos, ¿verdad?

—Mucho... Ahora tendré menos personas con las que hablar.

—Siempre me tendrás a mí, pequeño.

—No es tan fácil venir aquí.

—Entonces yo iré hasta donde tú estés.

—Tampoco debe ser fácil para usted —dice pasando su taza de café de una mano a otra.

—No, pero puedo arreglármelas.

Chana recuerda con suma precisión el día borrascoso de su nacimiento — que en este caso fue el mismo día de su muerte y resurrección—. Todas las mujeres que asistían a Josefa ya lo daban por perdido; las mismas sábanas repletas de sangre lo confirmaban. «No se va a lograr», decían todas. Josefa tuvo suerte de contar con los poderes de Chana. «En efecto, el bebé nació muerto, pero yo puedo *emigrarlo* hacia su mismo cuerpo». Sin embargo, los

poderes de Chana todavía no estaban en su pleno esplendor y el cuerpo de Norberto se atrofió en el proceso. «Dios quita y Dios pone. Ni yo misma lo comprendo». Algo que tampoco comprendía era cómo su padre se mostraba tan frío con sus hijos y cómo ella ansiaba con todos los anhelos de su alma poder ser su madre de sangre y no de crianza. Lo que sí alcanzaba a entender con gran claridad, en cambio, era que en Palo Blanco una cosa era certera: nunca se conocía con certeza las razones de los designios de la fortuna.

—Rosalba, nuestra hermana está muy herida.

—La arrolló el caballo de...

—De tu padre. Nosotras lo vimos desde aquí.

—Tú eres... una niña de los Castellanos.

—Irina —dice ella—. Afortunadamente la señora Rosalba es muy precavida al tenerme aquí.

El cuerpo de María Tercera lo colocan en la parte trasera de la camioneta e Irina comienza su sanación, tal como le indicó el niño pálido. Pone sus dos manos sobre el pecho fracturado de la mujer y el calor empieza a emanar como rayos de sol. «Es más sencillo de lo que parece. Moría por hacerlo». Poco a poco el pecho comienza a recomponerse y el sonido de su respiración se vuelve audible. Sus pálidos labios morados vuelven a su color natural. «De modo que así se siente cuando el alma regresa a sus confines. Estaba a punto de diluirse».

Las hermanas en su mutismo apenas se pueden mantener en pie. Rosalba enciende la camioneta e Irina baja apresurada despidiéndose con la mano.

—Cuídate del demonio —le advierte Rosalba.

Irina nota los espasmos al respirar de María Tercera y se siente más que aliviada de poderla traer de vuelta.

—A ustedes les hace más falta.

María Primera y María Segunda le dan las gracias una y otra vez en una letanía desesperada. «Esto no es nada comparado con lo que mi amigo me ha prometido que haré». La polvareda que dejan las llantas de la camioneta las sumen en una atmósfera de cataclismo perdiéndose con sus faros en la oscuridad de mi selva.

—Prepárense para el plan en el que estarán involucradas porque el niño pálido no le hace favores a nadie —exclama Irina contra el silencio nocturno.

El venado blanco siente la presencia del cazador al ver las estrellas pálidas. Cuando está así de tranquilo el ambiente es que algo acecha. Usa sus sentidos para orientarse en medio de la penumbra que lo engulle por entero. Escucha el sonido de las aguas del río, el de las hojas de los árboles meciéndose al viento y el de los bichos nocturnos, pero por lo demás no nota presencia alguna. Para hacer su «cambio» debe acudir al promontorio más cercano antes de que sea demasiado tarde. Trata de ubicarse. Está cerca de la casa de Chana —lo nota en el olor a la leña que siempre quema para reunir a todos los del Séquito en casos de peligro como éste—. Se dirige a ese lugar en cuanto nota el crujir de una rama.

Es entonces cuando todos sus sentidos se disparan como pirotecnia. La adrenalina lo dispara de inmediato aunque no sepa con precisión la cartografía de la noche pálida.

Cuando dobla por un recodo ocurre lo impensable: nota que un fogonazo le impacta de lleno en la pata derecha. La sangre le gotea de inmediato, incesante en su recorrido; tiene que llegar a toda costa. Levanta la hojarasca a su paso a pesar del extremo dolor que conlleva el más mínimo movimiento. Su visión se entrecorta y respirar se le torna más pesado, como si cargara costales de plata en su lomo. La más fugaz visión de la casa de su ama y estará a salvo.

Chana nota la intranquilidad en el viento. Algo ha pasado con un miembro del Séquito, presiente, porque siempre que eso ocurre un escalofrío parece partirle los huesos en dos.

—Te llevaré a tu casa, muchacho. Se te hizo muy tarde.

—Será mejor que me quede a dormir con usted, nana.

Aquel apelativo le suena tan lejano; no puede dejar de sentir la nostalgia por aquellos años repletos de ternura y devoción por esos niños. «Lástima que todo tuvo que llegar a su fin».

La noche se desgarrar por un sonido en la distancia. A pesar de su edad Chana lo distingue con nitidez, incluso adivina el arma de donde proviene el disparo.

—¿Usted también escuchó eso?

«Es uno de los míos», quiere decir, por más que le duela el hecho de que eso sea cierto.

—Será mejor que te vayas, Nor.

—No, no la dejaré sola.

Acto seguido cierran las puertas de la casa a cal y canto. La mujer se asoma por la ventana esperando ver pasar al asesino.

—Hace años que no pasaba esto. Hasta ya había olvidado el sonido de un balazo.

—Le faltó estar presente cuando ocurrió lo del cacique.

—No me digas que ya lo mataron.

—Dicen que él quiso matar a Julián Matamoros y por eso lo colgaron. Como ustedes dicen, fue la gota que derramó el vaso.

—Hay muchas fuerzas oscuras moviéndose desde hace días —comenta la anciana—. Me temo lo que vaya a pasar con este pueblo.

—Siempre pasa lo de *siempre*.

Como para probar que está equivocado, un peso cae contra la puerta de la casa.

—¿Qué es? —pregunta el niño consternado.

—Es Adán —responde, aunque Norberto no conozca a ningún tal Adán—. Muchacho, vete al cuarto o a donde sea para que no veas esto.

Norberto no hace caso de sus órdenes. Le dijo que no la iba a dejar sola y no lo hará. Chana abre la puerta con premura y lo jala de los brazos. «Alcanzó a dar el *salto*, lo bueno». ¿Por qué alguien heriría a uno de los suyos?

—Norberto, tengo que cauterizarle una herida y no creo que quieras verlo.

—Tengo que aprender —protesta, sin inmutarse.

La piel canela del joven Adán es un espectáculo de luces y sombras gracias a la luna que lo alumbra a través de la ventana. La herida en su pierna es un pozo tan oscuro como una maldición. Las manos de Chana se mueven con maestría, conociendo cada punto de su piel, músculo y tendón. El hombre cae inconsciente después de tanta resistencia; ni un grito salió de sus labios.

—¿Sobrevivirá?

—Sí, saldrá de ésta. Es un joven muy fuerte.

—¿Por qué alguien le dispararía a él precisamente en la pierna?

—Es lo mismo que me pregunto.

La respuesta no lo deja satisfecho. «Algo ha ocurrido. Algo que me ha contado sin contarme directamente».

—¿Y entonces por qué llegó a su casa como si la conociera?

—Tengo mi fama de sanadora, muchacho. ¿Que nunca has oído de esos rumores?

—Sinceramente, no —contesta con indiferencia.

—Pues eso es todo lo que puedo explicarme. Lo bueno que no se le infectó la herida.

—¿Y si vienen tras de él?

—No lo creo. Seguramente él estaba detrás de alguien más y a ese alguien no le quedaron ganas de perseguirlo.

Chana nota muy tarde que ha hablado lo suficiente.

—Así que ese muchacho se dedica a cazar gente.

—A cazar al cazador —rebate la anciana.

—Ya no estoy tan chico para saber la verdad, nana. Apiádese de mí y cuéntemela.

—Está bien... Te la contaré porque a lo mejor algún día necesitarás comprender mejor este mundo y yo ya no estaré para contártelo. Resulta que para los de mi especie la muerte nunca ha existido, Nor. Todo lo que ustedes denominan como «el fin de los días» para nosotros significa una puerta de entrada a otras realidades. Nuestras almas son viajeras que se insertan en las vasijas que son los cuerpos humanos y animales. El muchacho que ves aquí tendido es un venado blanco en las noches. Cuando cambia de forma se llama «salto» porque es como si se echara un clavado a un mar que da a otra realidad, pues —la mujer toma un respiro porque contar su verdad trae consigo demasiados recuerdos dolorosos—. Cuando alguien en este plano de los humanos es muerto en realidad su alma está suspendida en el Vacío buscando una puerta por la cual entrar a esa otra vida. Muchos no lo logran y tardan eternidades, pero aquellos que están listos en su momento apenas tardan segundos cuando ya son transmutados.

—¿Usted... usted ha pasado por esos procesos?

—Mi historia es de otro tipo, pero más que nada he *conducido* esos procesos. Mis ancestros me transmitieron el conocimiento para transportar las almas de los difuntos y darles una segunda oportunidad... como fue en tu caso.

—¿En mi caso? —pronuncia con una mueca de espanto.

—Cuando tú naciste el vientre de tu madre estaba muy gastado por las demás muertes que cargaba. Las mujeres que asistían a tu mamá dijeron que no ibas a nacer y por un segundo yo también lo pensé. Había sangre y desesperanza por doquier. Duraste muerto un par de minutos, criatura, hasta que yo cogí tu alma diminuta y la volví a poner en su lugar... Desgraciadamente los santos no me ayudaron a que todo saliera bien y naciste con este pequeño defecto que no te ha impedido vivir del todo.

—¿Cree que me pueda enseñar a *saltar*?

—Has dado en el clavo, muchacho. En todo este pueblo tú eres el único humano que ha creído mis cuentos y el único lo suficientemente valiente como para al menos pensar que se puede lograr... Pero —dice respirando profundo—, si tú lo deseas como se desean las cosas mágicas, esa chispa basta y sobra para hacerte mi aprendiz. Esa chispa basta y sobra para volar.

La noche parece igual de infinita que sus ganas de intentarlo en ese lugar y en ese preciso instante. «Mis hermanas ya volaron muy lejos de este pueblo. Y yo espero hacer lo mismo, sin que cueste tanta sangre y sin que pase tanto tiempo». No lo sabía —y no lo sabría hasta después—, pero los santos le darían la gracia de volar con la misma potencia con la que la gravedad a esa silla de ruedas lo reclamaba todos los días de su existencia.

CAPÍTULO TRECE

Aquella hendidura roja en el cielo presagiaba el derramamiento de sangre que ocurriría tiempo después en Palo Blanco. Presagiaba la sangre cálida que surgió del pecho de la esposa del cacique y de la garganta de éste una vez colgado. Presagiaba la sangre de la herida en la pierna del venado blanco, miembro notable del séquito de Chana. Y también la sangre que le faltaba por cobrar al gavilán. El delirio asesino de la bestia aún no cesaba —faltarían decenas de vidas inocentes para ello—. Arrancar la pureza con sus garras paliaba sus furias, pero desde aquel bebé de Linda ya no quedaba ningún vestigio sobre la faz de ese pueblo.

Mucho menos después de la emboscada a esa familia.

Incluso Yesenia e Irina sintieron que ese crimen las corroía a ellas también, atemperándoles la sangre para cuando llegara un momento parecido para ellas. «Mataré sin rechistar si me lo pide el niño pálido. Si eso le ayuda a restaurar el reino robado donde no había malicia lo haría sin pensarlo dos veces». Yesenia haría lo mismo en ofrenda al Rey Cuervo. «Ya robé unos ojos; puedo robar cualquier vida de aquí en adelante».

Con el paso del tiempo algo de mi maleza y de mis atardeceres rojos había hecho cambiar algo en ellas, como si un mar oscuro se hubiese instalado en su interior. Las espinas que siempre adornaban mis plantas y los caminos parecían coronarlas, hacerlas más agrestes e invulnerables a la clemencia. Los esplendores de su niñez descansaban en un limbo maligno: debían sobreponerse a cualquier desgracia que se les apareciera, tener la piel de acero como la tenía su madre para resistir a tanto dolor. No confundir la templanza con la inclemencia sería el gran dilema de sus breves vidas.

Un cuervo interrumpe los sueños de Yesenia. Sus ojos brillan como dos faros en pleno océano.

—El Rey Cuervo te tiene un mensaje —le dice—. Es urgente.

—¿Qué pasa?

—Me temo que ha llegado la hora de que actúes —anuncia—. El gavilán tiene que ser desvanecido de los confines del cielo o ya no habrá otra oportunidad. Mañana, cuando anochezca, mandará un mensajero que te guiará

al lugar correcto.

—No estoy preparada —dice con su voz temblorosa—, me ha dado muy poco tiempo.

—Me ordenó avisarte —aduce—, no a recibir un «no estoy preparada» por respuesta. Duerme tranquila, pequeña, quizá sea el último sueño tranquilo que tengas.

Acto seguido, el cuervo se desvanece como ceniza soplada por el viento. «Recuerdo que me lo dijo en un sueño lejano. Me dijo que esas especies de bestias aparecían porque la gente dejó de creer en las aves sagradas del cielo y ese es el castigo de un ser incluso superior al Rey Cuervo por olvidarse de sus ofrendas y rituales».

Yesenia antes de volver a dormir trata de poner en orden sus pensamientos, en especial su táctica maestra para derrotar al enemigo. «Tengo que esconder bien mis verdaderas intenciones o todo parecerá un mal cuento». El sueño pronto le cierra los ojos como concreto. De súbito comienza a soñar con mis confines, con mis propias casas, árboles y pozos, salvo que la atmósfera es muy distinta. Un bruma negra comienza a extinguir toda presencia de vida. Las hojas de los árboles se secan como si hubieran sido abrasadas y las personas alrededor se paralizan de pies a cabeza en cuanto entran en contacto con las cortinas de humo. Solo le queda un instante para dirigir sus ojos al cielo —es la última vez en que le será posible—, pero se arrepiente en el acto porque encuentra los ojos rojos, vivos como brasas, del gavián.

Quien con solo un bocado se come al mundo.

Después del desayuno Yesenia se une a los jóvenes de las resorterías que tiran a los pájaros. La mayoría son hijos de los Flores, los niños más escuálidos que ha visto en su vida, aunque eso no mengüe la alegría y la vivacidad con la que siempre han vivido.

—A quien deberían dispararle con esos artefactos es al gavián, no a estas pobres criaturas indefensas.

—Nadie pidió tu opinión —le contesta un niño.

—Más respeto, que es de los Castellanos —dice el niño de ojos verdes. Unas risas sofocadas suenan de fondo.

—¿Quién de ustedes puede hacerme un arco?

—¿Para qué quiere un arco una niña como tú?

—Cacería —responde en tono agresivo—, iré con mi padre y él me quiere con un arco. Pagaré bien.

—Me llamo Omar —se presenta—, y estás de suerte porque soy el

hijo del armero de aquí.

—¿Crees que sí lo tenga listo para antes del anochecer?

—Tiene muchos en su bodega y con eso del gavilán de seguro también tiene sus flechas bien listas.

—Espero que no cobre demasiado...

—¿Bromeas? Lo robaré para ti —exclama. Yesenia no puede creer la claridad de sus ojos verdes. Le recuerdan tanto a la espesura que hay antes de entrar al río.

—No hay necesidad, de veras.

—No te preocupes —rebate—, con todo la agitación que despertó la bestia ni ha de llevar las cuentas de su armamento.

—¿Él también es de los que ha intentado darle caza?

—Sí, aparte que desde siempre ha sido un cazador amaestrado. También ha organizado los rondines nocturnos. Hoy en la mañana me contó que en la madrugada casi cazaba a un venado blanco, pero se le escapó.

A Yesenia se le eriza la piel por la facilidad con la que habla sobre la casi muerte de ese animal.

—Las noches en este pueblo me dan terror —confiesa ella—. Siento que sus noches solo son para los animales.

—Bien dicho. Nunca se te ocurra salir a esas horas. Dicen que siempre se les aparece el diablo a las niñas traviesas que abandonan sus cuartos.

«Ya estoy acostumbrada a la oscuridad. Más de lo que me gustaría admitir».

—Gracias por la advertencia.

—¿Me esperas aquí? —Yesenia no nota que ya están de espaldas a la casa de Omar.

—Te espero aquí, Omar.

El niño le sonrío y se interna en la casa de piedra. «He hecho un aliado en esta batalla secreta. El Rey Cuervo estaría muy contento de esto».

Aunque Irina no sepa el nombre de la santa a la que le está rezando, siente que es lo único que necesita en ese momento: confesar sus preocupaciones a pesar del anonimato.

—Siento que desde la llegada a este pueblo una fuerza mala se enciende en mi interior, como una especie de arma necesaria para cuando llegue el momento de defenderme aunque no sepa de qué. También presiento que se avecina un peligro cada vez mayor, pero no como una pesadilla, sino de

la misma manera en que anunciaron aquella vez un ciclón por las noticias y toda la gente se moría de miedo... Lo peor es que el niño pálido no me ha dicho a qué nos enfrentamos. Los del pueblo dicen que a un gavilán, pero pienso que es algo peor que un ave maligna... ¿Y si es la misma maldad que me surge a mí pero en el cuerpo de todo el pueblo? No creo que mamá y papá nos lleven de vuelta a la ciudad ni a ningún otro lugar, así que debo acostumbrarme y eso me aburre y me fastidia; el tiempo no pasa igual aquí que en nuestra otra casa. Ésta se siente como una prisión de la que rara vez puedo salir cuando me encuentro con mi único amigo. De ahí en fuera hasta cuando salgo a ver los árboles me siento encerrada... Encerrada por su polvo rojo y sus árboles siniestros que siempre me vigilan y el río asesino en el que no puedo nadar. Ojalá crezca rápido para montar un caballo, visitar otros lugares y no lo mismo de siempre.

Irina termina su letanía agradeciendo por el milagro de la sanación de su madre. Nunca sabrá en su vida que la sanadora fue en realidad Yesenia, pero le reconforta agradecerles a las santas cuyos nombres desconoce porque su virtud siempre ha sido ser agradecida.

—Por favor, cuiden de mi hermana Yesenia —reza—. Por favor, que nunca dejen de visitarla sus cuervos.

Debería saberlo y arrepentirse en el acto, porque ahí reside la futura ruina de su hermana; en creer que podría cumplir profecías imposibles como matar al gavilán.

Omar le enseña a Yesenia cómo usar correctamente su arma.

—Debe ser similar a las resorterías, digo yo.

La instruye en la posición, relajación y ángulos de sus dedos fijando como objetivos latas en las ramas de los árboles. Para sorpresa de ambos, la puntería de Yesenia es sobresaliente.

—Parece que tienes un ojo mágico.

—Después de todo tú me ayudaste a descubrirlo.

—Todo sea porque tu primera cacería resulte satisfactoria —dice sonriente—. A lo mejor tú sí logras rematar a ese venado blanco.

—Lo intentaré —contesta ocultando la náusea que le provoca esa idea. «Será el gavilán que todos temen y que todos desean cazar»—. ¿Cuánto te debo?

—Oh, ya te había dicho que no es nada, pero si un día quieres ir a pescar al río conmigo... sería un pago más que honroso.

—Acepto —afirma efusiva—. ¡Nos vemos, Omar!

—¡Hasta pronto!

Son los últimos segundos que tiene antes de su misión final. «No quiero que el Rey Cuervo se decepcione de mí». En su camino a la finca se encuentra con Irina, quien la recibe con los brazos en jarras.

—Te estaba buscando por todos lados —la reprime—. Tengo algo que contarte.

—¿Qué es? —pregunta ocultando el arco y las flechas en su angosta espalda.

—No sé si me creerás, pero ya no puedo guardar este secreto. Desde que llegamos a este pueblo empecé a soñar con una criatura que no era de este mundo... que no es de este mundo —se corrige—. Te puedo llevar a verlo en este momento si quieres, está en una cueva cerca del río y hace profecías y una de ellas es sobre este pueblo.

—Me gustaría ir, pero tengo prisa —aduce. Sin siquiera disculparse se encierra en su recámara y la deja sola con las palabras suspendidas en el aire, sin creer su desplante.

Algo se retuerce en las entrañas de Irina: algo parecido al odio por la incredulidad de su hermana y tristeza y reproche. «Yo le creí a todos tus cuervos... y ahora tú ni siquiera me escuchas». La desgracia más terrible es precisamente esa: tener un millar de angustias y solo poder hablarlas contra el viento sordo.

Es de noche. Palo Blanco se sume de lleno en las tinieblas como si todo el pueblo fuese una caverna sin principio ni fin. Yesenia teme perder al cuervo entre la negrura. La única pista que puede seguir ahora mismo es el sonido del batir de sus alas.

—Es aquí —le dice la voz tras parar en seco—. Dice el Rey Cuervo que desde aquí aparecerá el gavián.

—¿Qué más debo hacer?

—Invocar a la legión. Ellos lo distraerán apenas y después todo quedará en tus manos, pequeña.

—Estaré alerta —asegura. El cuervo se despide. Solo queda el perpetuo silencio: el compañero del que debe servirse para atacar con exactitud a la bestia en cuanto salga de su escondite.

Después de un par de minutos las alas de la bestia cortan la tranquilidad de la noche con la misma furia de un cuartel en plena guerra. Sus vastas alas

sacuden hasta las raíces ancestrales de las rocas y los árboles parecen llorar del dolor cuando sus ramas se rompen. Tras el crujido de la tierra el trance de Yesenia está completo. De inmediato la bandada de cuervos lo cerca como una corona de cuchillos encajándose en una atracción casi magnética a su cuerpo descomunal. Con ese primer ataque Yesenia siente que sus fuerzas la abandonan. Se siente fría —terriblemente fría—; ni en la peor de sus fiebres se ha sentido así. El poco calor que acude a su cuerpo es gracias a la lluvia de sangre que le han provocado los cuervos al gavián. La niña quiere despertar para rematarlo con sus flechas, pero se siente *atrapada* en su propia conciencia. Su única visión es a su interior; la noche no puede ser tan oscura. Presa de su pánico, continúa insistiendo con el ataque de los cuervos. «Llegará un momento en que no soportará tantos piquetes». La energía es un caudal de fuego vivo contra la bestia agonizante. «Si tan solo pudiera canalizar ese fuego a mis ojos para poder despertar», piensa, agarrotada, sin un ápice de movimiento en su cuerpo. A lo lejos, sin distraerse, lo nota por fin: el gavián se parte en dos con un último graznido y parte en dos también a mi suelo cuando se impacta con sus ojos vacíos reflejando a la luna. Yesenia también cae, rendida, con sus manos como garras por el fallido intento de incorporarse a su realidad, de escaparse de esa expandida pesadilla.

«Yo te pedí la vida y tú siempre estuviste dispuesta a dármela —diría después el Rey Cuervo—. Por más difícil que sea de aceptar, tu ofrecimiento llegó a cumplirse antes de lo esperado».

CAPÍTULO CATORCE

Al rayar el alba como un melón estrellado contra el cielo Eloísa siente un dolor peor que el dolor de sus migrañas: el dolor de la desolación. Un augurio que barre hasta con la calma del amanecer dorado. Con esa intranquilidad en su ser hasta los canarios parecen anunciar lo peor. Su instinto es ir a las habitaciones de sus hijas para revisar si todo está bien. La mitad de sus nervios desaparece cuando encuentra la acompasada respiración de Irina durmiendo, pero cuando encuentra la cama de Yesenia hecha, se incendia por entero su cuerpo en una infinita devastación de terror.

Sus gritos descarnados alarman a los criados, quienes dicen no tener idea del paradero de su hija.

—No quiero ver a ninguno de ustedes en esta finca hasta que la traigan de vuelta —ordena.

Despierta a sobresaltos a Irina.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermana?

Irina trata de poner en orden sus pensamientos. Recuerda el dolor que le provocó la falta de interés de su hermana por creerle. Aquello se sintió como un cuchillo helado clavado a pura traición.

—Fue ayer en la tarde... Vino directo a su cuarto. ¿Qué le ha pasado?

—Tu hermana no durmió en esta casa. Su cama está intacta. ¡Por los clavos de Cristo, que nada le haya pasado!

—Tranquila —trata de serenarla—, la hallaremos.

—¿Dónde podrá estar?

—No muy lejos de aquí, mamá. No creo que le haya pasado algo malo en este pueblo tan pequeño.

—Ese es el problema; que a pesar de ser un pueblo pequeño pasa de todo. Estaré rezando en la capilla por si algún criado tiene información me lo mandas para allá, ¿entendiste?

—Sí, mamá.

La mañana transcurre entre los pasos de aquí para allá de Eloísa amenazando con abrir una zanja en el suelo. Está tan desesperada que puede montar ella misma un caballo mientras grita su nombre por todos los confines del mundo. «¿Por qué nadie viene? ¿Qué tan difícil es encontrar a mi

criatura?»). Como si alguien escuchara sus plegarias, aparece la figura que menos esperaba ver: la de Rosalba de los Delirios.

—Bueno, ¿pues quién se ha muerto que tienen esas caras?

—Mi hija no aparece —contesta Eloísa tratando de mantener la compostura—. Desde anoche no ha estado en la casa y con las últimas cosas que están ocurriendo, no me siento nada esperanzada.

—Tranquila, ya vendrá. A lo mejor se quedó con Doña Chana. Esa viejita ama contar historias con la misma intensidad con la que ama a los niños y con la que los niños la aman de vuelta. Además, no creo que nadie le haga daño en este pueblo.

—¿Ves, mamá? Te lo dije —exclama Irina—. Estará bien.

—Para que te sientas más tranquila, Eloísa, anoche mataron al gavián. Ya tiraron el cuerpo de la bestia por el barranco, pero es un hecho; se ha ido para siempre de este pueblo. Con todo y sus terrores.

—Pero no regresó el bebé de Linda —objeta Irina—. ¿Cuál es la buena noticia?

—Oh, chica, ese bebé llegará a los brazos de su madre cuando su madre se recupere. Aún no estaba lista para tenerlo —inventa.

—¿Quieres un café, Rosalba?

—Oh, no, gracias; me iré rápido. Solo vine a invitarlas a la verbena de hoy por la tarde. Será en mi casa para festejar que ya se desterraron los terrores de este pueblo con cacique incluido. El sol está brillando de nuevo sobre nosotros y tenemos que festejarlo.

—Como están las cosas con mi hija desaparecida, dudo que pueda acudir, pero gracias por la invitación.

—Oh, querida, cuando menos lo pienses estará de nuevo correteando por aquí.

—Dios te oiga.

—Lo ayudé a derrotarlo —dice Yesenia en la caverna de su inconsciencia — y usted me paga con esto, encerrándome. ¿Por qué no me deja salir?

—Eso no está en mi poder cambiarlo —dice el Rey Cuervo—; es parte del plan que te ha tocado cumplir. Se trata de una migración, pequeña. Ya has cumplido todo lo que te correspondía en este plano... Vamos a hacer una pequeña mudanza a partir de aquí.

—¿Una mudanza? ¡Mejor dígame cómo escapo de aquí! Nunca me había pasado quedarme encerrada en mi propio cuerpo.

—Cariño, ¿ya has olvidado la serenidad de la que tanto hemos hablado? Tu misión en este lugar y con esta gente ha concluido. Te espera un propósito mucho mejor y, si te alivia, menos arriesgado.

—¿Eso significa que me voy a despedir de mi familia?

—No totalmente —afirma—; te despedirás de ellos para salvarlos después.

—Mamá, ¿me das permiso de ir a buscarla?

—No, hija, estás loca —dice con los ojos llorosos—. No te lo permitiría nunca. Ya hay hombres buscándola, ni se te ocurra a ti.

Irina ya no aguanta la desesperación. «Se veía a leguas que ayer algo ocultaba. Quizá por eso me ignoró: se estaba ocultando». Si ese era el caso, ¿de quién se ocultaba? ¿Qué pretendía lograr con desaparecer? «El niño pálido debe saber la respuesta a mis preguntas. Siempre las ha tenido». A Irina se le ocurre un plan absurdo para platicar con él en la distancia: comunicarse a través del agua del lavabo. «Si sé transmitir la energía, seguro podré transmitir las palabras». El agua fluye templándose con su piel donde vibran las esperanzas por que la escuche, por que no la espere el más desolador de los panoramas, por que no todo se reduzca a una desgracia.

—Por favor, dime qué ha sido de ella —suplica al ruido sordo del agua.

Una vibración acompañada de un eco agudo en sus oídos la sorprende.

—No lo sé, Irina —responde—; parece que a tu hermana la han borrado del mapa.

—Tú puedes rastrear cualquier cosa. ¡Por piedad, dímelo!

—No se puede rastrear lo que ya no *está*. Tú misma lo comprobaste cuando entrenamos.

—Podemos correr el velo de nuevo y buscarla ahí...

—No, me temo que no. Ningún humano es capaz de cruzarlo. Tu hermana está...

—Por favor no lo digas...

—En un limbo.

La celebración está en su punto álgido. La corona de orquídeas decora la cabellera colorada de Rosalba de los Delirios. De fondo se escucha «la música de viento», tan festiva que contradice la natural nostalgia del atardecer.

—Ya ni la friegas, no respetas ni el dolor de Eloísa por su hija —la reprende Trinidad.

—No es de mi incumbencia —responde—, además, esta fiesta se la merece el pueblo después de tanta desgracia vivida. Tú misma has estado dentro de esa desgracia, ¿no te acuerdas?

—Eso fue hace mucho tiempo —dice, atormentada—; no sé cuántas veces te tendré que decir lo mismo, pero en fin... naciste necia, Rosalba: ese es el mayor de tus defectos. —La música cesa un momento y unos hombres llaman a su enemiga—. Ándale, es tiempo de un poco más de espectáculo.

—Este espectáculo es mío por el momento; pronto tendrás tú el tuyo. Lástima que no será tan placentero.

—Nada es placentero viniendo de ti, mujer.

Rosalba la ignora con un gesto displicente. Al final, haga lo que haga, no existe forma de conocer la verdad de aquel suceso que le robó la felicidad en un instante fugaz en su ejecución y eterno en sus repercusiones.

—La junta de Palo Blanco —pronuncia una mujer en el micrófono— tiene el placer de coronar a Rosalba la Santa de los Delirios como patrona y protectora del pueblo después de liberarnos de la mezquindad del cacique con su templanza e inteligencia. —Rosalba reluce su cabellera roja contra el vestido blanco. La corona de orquídeas se siente como un peso glorioso ante esas palabras—. Deseamos que durante los años que venga esta misma paz se siga conservando y que la fortuna reine en cada espacio donde reine su restauradora.

El espacio se sume en vítores y aclamaciones. Las mujeres le rocían agua bendita y le colocan un manto de estrellas. Luego vienen las ofrendas: amplias pinturas al óleo de su imagen de santa, ornamentos de oro en forma de alhajas, anillos y esclavas, así como botas con piel de serpiente. «Siempre me han gustado las alimañas», piensa cuando encuentra los ojos vaciados de alegría de Julián.

—¿Has venido a despedirte de una vez por todas?

—Ya te serví lo suficiente —le dice con un tono de reclamo—. Me voy esta misma noche.

—Puedes irte —contesta—; yo no soy Benito Salvatierra. No te voy a detener.

—Sería la última de tus locuras, para rematar.

—No es que las merezcas, ni que las hayas merecido alguna vez, Julián. Pero si de algo te sirve, ojalá te pudras tú junto a toda tu legión militar.

Rosalba se va, pero antes añade:

—Una santa como yo no puede gastar sus bendiciones en *algo* como tú.

El desprecio en su voz se siente tan real que Julián se pregunta si alguna vez el calor entre los dos fue verdadero. «Solo fue un acceso fácil, distractor y ruinoso a la obsesión que terminaré cargando para siempre: la soledad».

Eloísa apenas puede soportar los ecos de aquella música esperpéntica. «Es una burla a mi dolor —piensa—. Rosalba lo pagará caro». No se explica cómo ha logrado mantenerse cuerda a pesar de todo. Emilio no aparece por ningún lado. La desolación se apodera de cada poro de la casa; es como una segunda respiración. Tampoco los trabajadores le han dado una noticia sobre su hija. «Entre más tiempo pase más se la habrá tragado la tierra». Se imagina lo que le diría su madre en medio de esas intermitencias de pánico y locura:

—Por favor no dejes que tu propio dolor se lleve a la única hija que te queda.

Y rompe a llorar porque la idea de tener a solo una —de que la otra se ha marchado— es imposible siquiera de imaginar. «Arañaré la tierra con mis propias manos si es necesario con tal de dar con ella. Me ahogaré en cualquier río que tenga que cruzar y resucitaré ahí mismo con tal de tener su presencia conmigo de nuevo». No le importa qué dolor tiene que sufrir con tal de sentir un dolor diferente al de la ausencia. «Prefiero cualquier cosa antes que el vacío». Apenas estaba asimilando el vacío que dejaba su marido como para que ahora el destino le implantara otro más fuerte, demoledor e inquietante. «¿Cómo se puede llevar un dolor así a cuestas?», se interroga en la espiral de sus tormentos.

No es la única que no se deja de hacer preguntas.

—Dime qué significa estar en un limbo —le ruega al niño pálido. Su piel está tan arrugada por el prolongado contacto con el agua que sus manos semejan corales.

—Su conciencia está suspendida, vagando por algún rincón de la realidad o de las múltiples realidades que hay. Sus gritos de auxilio, sus gritos de escape, apenas son ondas contra la superficie y por eso no puede salir; un contacto de nuevo con este mundo sin la energía que requiere puede... aniquilarla. Por eso está mejor dormida, porque está recaudando las fuerzas necesarias para resurgir.

—¿Quiere decir que estará de nuevo con nosotras?

—Sí, pero no sé cuándo. No sé cuánto tiempo le tomará recabar lo que requiere.

—Hija, ¿con quién hablas?

Irina se sobresalta, interrumpiendo de súbito su comunicación con el niño pálido, casi expulsando el contacto del agua contra su piel. Nota que su mamá está llorando. Sigue fluyendo el agua del lavabo y diluyéndose los últimos rastros de voz del niño. Se aparta.

—A este paso —dice su madre— terminaremos en un sanatorio por tanto pesar.

—¿Ahí nos curarán de la falta que nos hace Yesenia? —pregunta con inocencia.

—Creo que la humanidad hallará todas las curas y esa la dejará hasta el último.

Se dan un abrazo que las libera por un momento de sus penas y el silencio apenas interrumpido por sus sollozos las cubre como un manto que se apiada de su dolor y les brinda su consuelo porque sí, tiene razón; los humanos se han olvidado de sanar el sufrimiento. Se han olvidado de cuánto pesan los dolores de una casa.

CAPÍTULO QUINCE

«Dale a una mujer un dolor por combatir y no volverá a ser la misma». Ese es el pensamiento que acompaña las noches solitarias de Eloísa. Palpar cada noche el lado vacío de la cama —donde por decreto debía estar su esposo— se ha hecho un recordatorio latente de ya no sufrir por la misma causa, sino de acostumbrarse hasta que dejara de latir. «Ahora es cuando más fuerte debo mantenerme. Aunque esté sola en esta lucha. Nadie puede darme más fuerzas que yo misma». Si algo le había enseñado la soledad era a no hacer sentir lo mismo a los demás. En especial a Irina, el único faro al que se sostenía en el inclemente naufragio de su vida.

¿Qué habría sido de Emilio? Su ausencia palpitaba y quemaba y resonaba sin cesar, como un pedazo de carne arrancado de cuajo. «Has latido más por tu ausencia que por nuestros momentos y eso nunca te lo voy a perdonar», quería gritar cada una de las noches.

Pero no ahora.

Porque ahora sabe que debe adueñarse de solo un dolor. Y a ese ya tenía mucho tiempo diciéndole adiós.

Las noches clandestinas y los días de ausencia tienen su explicación catastrófica para Emilio de los Castellanos. Empezaré por los días —hazaña que me fue más fácil realizar por la cantidad inconmensurable de pájaros con los que pude seguirlo hasta lo más remoto de la selva—. Resulta que las gracias no le eran ajenas a Emilio, el patriarca ejemplar al que todo Palo Blanco envidiaba.

Tiene el poder de *abrir la tierra*.

Claro, no puede ser una sorpresa porque durante todos sus años la ha trabajado, conocido e incluso *dominado*. Es como una segunda extensión de su piel. La conoce tan bien que la puede abrir con la misma facilidad con la que pelaría una mandarina. Ha sido parte de ella y ella ha sido parte de él: una contraparte sublime.

Pero no todo era miel sobre hojuelas.

Esa era su forma de deshacerse de sus enemigos más terribles, lo que significaba que tenía que esperar, en algún momento, un ajuste de cuentas. ¿De quién? Emilio no lo sabía con exactitud, mas lo temía: su poder no permitía

devorar familias enteras y pronto la sangre reclamaría a su sangre y lo encontrarían.

Por ejemplo, ahora lo veo parado frente a la hacienda de los Cervantes, con sus ojos inyectados de furia y sus puños demoliendo cada poro de sus muros color melón. No accedieron a firmar su acuerdo de dejar pasar un ojo de agua a sus sembradíos. Su respuesta fue implacable y asimismo respondió su ira, abriendo los pozos del infierno para que esa hacienda no se conociera nunca y sus dominios pasaran a ser suyos. Con un chasquido de sus puños cada cimiento cedió en una convulsión violenta que no dejaría salvo escombros y el sepulcro eterno de una familia. «No tendría que hacer estas cosas —pensaba— pero por algo Dios me dio este don, y debo usarlo. El honor mancillado debe pagarse con sangre.»

Sin embargo, también debía pagarse con los fantasmas que aquellas ruinas dejaban a su paso. Con el paso del tiempo temía poner un pie en su propia finca y con un descuido poner en riesgo la vida de su familia. Emilio nunca pensó que su familia ya estaba rota sin que él estuviera presente. Primero sentía la urgente necesidad de huir de sus propios horrores, hacerse una segunda vida en la que no quedaran huellas de su poder maldito, ni de las muertes que cargaba en su espalda. Y para ello necesitaba a una nueva mujer que le creyera su segunda identidad. Que creyera en su bondad. Que creyera en su humanidad común y corriente. Que viera a un Emilio sin tapujos, sin secretos ni evasiones.

Ese deseo lo encontró en Trinidad.

Pese a sus planes (encontrar una mujer que no viviera en ese mismo pueblo), había algo que la conectaba irremisiblemente a su piel canela y a sus caderas de muerte. Había una *esencia* correspondiente a sus ansias, una esencia que se sentía un hogar para sus desolaciones. «Puedo encerrar a todos mis fantasmas en ti y sentirme libre» era lo que pensaba.

Por las noches clandestinas era eso lo que hacía. Justamente en esta noche piensa declarar sus sentimientos después de tantas pláticas. Trinidad en un principio pensó que sus visitas eran como consultas de cantina para dejar ir sus penas. Pronto se daría cuenta de lo contrario: eran su respuesta paulatina al deseo que tanto reclamaba su corazón. Desde aquel encuentro accidental en que solo lo vio de espaldas en la regadera el delirio había sido persistente. El delirio había cobrado una forma casi corpórea de calor, humo y suspiros. «Te ansío, Emilio, tanto que podría hundirme en mil lagos y los haría vapor. Así de grande es mi deseo».

—Si quieres seguir respirando, es mejor que te alejes de mí. Soy peligrosa en más de un sentido... —le advierte ante el clamor de la luna.

—No sé a qué te refieres —contesta, agitado. ¿Y si había llegado muy lejos con sus deseos de hacerse una segunda vida? ¿Y si ya había llegado demasiado lejos con su fantasía?—. No me pareces en ninguno de los sentidos peligrosa.

—Quizá yo no, pero lo que nace entre nosotros *sí*.

Hay un encanto incendiario en sus palabras, como si hablara por las llamas de ambos corazones.

—Tengo una maldición en mis labios —declara al fin—: puedo matarte si tus labios encuentran los míos. Ninguno de los dos querrá que eso pase. Tú tienes dos hijas y una esposa que debes cuidar... No puedes faltarles... Yo no quiero ser la causa por la que les faltes.

—Qué tonterías dices —responde Emilio—. Eso no pasará.

—Conste que te advertí.

Acto seguido ambos se despojan de sus ajuares con las manos llenas de desquicio y los labios llenos de precaución, alejándose de un incendio que solo pueden ver de lejos pero que ansían saborear. Los límites del mundo se cierran nada más a ellos dos, tan de piedra y tan de fuego. A pesar de su distancia pueden sentir las llamas que los recorren —repeliéndose en el acto en un último impulso de su razón—. Están frente a frente y separados a millas por sus maldiciones.

—No te tocaré los labios.

—Ya me cansé de ser una clandestina, de vivir en las sombras —dice ignorando su propuesta—. Si quieres mi compañía tendrás que darme mi lugar sin dañar lo que ya tienes.

—Justo hoy te iba a proponer huir. Todos los años de mi vida los he vivido huyendo, pero si es contigo no se sentirá así en absoluto. ¿Qué me dices?

Trinidad piensa que si esa es la única manera de ser aceptada a su lado es más que suficiente.

—Acepto.

Las llamas que se habían atenuado se avivan de nuevo, esta vez en forma de un huracán inclemente.

—No me toques los labios con los tuyos —ruega ella una última vez.

Emilio cubre esos labios malditos con su mano. Lo siente; es como la mordida de un coralillo. Primero en su mano, luego en todo su cuerpo. «Es el

precio por el pecado, pero arde más quedarme sin su calor». Al terminar — sus dos cuerpos apartados, sin gravedad ni razón—, el hombre ve la cicatriz de su mano contra la luz lunar. Es como un beso tatuado en la carne abierta refulgiendo como brasas. «Si este es el precio a pagar, me considero un condenado a partir de ahora». Trinidad finge estar dormida cuando en realidad se está atormentando en una cadena infinita de reproches por el daño que hará en aquella familia. «Toda la vida Rosalba me ha acusado de lo mismo cuando ha sido falso y ahora lo haré realidad». El temor de esa profecía/ maldición la corroe por dentro. «¿Y qué pasará cuando se entere que una de sus hijas ha desaparecido? No me podré perdonar nunca el no haberle dicho la verdad».

—Iré por la camioneta —anuncia Emilio—. Esta misma noche nos vamos de aquí. Nada nos podrá perseguir, Trinidad.

Ellos mismos han propagado en el pueblo entero el olor del azufre. Traición, horror, calamidad. Se les ocurren una infinidad de atrocidades y aun así no dan paso atrás.

—Aquí te esperaré —responde con el silencio por aliado.

Eloísa se revuelve en su cama por enésima ocasión. El ruido de un motor la ha despertado y tiene la absoluta certeza de que es su marido. «Todos los criados están durmiendo». Se pone su albornoz y sale a la noche estrellada encarando las ráfagas frescas de brisa.

—Emilio, por todos los santos, hasta que te dignas en venir.

Sus palabras son cuchillos helados contra su alma contrita.

—Vengo de entrada por salida. Me están surgiendo más negocios en la capital.

—De haberlo sabido allá nos hubiéramos quedado —rebate. Quiere llenarle el pecho de puñetazos e improperios por haberlas dejado solas tanto tiempo.

—Se arreglará —dice con el mismo descuido de siempre, restándole gravedad a la circunstancia.

—Está bien. Si confías que se arreglará, que se arregle.

Está adormilada, con cada uno de sus nervios destrozados. Hasta le parece imposible el hecho de sostenerse después de tanto dolor.

—No me respondas así, Eloísa. Estaré de vuelta cuanto antes.

—Así lo has dicho siempre. —Discutir se le antoja un acto desgastante, así que le da la espalda después de aniquilarlo con la mirada—. Que bien te vaya.

—Mujer.

Eloísa es capaz de encontrarle la mirada por temor de romperse ahí mismo. Sigue su camino, no sin susurrarle sus últimas palabras:

—Si es que hay otra mujer, mejor no vuelvas nunca.

—Que me trague la tierra si es que hay otra —entona contra la noche silenciosa, cavando su propia tumba.

Porque la tierra lo engulle. El sonido seco de las grietas reclamándolo pasa desapercibido porque en los oídos de Eloísa solo resuenan los pensamientos de «te casaste con un traidor». Todo su cuerpo con sus maldiciones, fantasmas y traiciones es tragado de súbito por su propio don.

Y quién sabe con cuántos enemigos se encuentre ahí abajo.

Eloísa sabe que se ha despedido con éxito de su esposo y de su historia porque al volver a la cama esa conversación se confunde con un episodio de sus sueños. No se lleva a la almohada sus lágrimas saladas, ni sus suspiros entrecortados, ni sus furias capaces de encender medio pueblo en llamas. Solo se lleva la paz que requiere para enfrentar otro día y a Emilio Castellanos como un fragmento en su memoria guardado bajo llave en un baúl que nunca abrirá.

A la mañana siguiente en cuanto raya el alba Irina ya está gateando para hablar frente a frente con el niño pálido. Está más lúcido que la última vez —y eso que ya había notado una mejora antes—, con la naturaleza de alrededor ardiendo de tanta vida. Lástima que para ella las cosas no pintaban bien. «Mientras tú resucitas yo muero por dentro», moría de ganas por decirle.

—Estoy muy triste por tu otra partida —dice precipitándose con la noticia—, Irina.

—¿Cuál otra? —responde con sorpresa. Se recuesta contra la pared de la cueva.

—La de tu padre.

—Oh, sí, pero ya me acostumbré porque él viaja mucho.

El niño pálido decide no contarle más; ya se encargará el tiempo de hacérselo saber y hacérselo sentir.

—Debemos hacer algo para traer a mi hermana de vuelta —sugiere—; no puede ser que ya se haya desvanecido la bestia que tanto temíamos y que mi hermana también se haya ido.

—La naturaleza de hoy en día es tan caprichosa que quizá se haya

llevado a un ángel como tu hermana para desterrar ese horror.

—Mi hermana no tenía nada que ver con eso, ¿o sí?

—Ya no importa el pasado, pequeña, recuérdalo, sino las puertas que abras de aquí en adelante. Tu hermana ya abrió las suyas y está encerrada en una habitación esperando por las siguientes... Tú también deberás hacer lo mismo cuando tu tiempo llegue.

—¿Y correré la misma suerte?

—No —dice con seguridad—, porque yo seré tu llave.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Las historias de Chana con el paso del tiempo empezaron a abrir sus grietas en la conciencia de Norberto. Su casa con la ausencia de sus hermanas se sentía peor que una prisión circundada por las constantes maldiciones de su padre. Esa fatalidad tuvo que ser contrarrestada con el refugio que le ofrecían las historias de la nana.

Hasta que sus historias dejaron de ser palabras y fueron sustituidas por la fe. Por la fe de que la magia de su alrededor se manifestara y cambiara *algo*. Por la fe de que los *saltos* existieran, de que pudiera labrarse otra vida más libre, no atado a una silla de ruedas por la eternidad. «Si es verdad que yo salté una vez y fallé, ahora quiero lograrlo».

—Tienes que reposar en la eterna ingravidez, con todo lo que eso significa: dejar ir todos tus recuerdos, pequeño. Todo lo que te sujeta a esta vida lo debes dejar ir como si soplaras sobre el polvo, porque eso es lo que somos al final: volutas tiradas a la nada. Entre más cosas sujetes en tu ascenso, más difícil será saltar.

—No creo que eso sea muy difícil —lo dice con total sinceridad—; nada de lo que deje aquí me resultaría atractivo como para aferrarme.

Quizá al calor de su madre sí y a sus arrullos y a sus cuidados, pero es mejor dejar de ser una carga para ella e, incluso, en la peor de las circunstancias, un dolor para cuando cese de existir. El *salto* es lo único que le queda.

—Eres muy valiente, Norberto, más de lo que tú mismo imaginas.

«Nadie así como así le dice adiós a su vida con la incertidumbre tan grande del porvenir». Norberto siempre ha sido así, desde pequeño, piensa ella. Por ejemplo, aquella vez en que entró al río sin ninguna clase de protección y se zambulló con los ojos cerrados como si quisiera descansar por la eternidad. La infección de oído que siguió solo fue una molestia pasajera. «Si los demás lo hacen, ¿por qué yo no? ¿Solo porque soy diferente?». Era muy pequeño para comprender las injusticias del mundo. Chana es la única con el poder de cambiar su destino después de tantos años. «Si has resistido hasta aquí, ha de ser por algo».

—¿Por qué luce triste, nana?

La anciana lo mira con sus ojos almendrados a punto de desbordarse.

Están casi al filo del acantilado rojizo. La vista es tan sobrecogedora, con los colores del atardecer dispuestos de tal manera que parecen estar orquestados por alguien que se despide. Los pájaros adornan las copas de fuego de los árboles tabachín y las nubes pesadas apenas se sostienen sobre las casas con sus vestidos pomposos de oro.

—Porque te tengo que acompañar, muchacho. Yo nunca te he dejado solo y menos lo voy a hacer esta vez.

—Nana, no puede hacer eso porque hay gente a su cuidado. Usted tiene una magia en su alma de la que depende mucha gente.

—Ya no más, muchacho. Al único a quien puede serle útil es a ti.

«Ya he visto demasiadas guerras, demasiada sangre y demasiadas almas en pena. Ya no puedo salvar a nadie más. La guerra de mi vida ya no tiene ningún sentido en esta rutina mortal. El peso de los años ya no lo puedo cargar: iremos a la paz, que es lo único que importa».

Hay una clase de nostalgia en el viento que lleva la pureza de mis ríos y mis flores que aún no han nacido. Como una clase de poesía que no se puede leer.

—Y además —reanuda—, hay un peligro en este pueblo del que no podremos escapar. Cada vez es más latente. Me temo que ningún augurio le hará justicia a las desgracias que nos esperan.

—¿Dolerá? —pregunta con un hilo de voz. No es cobardía; es un ápice de esperanza. La esperanza de que todo cambiará.

—Si cierras los ojos, nada te dolerá. Tú ya has conocido el dolor aunque no lo hayas nombrado, Norberto. Esto es solo un pequeño paso en el gran camino de todas las vidas de la civilización.

—Todo el dolor se lo han llevado mis hermanas —exclama—; esto no será nada.

—Así me gusta escucharte. Ahora, quiero que recuerdes lo que pasará. Cuando dejes los recuerdos de esta vida y cuando cierres los ojos, hijo, entrarás a un sueño profundo que deberás romper para entrar a una ventana. Por más que ese sueño te seduzca, no cedas a él. La ventana de la que te hablo la encontrarás dependiendo del sueño en el que estés, así que debes abrir muy bien tus ojos y ver todos los detalles en caso de que no lleguemos al mismo destino. ¿Entendiste? Recuerda cuando ensayamos con los pericos...

—Buscaban las ventanas hasta entre las ramas de los árboles.

—Así mismo.

Habían usado la energía de sus dedos como si fueran titiriteros.

Norberto los había recogido ya muertos por los disparos de los niños con sus resorteras y cuando tenían ese soplo de vida *revoloteaban* repletos de sorpresa —despertados de un sueño de siglos, al parecer— y de inmediato brincaban de una rama a otra hasta encontrar su *ventana*. Sus rastros desaparecían. Solo dejaban una pluma o dos de recuerdo al saltar a la otra vida. «Una vez que conoces esa chispa de la vida no desaparece nunca. Yo te la he enseñado para que la aproveches en ti cuando más listo te sientas».

Su momento había llegado.

Sintió esa revelación susurrada como se cuenta un secreto y le cambió para siempre lo poco que tenía seguro de la vida. Le hizo estar consciente de que la vida se equiparaba a la muda de un animal y que el morir es solo un tránsito indoloro por las miles de puertas dispuestas por Dios para su más bella creación. Su propia vida era un hilo en un telar.

Su propia vida rota.

No podía esperar por ver en qué se transformaba.

¿La locura se podía contagiar? Esa era la pregunta más recurrente en la mente atormentada de Linda. «Quizá no me he vuelto loca del todo porque lo primero que me destruyeron fue el corazón». ¿Si convivía con los demás enfermos podría dar el brinco de su sanidad a la locura sin siquiera darse cuenta? El hastío se manifestaba durante sus horas de descanso cuando no tenía a nadie con quien platicar ni a nadie para desembocar sus penas. «O es volverme loca con ellos o volverme loca conmigo misma».

Justo ahora, al escuchar el escándalo de un enfermo, se inclina más por la segunda opción. Sus gritos proféticos le astillan los tímpanos.

—Ellos vendrán. Los malos. Nos llevarán con ellos. No tendremos salvación.

«¿Alguna vez la hemos tenido?», pregunta Linda en sus adentros. Sin embargo, la realidad de esas palabras es angustiante. Porque la remite a su pueblo. «Una vez escuché esas mismas palabras de la boca de alguien, pero no recuerdo de quién». ¿Quién vendría por ellos y les haría tanto daño?

Cuando se acerca a él, este la mira agradeciendo su conmiseración. Ve a los enfermeros que se precipitan para contenerlo a pesar de lo indefenso que resulta. Linda solo quiere saber si es cierta la posibilidad de ese rescate. Un movimiento rápido antecede sus palabras.

Es una astilla.

Una astilla blanca.

Palo blanco.

Los llevarán al inicio de su pesadilla.

—Dicen que él era un inge muy estudioso, que leía montones de libros y sabía de números y esas cosas —le cuentan después—, pero un día acudieron a su mente visiones del futuro de la humanidad y lo volvieron loco. No pudo hallar la forma de darse a entender, pues, y su familia lo encerró aquí. Pobrecito, él no tenía la culpa de ver tales cosas.

—¿Entonces sus predicciones son reales?

—Acertó el menú de todas las comidas de la semana pasada, tú dirás.

A pesar de que no es la respuesta que necesita, un súbito escalofrío acude a su cuerpo. «No existe ninguna explicación lógica a cómo supo el nombre del lugar de donde procede mi desgracia». Linda lo presiente. Presiente que ese hombre es la clave para resolver el gran enigma de su destino, para romper los barrotes de su jaula y hacer que todo su dolor cuente. Pero ¿cómo tener el mismo lenguaje de los locos? Tiene tanto miedo de que sus palabras sanas se desperdigen contaminándose en un mundo incomprensible para ella y su realidad.

Durante la noche, acostada en su lecho de pesadillas, se anima por fin a escribir una carta. No sabe ni a quién la está escribiendo, pero sí el objetivo: cerrar el ciclo con aquel pueblo que tanto daño le hizo. Porque la devastación desde aquel resplandor rojo en el cielo había lanzado una advertencia. Y ella había respondido con un deseo.

Con el deseo de que todo desapareciera.

Arrepentida de aquel anhelo, termina su letanía y deja el papel doblado en el alféizar de su ventana. Cuando cae rendida de sueño, un cuervo la lleva en su pico.

Yesenia de los Castellanos podía estar encarcelada en su cuerpo, pero en alma jamás. Nada le impediría tratar de detener el final.

—Cuando estés listo —susurra Chana. Su mano en el hombro de Norberto lo hace sentir más seguro. En cambio, no responde. Primero quiere guardar todo lo que un día le dio esperanza para soportar un día más. «Nada en esta vida me ha hecho sentir libre, pero esta decisión de *saltar* me da toda la libertad del mundo». Él sabe que es decisivo. Que es irreversible. Pero también que es deliberado. Es momento de llevar a la práctica con su propio ser todas las instrucciones de su guía.

—Gracias por no soltar mi mano, nana —dice—, incluso cuando todo el mundo lo ha hecho.

Cuando todo el mundo lo ha abandonado, ella ha inventado historias para guarecerlo en su refugio y borrar todo rastro de tristeza. Cuando todo el mundo lo ha desplazado, ella le ha dado el lugar más cálido en donde se ha sentido querido e importante. Cuando todo el mundo le ha dado la espalda, Chana le ha dado las alas.

Ahora solo está listo para volar.

—Quizá tus padres nunca te dijeron lo felices que los hacías porque pensaron que esas palabras solo las merecía aquel hijo que habían soñado, pero quiero que sepas, muchacho, que cuando te trasladé con mis propias manos te sentiste como el deseo que toda madre siente. Yo soy la que te debe agradecer por creer en tu propio milagro.

«Han pasado los años y esto estaba planeado incluso antes de que nacieras. Volarás en el cielo que te fue prometido. Volarás con el mismo ahínco con el que has deseado escapar de tu realidad. Y solo tendrás que cerrar los ojos».

—Solo tienes que cerrar los ojos —pronuncia Chana con determinación, rompiendo la ensoñación del niño.

Norberto se guarda toda la luz que puede del atardecer. Quién sabe si tras la otra puerta se encuentre un mundo con luz. La quiere acaparar toda. Chana nota al fin que la mente del pequeño se ha convertido en un cascarón. Ha hecho todo lo indicado. Sus dos cuerpos se precipitan al vacío. Y el viento les arroja sus almas.

En el sueño está en una habitación extensa donde también están sus hermanas. La luz inunda a raudales el recinto. Siente una paz extraña, tan reconfortante que no hace falta nada más para saber que todo lo que una vez lo aquejaba ha llegado a su fin.

—Ven, hermanito, descansa con nosotras —le susurran. Ellas lo esperan en un lado de la cama.

Norberto trata de abrir los ojos aunque éstos amenacen con salirse por tanta luminosidad. Por más que duela debe encontrar esa ventana. ¿O será más fácil después de todo entregarse a esa paz tan sanadora que expiden esas paredes y el cariño de sus tres hermanas? «Esa, sin duda, debe de ser la paz que me prometió Chana». Pero no está, por el momento, interesado en esa paz, sino en la ventana. Lo recuerda como quien rebusca en un cajón de

ropa que dejó de usar. Recuerda la posición de la ventana en su antigua habitación tomando como referencia la cama.

—Me tengo que ir —le dice a sus hermanas, quienes permanecen estoicas.

Como si fuera parte de la luz, todo su ser se diluye hacia la ventana. Ya no necesita de brazos que lo anclen a una vida firme, ni una silla que lo lleve al lugar que desea. Solo bastó con cerrar los ojos y saltar.

Para encontrar un mundo aterrador al otro lado.

CAPÍTULO DIECISIETE

Pronto llegó mayo y con ello el periodo más veraniego que mis sentidos hayan visto nunca. Mangos tan carnosos que apenas cabían en las dos manos. Sapos y ranas de todos los colores y tamaños, con curas milagrosas en su piel. Árboles de fuego que parecían cambiar su coloración de un amarillo apagado a un rojo escarlata. Mis ríos con las aguas más puras de todos los confines, tan cristalinos que la gente los empezó a utilizar como espejos. Mariposas blancas del tamaño de alas de cisnes. Atardeceres tan puros que anunciaban una tregua después de tanto dolor sobre las familias.

Pero también llegó mayo sin ninguna noticia sobre Yesenia de los Castellanos.

Su madre había aprendido a cabalgar aunque fracasase en su búsqueda. Tenía vastas heridas en sus piernas y brazos, pero nada la detuvo, no hasta tener plena certeza de que su hija no estaba en el pueblo. Cuando se hubo cerciorado, la revelación la partió en mil pedazos. Pese a su escepticismo, tuvo que sopesarlo. «Llegó el momento de pedir otra clase de ayuda. Si yo no tengo ojos para ver dónde está mi hija, otros los tendrán por mí». Al cabo de tres días, los tres brujos le dieron la misma respuesta.

—Tú y solo tú sabes su destino, hermana —ese apelativo le heló la sangre—. Los Santos te dieron los ojos. Úsalos. Son los únicos que pueden saber con certeza su paradero. Hay una magia muy arcana detrás de ella. Una magia que solo su propia madre puede ver.

Quiso creerles. Quiso creer que dentro de ella se encontraba algo más fuerte y mágico que su propia resistencia por no romperse. «Sobre mis hombros siempre ha estado mi familia y lo estará siempre. No dejaré que me aplaste. Si dicen que tengo esos ojos, pues los tendré. Punto».

Durante los sueños sucesivos las visiones de alacranes le plagaron la mente. ¿Qué tenían que ver con el paradero de Yesenia? «Solo espero que un día se me aparezca uno y me conduzca hasta donde sea que se encuentre, porque ya siento que ni los santos me escuchan». Era cierto; la capilla de la finca rebosaba en ofrendas, veladoras y flores, en especial a San Nicolás, pero la respuesta era siempre la misma: el silencio.

Un silencio que se romperá partiendo el mundo consigo.

Irina planea a toda costa saber en su totalidad cuál es su función para el niño pálido. ¿Al salvar a Palo Blanco del desastre a qué se enfrenta? Si necesita desarrollar una habilidad especial ¿cuál será el costo? ¿Podría hacerlo sin su hermana, esa otra mitad sin la cual se siente completamente indefensa? Al bajar el empinado camino se encuentra con Omar.

—¿A dónde vas sola? —le pregunta. Aunque su tono no es inquisitivo, se nota su preocupación. «No me pasará lo mismo que a mi hermana, si eso es lo que piensas».

—Al río —miente.

—Necesito contarte algo —la ataja—. Sobre la última vez que vi a tu hermana.

—¿Tú la viste?

—Sí, y también la he buscado. Día y noche, subido en los árboles, con los miralejos que me hizo mi padre.

—¿Te dijo adónde iría? —pregunta esperanzada, sintiendo los pulmones pesados al hablar.

—No, bueno, sí, pero creo que me mintió. Me dijo que iría con su padre de cacería...

—Mi padre no estaba en esos días —dice—. Te mintió.

—Me pidió un arco y estuvimos después del mediodía hasta la tarde practicando con él. Pensé que sí había ido con tu papá, que allá se había perdido.

—No, nada de eso ocurrió.

—Lo siento —susurra, apenado—, espero que pueda aparecer pronto.

—Lo hará —dice ella—. No sé por qué mentiría sobre la cacería, no sé por qué necesitaría un arco, no sé por qué necesitaría huir, siquiera —la palabra *huir* se siente como veneno en sus labios—. Nada de eso era necesario, pero ahora ya no está.

—Si te sirve de consuelo, tu hermana con el arco se veía invencible y *feroz*, como si estuviera segura de que ningún depredador le pudiera hacer daño. Quizá el arma que le di le sirva y regrese. Ojalá.

—Yo también lo creo. Gracias por confiarme esto —le dice, despidiéndose.

—De nada.

La prisa de su despedida es porque acto seguido se desgarró. ¿Cómo pudo pensar que con unas flechas podría derrotar al gavilán? Imagina su cuerpo diminuto contra la noche oscura, apenas visible. Imagina su cuerpo arrebatado

para siempre por las garras de la bestia, irrecuperable. Y de pronto toda la magia de mayo la abandona sumiéndola en la desolación. ¿Hace cuánto ha dejado de sentir el afecto de su padre? Si los días transcurrían así, pronto olvidaría su rostro. Solo le quedaba su madre, con todo su afecto infinito aunque a veces se mostrara implacable.

Solo hay un espacio en ese pueblo donde todas sus preocupaciones se van al olvido. No es el arroyo, ni los hornos con pláticas apacibles de las criadas, ni los árboles de tamarindos, sino la caverna del niño pálido. En cuanto se pone en cuclillas para gatear y entrar, siente ese remanso de paz imposible de ser arrebatado.

—Vuelve a lucir diferente desde la última vez —dice Irina refiriéndose al lugar. Las flores que le nacen de los tallos parecen de plata líquida y el agua donde yace, un cristal iridiscente. Incluso las venas del niño pálido rezuman vitalidad, como si estuvieran absorbiendo la vida del verano.

—Es porque todo está cambiando, pequeña. La vida de este lugar se está despidiendo como es debido: floreciendo por una última ocasión.

—Qué triste. ¡Todo en este pueblo es triste desde que llegamos! No puedo creer que mi familia misma haya saltado por los aires... *despedazándose*.

—¿Estás segura? —responde él—. Es de necios precipitarse a las realidades. Y tú nunca has sido una necia.

—Eso es lo que siento todos los días. Mi hermana no aparece. Tampoco mi padre. ¿Y si todo es culpa mía? ¿Y si yo hice que todo esto pasara?

—No, en absoluto. Recuerda que tú harás que la desgracia final se detenga. Por nada del mundo deberás pensar que tú eres la creadora de ella. Quien sea que le haya hecho daño a tu hermana recibirá su castigo. Confía. Todo volverá a su normalidad a su debido tiempo. ¿Confías en mí?

—Eres el único en quien he confiado.

—Con eso basta y sobra.

—¿Para qué me has hablado hoy? —pregunta con entusiasmo. Cuando le habló a través de la ventana su corazón saltó pensando en que tenía noticias sobre su hermana.

—Tengo un regalo, por tu generosidad al creermme y por tu esfuerzo en las prácticas. Has mejorado mucho, Irina, y quiero recompensarte. Pero primero dime, ¿qué de raro has visto en el pueblo?

—Uf —suspira—, he visto tantas cosas que ni sé por dónde empezar.

Primero, cuando nos enteramos de la desaparición de Yesenia ocurrió la coronación de Rosalba de los Delirios, la mujer que...

—Sí, la recuerdo —dice con cada una de sus palabras rezumando cólera—, no hace falta que menciones sus macabros crímenes en este lugar.

—Pues resulta que a la señora la celebraron con una corona de matas blancas en la cabeza. Se proclamó santa por haber liberado al pueblo.

—Es eso de lo que te hablaba la primera vez que nos encontramos. —Irina recuerda los escalofríos que le produjo escucharlo hablar con esa voz tan enigmática y ancestral—. La causa de nuestra extinción ocurrió cuando la humanidad comenzó a trivializar lo sagrado, haciéndolo una cosa que podían controlar como se controla la vestimenta, minimizando su poder. Pronto ocurrió que la magia se empezó a secar y solo pudo ser salvada por unos pocos quienes, al final, murieron con el secreto en sus labios.

—Pero tú no. Es como si tú llevaras toda su magia en tu ser.

—Así es. Por eso estoy tardando en recuperarme, porque todos esos conocimientos arcanos llegan a mí poco a poco.

—¿Crees que lleguen todos... *antes del final*?

—No estoy muy seguro —dice con franqueza—, pero si en caso de que yo no pueda, estoy seguro de que tú recibirás ese legado, Irina. Lo mereces.

—No creo que sea digna —aduce—; solo soy una niña común y corriente. No podría soportarlo, me temo...

—Por tu sangre corre una magia no muy diferente a la mía, pequeña. Una que va más allá de un nombre y de un don cualquiera. Una que va más allá *de lo sagrado*, me atrevo a decir.

—En ese caso estoy perdida, porque no sé cómo encontrarla.

—La has llevado siempre contigo. O, mejor dicho, te has llevado siempre contigo, y eso ya es un gran paso para cuando se requiera sacarla a flote.

—No entiendo.

—Me refiero a que nunca has dejado de ser tú. Nunca has querido parecerte a tu hermana invocando cuervos, ni queriendo ser una santa a pesar de los poderes que albergas. Sigues siendo igual de inocente y pura y ahí es donde se esconde la magia; en las personas nobles. Ahora, quiero hacerte el regalo prometido.

—¿De qué se trata?

—De tus instrumentos. Son dos esferas que están en la estatua de piedra de una virgen en la profundidad de las minas. Yo mismo iría por ellas

si pudiera, pero dadas las circunstancias...

—Iré yo.

—Así se habla.

—Trae esas esferas contigo, pequeña. Y prepárate para la magia que despertarás.

La primera visión de Norberto después del salto fue catastrófica. Una escena salida de la peor de sus pesadillas. Era como si sus ojos estuvieran suspendidos sin sujeción alguna en medio de la nada.

Mientras la nada ardía.

Todo Palo Blanco estaba sumido en las llamas de un crepúsculo devorador. Era un incendio. Los árboles respondían a las llamas con chillidos de horror y furia. El viento soplaba, y, sin embargo, no calmaba ni un ápice todo el desastre de alrededor. En realidad, no existía fuerza humana ni sobrehumana que pudiera hacerle frente. Todo ardía. Los pozos y los establos, las casas y las montañas, los ríos y el cielo.

Su vista cambió de súbito al interior de su propia casa. Ahora todo lucía en calma. Las mismas paredes de cal blanca, los mismos catres y el olor a prisión. Lo único diferente era quien reposaba sobre una hamaca. Su padre. Convertido en barro de pies a cabeza. Gritó por el horror. Gritó con su garganta desgarrada y pidió prestadas miles de gargantas más para que gritaran por él porque el terror era infinito. Se manifestaba con la misma furia de aquel incendio.

Hasta que palpó un manto helado, no en esa dimensión de pesadilla, sino en una donde sentía su razón y la realidad del mundo con todas sus leyes. Donde sentía sus pulmones en completa paz y sus brazos y sus piernas.

Sus piernas.

Al principio su respiración se torna agitada, como si hubiera estado sumergido en el río y el aire le resultara ajeno.

—Pensé que había quedado atrapado para siempre —dice. La sorpresa de encontrar a Chana a su lado lo vuelve a agitar—. ¡Por Dios, está aquí!

—Dicho y hecho —responde.

—Vi al pueblo en llamas. Destrozado por un incendio voraz. Y luego —procura que su voz no tiemble—, a mi padre convertido en... barro.

Se enjuga los ojos. Una y otra vez hasta tener una visión más nítida

de su alrededor. «Si quitamos las llamas y ese cielo de pesadilla... No. Es imposible». Está sentado sobre una roca al lado de su nana. El terror es tan inmenso que de inmediato quiere hacer uso de sus piernas por primera vez y huir. «Esto tiene que ser una pesadilla dentro de otra pesadilla». Pero el agua que lo cubre no es de un sueño. Tampoco el peso real de sus piernas. Ni la respiración tan pesada y manifiesta. Se quiere cubrir los ojos para que cuando los abra todo se vea diferente.

Pero es imposible.

—Hemos vuelto al inicio —le dice a Chana.

—Hemos vuelto, sí —confirma ella—, pero no somos los mismos.

CAPÍTULO DIECIOCHO

«Estas minas son un eterno laberinto» es lo primero que piensa Irina. Para su suerte, los laberintos siempre le han gustado. El misterio de las sombras proyectadas, el recorte de luces contra las paredes, la sensación de estar perdida por un momento indefinido; todo la hipnotiza. Este tiene algo especial más allá de la recompensa: la magia misma del pueblo. El olor a agua pura. El frescor tras sus muros de barro y caliza. La serenidad que brinda el silencio. La paz que brinda sentirse en medio de la nada. «Podría quedarme a vivir aquí por siempre, si no fuera por...». *Si no fuera por la esperanza que aún queda*, me dan ganas de susurrarle a través del viento. Todavía le queda la esperanza de encontrar a su hermana y una fe de orden mayor: salvar a un pueblo entero que depende de ella al estar en la cuerda floja de la destrucción.

No faltaba mucho, se daría cuenta después.

Por lo pronto, después de tantos haces de luces y sombras, encuentra lo prometido. La virgen parece penetrarla con su mirada helada. «Parecen ojos de venado». Está tallada en piedra, lo cual magnifica su aura imponente. «Perdón por lo que voy a hacerte», exclama arrepentida. Trata de arrancarle los ojos —dos esferas de piedras preciosas cuyo nombre desconoce—, aunque al primer intento falla. Están sujetos con demasiada fuerza, como si formaran parte de la piedra misma. Al segundo intento es cuando lo logra. Nota las grietas que empiezan a formarse a la estatua cuando los arranca y el espectáculo es horrendo.

Porque la sangre empieza a fluir y a *gritar*.

A gritar como gritaba su madre ante las ráfagas de dolor de sus migrañas.

«Es solo una distracción para que ceje en mi empeño». Sin una gota de piedad los extrae, ignorando los desgarradores estertores de la virgen. La imagen de sus cuencas vacías la acompañará por siempre. Incluso así le sigue dando la impresión de que puede ver *más allá* de su alma, a pesar de solo ser una piedra moldeada. «Lo importante es que ya están en mi poder. Ojalá que la luz esté conmigo de aquí en adelante».

Oh, la falta que le haría.

—No termino de entenderlo —confiesa Norberto. La desesperación en

cada nota de su voz—. ¿Por qué volveríamos al inicio, a la misma vida? ¡Hice todo al pie de la letra! Incluso cuando mis hermanas me hablaron las rechacé.

—Es parte de la vida y de la muerte entender que hay planes superiores que escapan de nuestra inteligencia. Tranquilo, Norberto, estoy segura de que pronto hallarás tus respuestas.

—No son respuestas las que necesito en estos momentos, sino escapar, precisamente *escapar*. —Se aferra a esas palabras como si aún existiera la oportunidad de abrir otra puerta y *saltar* a otra realidad.

—No todo es malo —responde—: mírate. Ya puedes caminar. Escapaste de esa jaula que no te permitía ser feliz.

—Por favor dígame que aún tengo una oportunidad de saltar de nuevo.

—Por ahora no, cariño. Me temo que tu alma está muy desgastada por ahora después de todo el proceso.

—Quiero intentarlo —insiste—. No importa cuál sea el costo.

—La muerte.

Norberto queda en el completo mutismo. ¿Habría valido la pena tanto por un final así? ¿Resistiría seguir viviendo así, con su propio espíritu siendo una cárcel?

—¿Qué pasa, pequeño? ¿Por qué no estás alegre con este progreso? ¡Vólaste y ahora estás aquí! Podrás vivir este mundo con todos los milagros que alberga.

—Es que no huía de mi inmovilidad —dice mirándose fijamente las piernas que ya no están paralizadas en absoluto—, sino de lo que *soy*.

—¿No te gusta ser un niño?

Norberto sabe que romper el silencio significa *romperse* a él mismo. La verdad resultaría letal y, en el peor de los casos, *enfermiza*. Después de unos segundos, rompe el nudo en su garganta y las palabras salen sin remedio, como si hubieran estado desde hace años en la cárcel de su propio odio.

—No me gusta ser un niño que desde hace mucho tiempo dejó de ser un niño por la crueldad de su crianza. Por una crueldad que considera aberrante el hecho de que... de que guste de los chicos. Ya no soy un niño, Chana. Nunca lo he sido. Nunca he conocido la felicidad como la han conocido otros. Siempre que los he visto tan sonrientes con sus padres me he preguntado cómo debe sentirse un cariño tan puro. Y cómo debe sentirse que te quieran como si no tuvieras una mancha en tu alma tan oscura que debes ocultarla siempre. Me pregunto cómo podré volar un día lejos de mí, de modo que pueda encontrar una esencia diferente que no necesite ocultar. Me pregunto

qué grande tiene que ser el salto para dejar este dolor afuera.

—Mi niño, mi niño —susurra ella en una imploración—. Tú no tienes ninguna oscuridad, bórrate eso de la cabeza. Tampoco tienes que saltar a ningún lado porque siempre tendrás los brazos de quienes te amamos para contenerte.

Las aguas irascibles del río y de su interior se calman cuando Chana lo abraza. Tiene toda la razón del mundo: no hace falta saltar a ningún lado cuando encuentras los brazos de quienes te aman. Y, por esa fracción de segundo, todo el dolor de una vida y de un secreto saltan en un millón de trizas para dejar de sentirse de nuevo. Su cabeza se aclara. Ha aprendido a volar en el instante en que ha comprendido que se encuentra en un mundo formado por milagros de amor. Su papel dentro de él es tan solo dejarse abrazar, caminar y encontrar en su trayecto el empuje requerido para dejar de esquivarse.

Porque la vida no es escapar.

Porque la vida no es evasión.

Porque la vida no es una cárcel.

Porque la vida no es los dolores de una casa.

Irina siente el peso de las esferas en sus manos como dos gravedades distintas del planeta. «¿Qué clase de milagro espere que obre el niño pálido?», se pregunta. A pesar de la oscuridad, quiere visitarlo de nuevo. La poca luz de la lámpara de petróleo se ha extinguido. Solo le quedan sus sentidos y la escasa luz de las luciérnagas. Cuando gatea, lo hace con el debido cuidado para no dañar las piedras.

—Las he conseguido. Casi me vuelven loca los gritos de la estatua.

—No era para menos —responde, con una nota de alegría en su voz—; le has quitado un trozo de su memoria.

—Bueno, pues espero que haya valido la pena.

—Rózalas, una contra otra.

Irina lo obedece. Saltan chispas de luz. Amarillas y carmines y azules. Cegadoras. Una brecha de energía se abre entre sus manos. Es un nacimiento abrupto, fiero e incomprensible de magia.

—¿Qué es esto?

—Pronto lo verás.

Un ser parecido a una mantis se alza entre las chispas justo cuando Irina se pregunta por qué duran tanto.

—Una campamochas.

—No exactamente —responde la criatura.

Tanto sus palabras como su anatomía le arrancan un susto de muerte.

—No me degrade tanto —le pide—; soy un hada. Y la única que sabe con exactitud dónde está su hermana.

Es como si mi alma entera se despertara en aquel anochecer con todo lo que contenía: humanos, fieras, luna y maldiciones. Los vehículos que transportaban a aquellos seres malignos eran repelidos con una fuerza milenaria imposible de despertar —pero que, de ser posible, los desterraría en un par de segundos—. A pesar de la desdicha de su presencia, el pueblo tiene suerte de que hayan ido a parar directo a la casa de Rosalba la Santa de los Delirios.

Era la noche decisiva para saber si la coronación había sido un embuste o si definitivamente estaba hecha para salvaguardar cada alma de Palo Blanco.

—Buscamos a Rosalba —dice un hombre en seco. Sus palabras tan salvajes como machetes tirados al aire.

—Soy yo —contesta ella con coraje.

—Nos enteramos de la desaparición del cacique.

—Sí, un hecho desafortunado. Tan desafortunado como su presencia en mi casa. ¿Se puede saber qué buscan? La casa del placer es allá —dice apuntando con un dedo—, pregunten por Trinidad.

—No es a ella a la que buscamos. Venimos por Rosalba. Una vida por otra vida.

—Qué necesidades.

—O, si prefiere su vida, queremos el oro que transportó hasta acá. Lo sabemos todo.

—Se van a quedar con las ganas porque de aquí no saldrá nada. Ni un centenario, ni yo.

El hombre saca una pistola plateada de su cintura. Un chasquido plateado contra la paz de la noche. Un relámpago dentro de un cielo mudo.

—Un momento, está bien. Esperen aquí.

Así de sofocada por la sorpresa no puede emerger ni una criatura, pero cuando les da la espalda suspira y emanan como una cascada. Tenazas más ruidosas que el arma misma.

—Vengan conmigo —dice una voz detrás. La voz de Trinidad—. Se llevarán el oro que quieran, pero antes de eso se llevarán un poco de esta dama.

Su seducción se esparce con el encanto del perfume más enervante y seductor.

Un beso. Dos. Tres.

Una muerte. Dos muertes. Tres muertes.

El olor a labios quemados y vidas desprendidas apenas se insinúa en el viento dormido. Resulta una elegía oscura contra la placidez de las estrellas.

Rosalba nota que el hombre aún sostiene la pistola directa a su nuca. Un movimiento en falso y todo habrá terminado. La muerte del cacique solo habría sido un paso insuficiente para vivir en paz por los años que quedaban. «No; no habrá sido en vano. Esta escoria es insuficiente para hacer que mis planes se vengan abajo. No es nadie».

—Aquí tienes —le dice tendiéndole un puñado de centenarios. El oro reluce con una burla macabra.

—¿Ya ves? No te costaba mucho.

Acto seguido, el hombre emite un quejido de dolor. Porque entre las monedas se ocultan los alacranes. Después de la mordedura se queda completamente paralizado y cae al suelo con sus dedos directos al cielo, tiesos. «No te costaba mucho dejarnos en paz». Los alacranes lo cubren en una sábana del color de la arena hasta que el cuerpo es solo un envoltorio de tenazas y ponzoñas.

Acto seguido, Rosalba la Santa de los Delirios esquivo su cuerpo y sale a la noche donde la espera un tapiz de cuerpos lánguidos. Sus secuaces. Parada, contemplando sus resultados, se encuentra Trinidad.

«Y pensar que quería mandarlos a tu casa. Me has salvado».

—Casi arruinas mi plan, mujer. ¿Que te has vuelto loca?

—Ibas a morir ahí dentro, Rosalba. ¿A qué pueblo le sirve una santa de dos días?

—¿Cómo lo hiciste? —recuerda las sombras. Recuerda cómo caían con la facilidad de una hoja frente al otoño. Cualquier cosa que hubiera hecho era igual de extraterrena que su habilidad de escupir alacranes vivos. Y asesinos.

—Todos los hombres son iguales. Todos los hombres merecen morir por igual —exclama, evitando su pregunta—. Los maté con mi dolor, Rosalba.

«Los maté con el dolor que dejó el rastro del abandono de Emilio. Lo tenía todo tan seguro a su lado, pero fue una mentira. Una mentira que creí desde el principio hasta el desgraciado final».

—Como sea que haya sido —acepta—, te debo una.

—No me importan tus promesas. Mándalos quemar. Entiérralos. Pero no dejes que se sepa nuestro secreto.

—Tú descuida.

Sin embargo, eso será imposible.

Porque Irina ha sido conducida hasta ahí.

Hasta la casa donde Rosalba de los Delirios ha mantenido cautiva a Yesenia.

Lo ha visto todo. Cómo se derramaban en cadena de su boca los alacranes. Cómo Trinidad absorbía las vidas de los hombres con tan solo un beso. Cómo mataban con suma facilidad y dejaban el perfume de la muerte detrás en el viento detenido de Palo Blanco.

«La mataría aquí mismo. Si no fuera por su extraño poder. Porque no basta con esta furia que me nace dentro. Debo planearlo. Yesenia está aquí. Secuestrada».

Hace su retirada. Por ahora.

Porque cuando vuelva se llevará todo el infierno con ella.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El primer deseo de una de las Marías fuera de aquella casa es que una bruja les lea la fortuna. «Tenemos que saber qué nos depara la vida a partir de aquí. Ya somos libres, pero la vida es más que libertad». A pesar del tiempo aún no pueden creer aquel milagro de Irina. «¿Qué clase de magia salió de sus manos?». Claramente, una magia que les había salvado la vida por triplicado. La vibración que emergió de sus manos, la restauración de las heridas de su hermana como si el accidente nunca hubiera existido, la decisión en sus ojos... todo era tan antinatural y milagroso al igual que el hecho de su huida.

El dinero obtenido de las arcas de su padre, según sus cuentas, les durará máximo tres meses en la capital. «Hemos resistido los trabajos más duros en el pueblo. Seguro resistiremos aquí». Cargar cubetas en sus cabezas, ordeñar, partir leña, destazar animales desde corderos a venados. «Nos adaptaremos a esta ciudad como nos adaptamos a aquel pueblo; como fieras».

La ubicación de la bruja la consiguieron gracias a una mujer de la vecindad que por doquier ponía veladoras, hasta para invocar la lluvia. «Aquí no se da eso de llover mucho, por eso hay que ponerle velas a los santitos». Cuando llegan al recinto sienten que una parte de Palo Blanco se instaló dentro de esas paredes. Las llamas dentro de los cráneos, las hierbas que cuelgan del techo, las mariquitas, los alacranes y las cabezas de ciervos.

—Queremos saber nuestro destino. Las tres somos hermanas. Nos acabamos de...

—No hace falta decir nada más —la interrumpe—: las cartas están echadas. Me dicen que les deparan unos años de prosperidad, lejos de todo aquello que les hizo daño. Sin embargo, cuando esos años luminosos se hayan acabado, tendrán que regresar para proteger la vida de su hermano. —Las tres dejan escapar un grito ahogado—. Aquel pueblo nunca tendrá salvación, me dicen. Oh, no. La noche será larga para cada alma de allá. El mal no podrá ser desterrado. El fuego los reclamará. Y la tierra también, con sus tumbas abiertas. Los cuervos tendrán toda su razón al presagiar lo peor. Pero ustedes han huido y lo han hecho bien, de no ser por la sangre que siempre las reclamará a su lado. *La sangre llama a la sangre.*

—¿Nuestro hermano está en peligro?

—Sí, Norberto siempre lo ha estado y ustedes no se han dado cuenta. Su

alma está tan vulnerada, que ha abierto muchas puertas por donde muchos espíritus se pueden colar para hacerle daño. Para manejarlo. Hay una magia tan poderosa a su alrededor que si no se controla puede ser incluso poseída por los destructores de ese pueblo. Palo Blanco, así se llama, ¿no? Pues tiene razón su nombre, porque solo quedarán cenizas blancas cuando todo se haya esfumado.

Como un último acto desesperado por aquellas palabras catastróficas mi cielo se agrietó y dejó escapar mi llanto. Los árboles de fuego se apagaron por un momento, los pozos se llenaron y las montañas rojas parecieron de papel arrugado. Las ranas ocultaron su croar. Los cuervos graznaron con una letanía de augurios dos veces más tristes. Los alacranes de Rosalba la Santa de los Delirios dejaron de jugar con sus tenazas y los coralillos sintieron repulsión de su veneno. Porque incluso las bestias más nimias sintieron la muerte.

Fue una mañana borrascosa cuando Eloísa de los Castellanos recibió una carta alarmante. Anunciaba que tenían en su poder a Yesenia y que si la quería de vuelta necesitaban las escrituras de la finca. Eloísa no se lo pensó dos veces. Hora y lugar: al atardecer del día siguiente a las faldas del río. A pesar de la ausencia de Emilio, Eloísa tenía el poder de firmar en su lugar y entregar la propiedad. Por sus hijas era capaz de eso y más.

Pero en esa mañana, la confesión de Irina le arranca el alma por la sorpresa.

—Mamá, yo sé dónde está Yesenia. Es Rosalba la loca de los Delirios quien la tiene presa en su casa. Sigue en su inconsciencia. Yo la vi, anoche mismo.

—Hija, qué cosas dices. Tu hermana desapareció.

—No, mamá. Está en esa casa. Te lo juro —dice haciendo la señal sagrada—, y si es mentira, podrás castigarme como castigaba Benito a las Marías.

—Irina, quisiera creerte, pero por más que intento buscarle la lógica, no puedo. ¿Por qué la tendría Rosalba?

—Porque esa mujer es capaz de cualquier artimaña con tal de tener en su poder a medio pueblo. ¡Te juro que yo la vi con mis propios ojos!

«Quiere el poder de medio pueblo empezando por esta finca».

—Yo misma iré en cuanto baje un poco la lluvia —dice. Al escuchar su decisión, a Irina el arroz con leche que come por fin le sabe a dulce. Deja

de contener el aliento y se alivia. «Por fin la tendremos de nuevo, pero ¿cómo despertará?». Existe un solo ser que le puede responder eso... Pero a un precio invaluable.

—Te abrimos las puertas de la finca para tus maquinaciones contra el cacique, te seguimos tus absurdas tetras y creímos que a partir de tu ansiado poder nos traerías paz, ¿y así me pagas? ¿Manipulándome para que te ceda mi finca en intercambio por mi hija?

—Eloísa, cariño, no entiendo tus palabras. La ausencia de tu hija te está afectando. Aquí no está, puedes revisar si es lo que quieres.

—Mi hija me dijo que aquí se encuentra. Me la voy a llevar ahora mismo.

El fuerte aguacero no fue capaz de detener a Eloísa ni con sus granizos, mucho menos los escuálidos brazos de Rosalba. Entra como una bala en sus aposentos. Registra cada espacio de esa casa como un vendaval incontenible. «La encontraré así tenga que volar esta casa en pedazos». No puede detenerse en ningún segundo. Incluso omite su sospecha. Omite el peligro.

Omite que Rosalba puede escupir el alacrán que le arranque la vida.

Si no fuera, claro, por la incertidumbre de si Eloísa ya ha firmado esos papeles que le conceden la finca.

Eso es lo único que detiene a Rosalba de cometer su crimen. No sabe si son los alacranes que pugnan por salir o la ira que se le acumula como una bola de lumbre en la garganta. La detesta. Detestó desde el principio la pulcritud de sus hijas y de su matrimonio. Su aristocracia. Su aura de emperatriz francesa que aplastaba la fealdad de sus ángulos. Ese desprecio, se juró, pronto se convertiría en venganza.

«No la encuentro. Irina me juró que aquí la encontraría. ¿En qué clase de escondite inaccesible está?». Está a punto de darse por vencida a raíz de la desesperación y de la soledad que desprende la casa de Rosalba por sí misma.

De no ser por Irina.

—Se te dan muy bien los escondites —pronuncia contra la oscuridad. Un relámpago le cruza por su silueta—, pero yo soy mejor con los laberintos.

Acto seguido, abre una de las puertas secretas de su despacho que da a una recámara. El cuerpo inerte de Yesenia las espera con una respiración tan acompasada que cuesta creer su fatalidad. Hasta parece que puede abrir los ojos en cualquier momento.

—Esta me la pagarás —amenaza Eloísa a Rosalba. «Aunque en realidad ya van dos: cuando te burlaste de mi dolor con tu música de viento y ésta».

—Tenía mucho miedo de lo que pudiera hacerle usted al no comprender su situación. Yo la estaba protegiendo.

—¡Por todos los Santos! La única que puede saber lo mejor para su hija, es su madre, no una mujer yerma como tú.

El silencio se abre como una brecha infernal y estrepitosa. Se ha abierto la tierra entre ellas y ha surgido un muro de espinas.

—Nos vamos de aquí. Irina, ayúdame a cargarla.

Lo que sea que aquella hada le haya susurrado a la niña, ha funcionado de maravilla. Su hermana está con ellas. El chasquido de las piedras había solucionado su desaparición como fruto de un milagro. Se pregunta cuál será el siguiente paso. Qué hará nacer el segundo chasquido. Cuál será su nuevo poder.

Se lo pregunta ahora con emoción, pero cuando se lo diga esta noche el niño pálido, no podrá soportar el horror.

Al llegar a la casa, una cuadrilla de trabajadores las intercepta.

—¿Es la joven Yesenia? —preguntan al unísono.

—La tenía cautiva Rosalba de los Delirios. Quiero que incendien su casa y se muera entre las llamas ahora mismo.

—Señora, no haga algo de lo que pueda arrepentirse. Menos ahora que...

—¿Ahora qué? ¿Qué ha pasado?

—Hija, ¿por qué mejor no se va a jugar en la lluvia con los demás niños?

—En cualquier otro día normal Eloísa hubiera objetado que Irina jugara en la lluvia, pero en este día, no. «No quiero que sea testigo de otra fechoría».

—Ve, Irina. Nosotros nos encargaremos de aquí en adelante.

La niña acepta. La lluvia es lo que necesita, justamente, para tratar de olvidar la malicia detrás de esos ojos almendrados de Rosalba. «Cuando llueve siento que por un momento la tierra se detiene y el cielo nos recuerda que sigue ahí para nosotros. Incluso siento que él, mi amigo pálido, está conmigo». Desea convencerse de que esa lluvia representa todas esas bondades... pero lo sabe muy dentro: esta lluvia es un mal agujero, un ave maldita que transporta la peor noticia de todas.

Que su padre está muerto.

Que lo ha escupido la misma tierra que se lo tragó.

No necesita que nadie le diga una sola palabra cuando ya ha abandonado su casa. Va en busca del niño pálido, el único que podrá comprender su vacío. El único que la puede sanar.

—Lo encontramos dentro de un pozo de piedra, flotando.

Hacía mucho tiempo que no reconocía su cuerpo en ninguno de los sentidos, pero verlo así la desgarró. «Nada tenía que pasar así. Y, sin embargo, pasó. No tuvimos tiempo ni de despedirnos. Olvidé incluso su rostro después de tantas ausencias, pero este dolor no será tan fácil de arrancar». Siente que su vida se la han arrancado de cuajo. Que los días que siguen solo serán una prolongación de un dolor agudo, claustrofóbico y despiadado. Que todo cambiará y no cambiará nada al mismo tiempo. Porque el dolor es un monstruo que engulle de un bocado las almas, los días y las ilusiones.

«¿Y si yo le deseé esta muerte porque ya no me amaba? ¿Y si fue mi reclamo el que lo consumió? ¿Por qué no pude darle la razón necesaria para que se quedara a mi lado?».

Pero no bastaba con preguntas —no bastaba ni con certezas—. El dolor ahí estaba. Como el inicio del final. De un final que se sentía en cada segundo de sus días anteriores y que, ahora, por fin, abría sus garras para llevarla consigo.

—Todo ha sido dolor —exclama Irina— desde que llegamos. Parece que para que mi hermana pudiera aparecer mi padre tendría que desaparecer. Maldigo esta justicia. No se le puede llamar así.

—Necesitas tiempo para curarte, pequeña. Los dos lo necesitamos. La vida es así, lo aprenderás a su paso. Todos caminamos sobre un cementerio de cráneos que nos sostienen bajo tierra para que podamos seguir caminando. Así es ahora y así lo ha sido por siglos.

—Eso no me consuela —rebate—. No necesito tiempo, ni creo que el tiempo lo cure. Lo que quiero es la certeza de que esta guerra sin sentido acabará pronto.

—Me temo que no. Las puertas se me han abierto por fin, pequeña, y lo que se esconde detrás es horroroso. Tengo por fin el conocimiento de lo que pasó con tu hermana y de lo que pasará no solo con ella, sino con todo el pueblo.

—Cuéntame sobre mí —propone ella, valiente, como si no se pudiera romper más.

—No lo has comprendido desde que te lo dije. Te dije que yo sería tu llave. Y así será porque de todas las personas a las que les conozco el destino, tú eres de las pocas con el final feliz.

CAPÍTULO VEINTE

—Ahora que tienes ese acceso, ¿me podrás decir cómo rescatar a mi hermana?

—Es lo que sospechábamos, pequeña. Está atrapada en una cárcel que va más allá de los propios odios humanos y bestiales. Está atrapada en una cárcel de una magia casi superior e incomprensible que la está usando para sus fines... Lo peor es que ella accedió, y mientras haya aceptado su cautiverio, no hay nada por hacer.

—Puedo convencerla, si tan solo pudiera hablar con ella...

—Eso es imposible. Incluso tiene cerrados sus oídos; está enclaustrada en su misión.

—¿Quién la ha reclutado? —dice, exaltándose—. ¿Alguien como *tú*?

—No, princesa. En absoluto. Ella decidió acercarse a la oscuridad como tú decidiste acercarte a la luz. De súbito, la oscuridad se aprovechó de su pureza y la engulló.

—No me importa lo que haya hecho. Ya no. Lo que quiero saber es cómo despertarla.

—Si no quieres que la oscuridad la continúe aprisionando, solo hay una cosa por hacer —exclama—: acabar con la oscuridad.

A la mañana siguiente Irina despierta con la esperanza de que todas las pesadillas han sido solo un sueño fugaz. Que la maldad rondando por el pueblo sea una actuación y no una fuerza maligna de todos los días. No obstante, recuerda las palabras del niño pálido. Si quiere vencer la oscuridad tiene que acercársele con el poder suficiente para no convertirse en ella ni sucumbir a sus tentaciones.

Justo cuando trata de sacudirse esos pensamientos, su madre entra casi llorando a su habitación. Si pudiera ver su alma vería un mantel deshilachado o una lluvia triste.

—Hija, tenemos que hablar.

—¿Le ha pasado algo a Yesenia? ¿Ha despertado?

—No, no es a ella a quien le ha pasado algo, sino a tu padre. Mi amor, tienes que ser muy fuerte de aquí en adelante.

Irina se cubre sus oídos en su intento de exiliarse de este mundo plagado de sufrimiento.

—Se nos adelantó, pequeña. Hoy lo velaremos.

Quisiera poder estar en la situación del niño pálido: descansar en un estanque manso mientras los siglos de la civilización avanzan, ciega al dolor que ese mismo avance ocasiona. Quisiera bajar una sábana del cielo para así protegerse de la devastación alrededor. Quisiera extenderse por la nada igual que una gaviota, con un corazón tan pequeño en el que solo cupiera la brisa del mar y no los pesares.

«Este no es ninguna especie de final feliz como me lo prometió el niño pálido. Es una catástrofe cruel contra la poca calma que tenemos».

—Tu nana te vestirá —dice, con sus ojos colmados de lágrimas— para darle el último adiós.

—No, no quiero —responde. Su mamá la abraza con las pocas fuerzas que le quedan—. No quiero despedirme.

—Nadie quisiera, mi amor, pero es parte del dolor y también parte del amor que nos dejó. Podemos despedirnos de él en esta vida, y sentir que nos ha dejado para siempre, pero nunca olvidemos que nos dejó un pedazo de amor con sus actos y ese amor siempre irá con nosotras como el mismo aire que respiramos. Yo no dudo de que tú lo harás siempre, pequeña, porque siempre he visto nuestro amor encarnado en ti, así que a donde sea que vayas, lo llevarás contigo. Júramelo.

—Te lo juro. —Sus palabras brincan de lágrima en lágrima. Se sumen en un abrazo que se traga los segundos, las horas e, incluso, la inmensidad del pesar. «Quizá su amor siempre sea mi final feliz y lo único que me espere en el camino», piensa, antes de dormir de nuevo y de desear con más ahínco que toda la vida sea un sueño, un mal sueño, fácil de olvidar.

El sacerdote que las bautizó aquella vez es el mismo que oficia la misa de su padre. Dice una serie de letanías imposibles de concebir para Irina. «Ojalá el bautizo hubiera iluminado nuestras vidas, pero no fue así. A partir de entonces hemos sufrido una maldición que ni yo sé a qué se debe». ¿Cómo encontrar las palabras para despedirse así de pronto? No lo sabe ni cuando está al lado de la caja. Ve la herida de su mano derecha apenas disimulada por el maquillaje y nota la monstruosa marea de dolor que aún se aferra a él. «¿Cómo despedirse si una parte de mí siempre te seguirá?». Decide darle un abrazo de silencio porque, después de todo, decirle algo sería aceptar su

despedida. Y no es así. «Aquí nada se despide por siempre».

Pero está, una vez más, equivocada.

En la noche del entierro de Emilio de los Castellanos el pueblo entero le rinde sus ofrendas. No es por el hecho de haber sido uno de los primeros señores en morir, sino por el respeto nato que toda la familia despertaba por igual. Incluso está Omar en el velorio, preguntando afectuosamente por Irina. Trinidad también se presenta, con su presencia igual que una traición blanca que nadie intuye pero que está pronta a revelarse. Rosalba la Santa de los Delirios no hace acto de presencia, pero envía ramos gigantescos de alcatraces. Irina ve desolada cómo su madre se sostiene por inercia y siente en su pecho la voraz injusticia de que Yesenia no pudo despedirse de su papá. «Quién sabe si pueda algún día despedirse de nosotras». La caja descende llevándose los miles de fragmentos de las almas de las dos mujeres que lo adoraron en vida —y los de la mujer que lo deseó en un fuego vivo, también.

Palo Blanco no volvería a ser el mismo después de esto.

No volvería a ser el mismo porque esta muerte despierta la consciencia de la fugacidad vital de cada habitante. El cuerpo sepultado de Emilio es la viva prueba de que una maldad suprema se cierne sobre ellos, imposible de detener. Esta vez le tocó a él sentirla. Esta vez le tocó a él ser devorado. Pero a la siguiente podría ser una legión entera de hombres engullida en un solo segundo.

Y eso angustiaba.

Porque Palo Blanco —yo— siempre había sido la nada. Tan inhóspito que ni la muerte me visitaba.

Hasta ahora.

«Rosalba tiene que pagar lo que nos hizo —piensa Irina—; no merece que me manche de sangre por ella, así que lo pagará con lo que más teme: la soledad». Por ello, la niña con toda la malicia del mundo deja notas en la puerta de su casa. Notas que dicen declaratorias de amor falsas como: «Eres mi santa de amor en el panteón de mis delirios». La ilusiona —lo nota en cada suspiro que le dedica a su amante inventado en los atardeceres— lo suficiente para desquiciarla. «Un día empezará a morir de amor y yo estaré ahí para verla».

Cuando Yesenia escuchó las palabras del Rey Cuervo diciéndole que su

objetivo en esa vida ya estaba cumplido se imaginó cualquier cosa menos ser una guardiana de la sanidad.

—Dormirás por un tiempo —le dijo— mientras todo se acomoda en el mundo del que fuiste parte, pero pronto despertarás con una misión mayor por cumplir. Te ganarás el respeto y las exequias de tus superiores si lo logras.

A ella no le importaba nada de eso, sino volver. Decirle a su hermana y a su madre unas breves palabras de despedida, al menos.

—Tu otro *yo* viajará a la jaula donde se encuentra una mujer inocente. La deberás hacer volver al lugar de donde jamás debió irse.

—Tú me prometiste que volaría.

—Lo harás, pero no ahora. El mundo que los dos queremos salvar te necesita, Yesenia. También necesita a la mujer que vas a liberar.

—¿Qué ganaríamos con ella? ¿Acaso yo no soy suficiente?

—Nadie dijo eso, niña. Necesitamos todas las almas que se puedan para vencer el cataclismo que se avecina. Nadie duda de ti, mucho menos cuando has vencido a una bestia mil veces más grande y maligna que tú. Ahora bien, viajarás a ese lugar y te quedarás ahí el tiempo que se requiera hasta fraguar un plan de escape. Contarán conmigo y todos mis cuervos para ello cuando llegue el momento.

«Cuando llegue el momento» era la frase que más intranquilizaba a Yesenia. La odiaba porque no sabía cuánto esperar.

—Está bien, viajaré cuando tú lo pidas.

El Rey Cuervo envolvió su frágil alma entre sus alas y la transportó como si la fuera a dejar en el mismo escenario de su nacimiento. Por un momento, la niña sintió la paz. Por otro, la completa oscuridad. Y luego, nada.

—Yo te conozco de algún lado... de algún lado que me he aferrado a olvidar y que no he podido —le confiesa Linda.

—¿No te gustaría regresar a ese lugar? ¿Al lugar donde me conociste?

—Creo que estoy mejor aquí.

—Hay gente que te espera en aquel lugar. —Lo dice con una seguridad que ella misma se espanta.

—¿Quién?

—Todo el pueblo... incluyéndome.

—¿Quién eres? —La pregunta suena más bien a un *¿qué eres?*

—Mis papás me encerraron aquí porque no dejaba de hablar con los cuervos —dice, enderezando la conversación—. El pueblo me mataba del

aburrimiento y esa fue mi excusa, mi diversión. Pero ambas volveremos, no sé cuándo, pero lo haremos. Nos necesitan... Tú más que nadie me necesita aquí. Te ayudaré a mantener la cordura. Luego, escaparemos.

—¿Cómo estás tan segura de que lo lograremos? Por Dios, eres casi una niña.

—Una niña con muchos cuervos a su alcance —asegura—. Ellos nos harán el favor, por no decir el milagro, de irnos de aquí.

—¿Y qué nos espera? Al menos a mí, nada. Ni un marido, ni un hijo, ni una familia. A la familia la olvidé, al hijo lo perdí y el marido se deshizo de mí. No me queda nada.

—Por lo menos tendrás el aire puro del pueblo, la libertad de ir a donde quieras, y, lo más importante, la oportunidad de vengarte de ese ser despiadado y de limpiar tu imagen ahora que todo el pueblo está seguro de lo que pasó y de quién te arrebató a tu hijo. Ya no serás *la loca de Palo Blanco* jamás. Volverás a ser Linda, la mujer de las abejas, o lo que se te ocurra.

Una sonrisa maliciosa aparece en los labios pálidos de la mujer. Ese poder de convencimiento es de otro mundo, así como sus deseos de poner de una vez por todas el dolor en su lugar.

Después de la muerte de su padre el entrenamiento con el niño pálido se intensificó. «Haré cualquier sacrificio con tal de que mi madre esté lejos del peligro. Pelearé con los lobos, dormiré con las hormigas, caminaré con los toros, pero nadie que quiera será arrancada de mí una vez más».

—Esta mañana percibí el aura de tu hermana —le dice el niño pálido—. Su presencia solo se nota como la página de un libro gigantesco... Noté su presencia apenas como un destello puro y resignado.

—¿Cuánto le hace falta para venir de nuevo a este mundo?

—Aún lo desconozco, pero presiento que ese movimiento es un ondular de su conciencia, una manifestación de un plano que corre paralelo al de nosotros.

—Se está manifestando en otra realidad.

—Y no solo eso; también lo está cambiando. Si es capaz de cambiarlo lo suficiente, será capaz de llegar a este mundo como tú lo deseas.

Irina no cabe de la emoción. Tenerla de vuelta suena a un sueño lejano pero cálido.

—Sin embargo, las visiones me han alertado de un peligro inminente, pequeña. Es momento de un sacrificio. No, no temas —dice al notar su

sobresalto—. Te sanará, ahora que lo necesitas tanto.

«Por más que entrene, por más que me quiera convencer de mi coraje y de mis fuerzas, nada será suficiente porque no se le puede poner marcha a la sanación del corazón».

—¿Qué me puede sanar? ¿Qué puedo hacer para detener esa marcha que viste?

Se abre un silencio macabro entre ambos. Los ojos de Irina se cubren de una pátina de piedad y devoción.

—Deberás entregarme diez años —pronuncia—. Deberás entregarme diez años o toda la historia de Palo Blanco llegará a su final pasadas dos noches.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Recuerda el terror. La sangre helada. Su respiración corriendo a mil por hora y aun así su cuerpo paralizado por la severidad del sacrificio. «¿Qué es el tiempo para una niña? Nada, salvo cuando de ello depende el fin de todo un pueblo y cuando eso conlleva un sueño de diez años».

—¿Es eso lo que está en la sangre de nuestra familia como una clase de maldición? ¿Dormir por años? ¿Qué pasará con mamá?

—Pequeña, deja que te explique. Lo de tu hermana me dio una idea. Existirás en su plano terrenal, pero aquí, en esta cueva, dormirás por diez años. Estarás protegida. Nadie te interrumpirá, pero allá —dice como si se tratara de una distancia insalvable— habrá una Irina que vivirá como un fantasma por ese tiempo.

—No lo entiendo. ¿Qué clase de solución te dará que sacrifique diez años de mi vida?

—Fácil —responde—. Los humanos no son carne y hueso; son tiempo. Ese es el tesoro más fuerte que tienen en su haber y lo que mis dioses más valoran. Me juraron protección a cambio de ese tiempo, pequeña.

—Lo haré —jura—, tienes mis diez años.

Algo dentro de ella se rompe. ¿Y si no puede ser consciente del cariño de su madre durante esos largos años? ¿Qué se sentirá estar *duplicada*? Lo que se sienta, la valentía puede más que todo. Irina muere de ganas por abrazar el mundo entero y que todos estén a salvo de la devastación, de tanto dolor que, para su desdicha, ella conoció demasiado pronto.

«Tienes mis diez años», le suelta al viento. Y el viento se transforma en huracán.

Norberto decide que seguirá fingiendo a pesar de su milagro. «Así, paralítico, al menos me siento más libre de la furia de mi padre». ¿Cuánto tiempo soportará haciendo ese papel? Piensa en la doble vida que ha llevado Chana todo este tiempo y el poco esfuerzo que le toma. Él también puede hacerlo. *Preso de día, pájaro de noche*. «Todas las ataduras de mi existencia se han desvanecido. Y aunque parezca que volví al mismo lugar, la verdad no es así. He caído, pero he aprendido a volar en mi descenso. Tuve un desplome de fuego que me liberó».

Qué ave será por las noches es todavía una incógnita, pero el hecho de que ya puede hacerlo —de que no es solo una ilusión— lo conmociona. Una vez que su madre lo ha dejado en la cama, como es costumbre, no soporta las ansias por cerrar los ojos y tocar el cielo.

—¿Pasa algo, mamá Josefa? —le pregunta al notar su mirada distinta.

—No, hijo —responde. Muy dentro de sus entrañas ella sospecha su secreto. «Este no es mi hijo. Lo han cambiado».

Dentro de sus sueños y del cielo que prueba, sigue siendo Palo Blanco. Con sus ojos de águila rastrea mis aguas mansas que relucen como zafiros, las copas misteriosas de los árboles y las estrías que se abren en la tierra roja como coralillos. Se posa en la rama de un eucalipto y desde ahí lo contempla todo. La noche en que Palo Blanco cambió.

Hay una niña, al parecer, hablando contra la pared. No; con el suelo. Es una niña que conoce en su otra conciencia. En esta no. Está sollozando en esa cueva y su eco es desgarrador. A pesar de que es una emoción que no puede comprender del todo, su humanidad todavía fresca la resiente. La niña se inclina ante lo que sea con lo que está hablando.

Y ahí es cuando explota el mundo en un millón de astillas amarillas.

DIEZ AÑOS DESPUÉS

Miles de revoluciones de sol. Flores arrancadas, flores muertas, flores renacidas. Aguas embravecidas, arrastrando cadáveres y trayendo vida en sus incesantes corrientes. Árboles albergando nidos. Pozos suscitando el olvido. Montañas rojas con aspecto de volcanes llorando. Casas inhalando y exhalando dolores. Rencores viejos, rencores nuevos, rencores siempre.

El viento manso transformándose en un huracán y después, nada.

El pueblo entero despertando después de un sueño profundo. Más que profundo; milenario. Pero odiando lo mismo. Ya los mismos.

Pasiones que no se aplacan ni con el paso del tiempo. Horrores del pasado traídos a la memoria una y otra vez. Venganzas que se juran. Otras que se cumplen.

Girasoles esperando un sol verdadero.

Las mismas lápidas. Las mismas tumbas esperando como boquetes vivos las llegadas de nuevos muertos.

Un silencio que desgarrar la cal de las paredes. Cuervos que anuncian nuevas fatalidades. Metamorfosis en cuerpos gastados de tanto tiempo. La misma nada de siempre.

—Rosalba la Santa de los Delirios el otra vez nos contó que volviste a cometer el mismo pecado de hace años, cuando apenas se conocían, fíjate —le confiesa una mujer en el Mercado Comunal—. Dijo que tú le habías quitado el marido a Eloísa y que él no pudo con la culpa y que por eso se mató.

—Rosalba no se cansa de inventar embustes —dice.

—Pues a nosotras nos pareció muy convencida.

—Así no pasaron las cosas —sentencia. Acto seguido, se retira del lugar, intentando olvidar ese veneno donde siempre está Rosalba y viceversa.

Esa era la última vez que las mujeres verían con vida a Trinidad.

«Por un centenario, estas mujeres pueden hacer lo que les ordene y más», se dice Irina. Aún recuerda las huellas en la mano de su padre, a carne viva. El paso de los años no puede robarle la venganza que juró en su mismo ataúd. «Quien sea que te haya hecho esto, lo pagará». Inmediatamente lo supo. Fue una reminiscencia directa a cuando estaba en la casa de Rosalba de los Delirios y la mujer besaba a los hombres, quienes caían inmediatamente muertos con una huella igual en sus labios. «La mataré. Morirá como el despojo que es: abandonada y rodeada por el mismo reflejo de su decrepitud». Ordenó a una mujer valerosa a que colgara espejos por toda la casa de Trinidad y que, acto seguido, la dejara encerrada en su propia casa. «Puedes darle un brebaje para dejarla dormida. El efecto para cuando despierte será

mayor». La mujer dijo que no haría falta nada de eso, que ella sabía con precisión a qué hora lavaba junto al río y que la encerraría con todos los espejos adentro en cuanto entrara.

De modo que ahí está Trinidad, angustiada y muerta del horror que le supone el encierro. También la soledad. ¿Qué es una mujer sola contra la maldad del mundo? En todos los espejos observa su expresión de absoluto pavor y el miedo que le da volverse loca. Piensa romperlos, pero eso no soluciona nada. Agrandando su miedo en cada esquirla. No puede soportarlo. Es como si en cada espejo viera un reflejo diferente con un pecado cada uno. El pecado por traicionar la confianza de Eloísa y manchar el pulcro amor de su pulcro matrimonio. El pecado por huir con otro amor indebido. El pecado por no saber mantenerse alejada de las pasiones dañinas. El pecado por haber destruido a una familia entera. Pisa las sábanas y la colada diaria que acaba de lavar. Se acerca a uno de los espejos.

Y se da el beso mortal.

Cae de inmediato al suelo de sus trizas, muerta, y su alma desprendida se confunde al verse multiplicada. Se vería a ella misma y a sus pecados por la eternidad.

«Puedes hacer mudanzas, pero nunca te liberarás de la maldad que siempre traes contigo». Esa era la frase que a Irina de los Castellanos le hubiese gustado grabarse para recordarla siempre, pero el paso de los años que ella misma concedió la orilló a olvidarla. Ya no era una niña con el cabello negro a la altura de los hombros con piernas de garza. Ahora era una joven mujer adicta a los caballos y a las apuestas peligrosas. Había olvidado sus libros de fantasía. Había cambiado sus páginas amarillas por el olor a la pólvora. Cazar era su segunda actividad favorita. Diez nahuales estaban en su lista de asesinatos, aunque, claro, no estaba consciente de su naturaleza. Si lo hubiera estado, hubiera matado a más.

—Me encargué de retirar los espejos para que nadie se diera cuenta —le informó la mujer después—, la mujer estaba súpita.

«Muerta, querrás decir. La mujer estaba muerta». Irina le dio el pago, no sin antes amenazarla. «Con este centenario también pago tu silencio. Hablas de más y yo misma te corto la lengua y se la doy de comer a las gallinas». La mujer se fue, asintiendo, mientras le rezaba devotamente.

La jaula de anti—amor autoimpuesta por Norberto se vino abajo cuando lo

vio en el río, un par de años atrás. Unos ojos del color de la miel le devolvieron la mirada. Y a partir de entonces él sintió que cualquier secreto podría estar bien resguardado si se lo contaba. Había pureza, fervor y lealtad en su aura. No se necesitaba ser un nahual para saberlo.

—¿Quieres nadar? —le preguntó en aquel momento. Norberto, como si acabara de ver el tesoro más cuantioso del mundo, no respondió, aunque se moría de ganas de hacerlo. Volvió dentro de un día y la pregunta fue la misma. La respuesta, no.

—Sí, sí quiero —le gritó, y su voz traspasó el agua y la movió y la volvió a poner en su lugar.

Se sostuvo poniendo sus manos en sus hombros —musculados, hirviendo por los rayos del sol y tentadores—. Esquivaba su mirada. Si la encontraba así de cerca podía morir de combustión instantánea ahí mismo. «¿Es el agua del río lo que siento o es mi sudor?», pensaba siempre.

—¿Eres de por aquí? —le preguntó a su pecho.

En ese momento se agradeció haber recorrido tanto trecho porque ese espacio del río era inhóspito y así nadie podía ver su rubor.

—Me acabo de mudar hace unos días —contestó él, todavía firme.

—Oh, es que los chicos de aquí no entran al agua completamente desnudos —lo reprimió.

—¿A quién le importan los demás?

—Tienes razón —le contestó sonrojándose más—. A mí tampoco me importa.

Y comenzó a desvestirse. El espacio entre ellos era un refugio en medio de un universo sangrante. Días después le confesó la verdad. Le dijo que podía caminar, pero que no lo hacía por temor a su padre, quien de seguro al saberlo lo consideraría una anomalía de orden mayor. Y él le respondió con una confesión también: era un nahual.

—El palpito me llamó a este lugar. Ahora sé que ese palpito no se refería solamente a eso, sino también a ti.

Bebieron de sus labios la vida más inocente del mundo. Sus labios eran cántaros con luz vertida en lugar de carne y piel. Sus venas eran imanes que atraían calor, calma y un veneno dulce. El contacto era abrasador; destruía el mundo alrededor y lo volvía a armar. ¿Qué otra magia podría resultar así de *inverosímil* y *restauradora* al mismo tiempo? Amarse quemaba y curaba y los hacía volar sin necesidad de un *salto*. Amarse los hacía sentir ubicados en los planes de un mundo azaroso, no errantes. Por fin, después de tantos años de

tormentos sentía que en esos segundos había llegado la paz.

Hasta que una cazadora le arrebató la vida a su alma gemela y su grito partió al mundo en dos.

No habría secretos resguardados jamás.

No habría calor ni veranos en la piel, salvo desolación.

Y hierros al rojo vivo contra su espalda al enterarse su padre de la aberración. «Te marcaré para que tú mismo veas tu pecado y quien te quiera profanar se espante de ti», le había dicho Benito.

En cambio, lo más doloroso no fue eso. Norberto no sintió ningún dolor en absoluto cuando la piel se le arrancaba en jirones. Todas las fuerzas del dolor se las había llevado él. Su mitad perdida.

«Cuando mis superiores me revelen quién disparó esa bala, nadie tendrá piedad».

Irina, o su proyección —no importaba en este caso porque eran lo mismo—, tenía sus días contados.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Después de las revoluciones de sol que siguieron a su trágico castigo, una enfermedad devastó al padre de Norberto: la enfermedad del olvido. Poco a poco fue olvidando hasta sus mismos pecados justo como su hijo quería olvidar su dolor. Fue olvidando el rostro de su esposa Josefa, el nombre del pueblo, el nombre de sus hijas y el nombre de Norberto junto con todo lo que les había hecho. Fue olvidando las catástrofes que me habían sacudido, las historias que él mismo contaba y los accidentes que habían forjado su camino y su nombre con letras de hierro y sangre. Olvidaba como si una mano maligna hubiera esculcado los cajones de su memoria para despojarlas enteras hasta dejar huecos que fingía llenar viendo las puestas de sol en su mecedora.

—Ayúdame a morir.

Esas fueron sus únicas palabras cuando recordó cómo hablar. A Norberto le dio un escalofrío al no saber si sentir alivio o tristeza. «Siento que toda la vida se me está yendo». Recordó cómo hace años Chana, con quien no compartía ningún lazo de sangre, lo había ayudado a saltar. Y ahora su padre le pedía que lo ayudara a eso mismo, a saltar, solo que a un lugar sin retorno. Si el dolor de aquellos días —y el rencor— estuvieran presentes, sin duda lo hubiera matado ahí mismo... Pero hasta ahora ya había pasado un buen tiempo en que Norberto buscaba reconciliarse con la vida. Esa petición no ayudaba en absoluto.

Lo meditó por tres días y tres noches. A pesar de todo, le dolía. Le dolía verlo como un saco de huesos que veía pasar la vida sin poderla comprender. «Él ya ha muerto —se decía—. Él murió cuando murió su último recuerdo». Estaba paralizado en aquella noche. Sus ojos mirando a la nada. Se había decidido. Si esa era su última voluntad, más valía cumplirla. «Yo no tengo el temple en mi corazón para verlo agonizar así». A pesar de toda la crueldad de su crianza, nunca pudo asimilarla. Nunca fue capaz de hacerla parte de sí mismo. Pero ahora lo necesitaba. La frialdad en su sangre y en su pulso. La decisión.

Lo hizo cuando estaba durmiendo. Colocó la almohada sobre su rostro y sofocó su vida. Era difícil de creer que tantos años de rencor e impiedad se apagarán de pronto con una almohada en medio de la madrugada en su rostro —en el rostro del ser más implacable del mundo—. «Esta es la única cosa que

he podido cumplirte entre tantas que me encomendaste». Quiso romper a llorar por esa vida propia que se le desgajaba a cada segundo. ¿De qué servía volar si el cielo siempre estaba gris? Todo acto de amor era solo eso: una mota de polvo contra un huracán que lo engullía de súbito. Quería llorar por la partida de su padre y por su inesperado final. Pero no le podía entregar ni las lágrimas. Porque había alguien que se las había llevado todas. Se había llevado corazón, piel, dolor y lágrimas. «Quizá yo también esté así como padre, como un cadáver andante a quien la vida le resulta ajena». Al final, ni ese pensamiento le hizo llorar.

Dos semanas después del funeral de Benito Salvatierra Palo Blanco se teñiría de sangre una vez más. «Hice un esfuerzo sobrehumano por prolongar la poca paz que tuvo mi vida y todo se vino abajo. Esto no puede seguir sucediendo». Fue un cuervo quien le contó lo que había visto en la madrugada de la muerte de su mitad perdida.

—Fue la hija de los Castellanos —le confesó—, la misma que acabará con la vida de medio pueblo si nadie le pone un alto.

Además de la infinita resistencia al pesar que le dejó su padre, también le dejó un arsenal. Tenía todo para detener a la destructora de su paz. Ella respondería con su propia vida —un ajuste adecuado, pensaba—, para equilibrar tantas pérdidas provocadas por su sed de destrucción. «No existe otra manera de detener esto, salvo con el pacto de la sangre».

Hacía casi diez años que el patriarca de las Castellanos había muerto. ¿Qué clase de hechos bestiales le habrían ocurrido a Irina para transformarla en ese monstruo? A Norberto se le hacía extraño que por esa época todo el pueblo hubiese estado alarmado por la presencia de un gavián diabólico y ahora los diablos eran ellos, los humanos. «Y ahora yo me transformaré en uno antes de que ellos me devoren». Un golpe de gracia podría acabar con todo, eso era inminente.

No si él atacaba primero.

Tenía algo más letal que una escopeta; el rencor.

El tiempo se escurrió como agua hasta que llegó la otra madrugada.

Llega la madrugada con su clásico silencio cubriéndolo todo como un segundo cielo. El silencio es tan secreto que cualquier sonido se puede rastrear —como si la noche fuera una fiera dormida propensa a despertarse—. Llega la madrugada avivando los rencores malditos. Irina, presa de una sed

inexplicable e inconsciente de tocar la sangre cálida de algún animal, tiene su arma en ristre para disparar en cualquier momento. La noche se le hace hasta poética para tal fin. Las estrellas titilan en el cielo de metal oscuro desprendiendo una luz que le sirve como guía para adivinar las siluetas detrás de la maleza.

Norberto la observa en la distancia. La joven está a punto de cometer otro acto atroz. De no ser por la pantera del Séquito de Chana. «Tan oscura como la noche. Ni el humano con los ojos más agudos podrá vislumbrarla». No, Irina no lo hace. No logra captar sus pasos porque está concentrada en algo más... El bocado es mortal. La bestia muerde su pierna y coloca sus garras en sus omóplatos, inmovilizándola. El dolor es tan fuerte y real que Irina cree que ha muerto ya. Que la han mordido un millón de coralillos y que el peso sobre ella es el de su alma desprendiéndose.

—Suficiente —oye una voz de fondo, una voz que ha escuchado hace mucho tiempo—, de aquí en adelante me encargo yo.

Siente el cañón de la escopeta caliente como una fiebre hambrienta sobre su cuello.

—Despiértate —le ordena— quiero que veas mi rostro antes de que te vayas para siempre. El rostro de quien le arrebataste toda la luz de sus días. Había un alma dentro del animal que cazaste una vez —dice, trayendo consigo el dolor como una herida abierta—; un alma que yo amaba. Te la llevaste de esta tierra y ahora yo te llevaré a ti.

—Yo no maté a nadie —alcanza a articular—, solo estaba guardando el equilibrio.

—¿Qué dices?

—Así como tú lo hiciste matando a tu padre.

El terror paraliza a ambos. El frío de la noche se instala en su piel como si acabaran a entrar a un río de hielo.

—Llevaba años pensando que mi padre sería quien me lo iba a arrancar y fuiste tú, al final, quien se lo llevó. Pagarás por eso.

Levanta el arma e Irina piensa por un momento que se ha salvado. Que Norberto ha acabado con su furia. Pero no. Norberto levanta el arma a medio metro de su frente y dispara.

Linda y Yesenia por fin escapan del sanatorio después de casi diez años. Después de casi diez años en que la joven, según ella, había tragado las pastillas en su lugar. «Yo me tomaré las pastillas por ti, así no te harán daño».

A mí nada puede hacerme daño porque soy solo un sueño, quiso decir. Después de casi diez años de ayudarle a resistir. «Vendrá el día prometido en que el sol se alzará y podrás salir de aquí. Todo tu dolor apenas será un recuerdo cuando ese día llegue».

Dicho y hecho. Los cuervos llegaron en ese día prometido. Llegaron portando el fuego que consumió el sanatorio desde los cimientos. En medio de ese caos ocurrió su escape. Los cuervos formaron una espesa cortina imposible de ser atravesada para ocultar su ruta. Las dos salieron del lugar en llamas, extasiadas de felicidad. «No puedo creer que haya funcionado —decía Linda mientras se apeaba a un caballo desperdigado por los montes—; somos libres al fin». Con esas mismas ansias de libertad cabalgaron hasta Palo Blanco. Los recuerdos volvieron a Linda como cascadas. Los árboles como arañas gigantes de los cerros rojos. Los colibríes de flor en flor entre las pitayas y los tabachines. El frescor de ríos lejanos. La inmensidad del cielo como una sábana deslavada al alcance de sus dedos.

—Hasta aquí puedo acompañarte —le dice Yesenia. El trayecto ha sido tan breve y a la vez tan largo por el sueño de libertad que significó, pero en cuanto escucha esas palabras, Linda siente demasiada desolación.

—¿Me vas a dejar sola? —La niña esquiva su mirada.

—Yo debo irme porque debo despertar en otro lugar y nadie debe verme. Pronto lo comprenderás. Tú sigue.

—No puedo seguir sin ti. Hemos estado juntas tanto tiempo...

—Allá nos reuniremos, confía en mí.

Linda asiente. Sigue su camino. La chica se desvanece.

Norberto levanta el arma a medio metro de su frente y dispara. La noche se fractura en millones de astillas y las estrellas caen antes de que la oscuridad engulla al mundo entero. Es una lluvia de caos y metralla. De paz y eternidad y muerte. De final. La respiración de todas las almas se pausa. Puedo ver el tiempo detenido como si a la tierra le costara seguir su curso. Puedo ver a las luciérnagas detenidas en su último latido de luz. Las aguas de los ríos y arroyos detenidas en su último recorrido pacífico. El canto de los grillos pausado con cada nota desintegrándose. Y, en cambio, el rencor latiendo como una bestia encerrada en su jaula rompiendo los barrotes. La vida de Irina suspendida en un espacio del tiempo desconocido.

La bala no le da a ella.

Ella no está.

El estallido reanuda al mundo, pero la sangre no se derrama.

Porque Irina ha cumplido la tregua de los diez años. Y despierta en el lugar donde todo comenzó: en la cueva del niño pálido.

Una respiración entrecortada, buscando inhalar bocanadas de luz. Siente que surge de un mar oscuro sin nada por alma salvo maldad y sangre de cuervos. Despierta del sueño con el sabor de una maldición en sus labios.

—¿Qué he hecho en esos diez años que no siento mi antigua bondad? — pregunta, aunque no está segura de si está aún el niño pálido.

—Equilibrar el mundo —contesta él.

—¿A qué precio?

—Quitándole bestialidad.

Irina sigue ahogada. Como si unas garras le apretaran el cuello hasta instalarse en sus entrañas para asirla con más fuerza. El aire le resulta ajeno.

—No recuerdo nada.

—No hay necesidad de recordar —le dice—. Fue un viaje muy largo. Ahora deberás descansar. No ha sido nada fácil.

—Tienes razón. —Irina se mira las manos. Le resultan ajenas. La misma tierra que pisa le resulta de otro mundo. «He tocado la maldad y ya no queda ni rastro de mí». A pesar de no recordar ningún episodio, siente que algo la carcome por dentro y eso debe ser nada más y nada menos que la carga de muchos pecados. «¿A quién dejé entrar durante mi sueño?»—. No ha sido nada fácil para mí. Dudo que después de esto algo vuelva a ser fácil.

—¡Estás aquí, princesa! Te has sacrificado y los dioses te pagarán como es debido. Todo lo tendrás a tus pies.

—Lo único que quiero es tenerme a mí. Y a mi hermana y a mi madre. ¿Dónde están ellas?

—Ellas están bien —sentencia—. Incluso tu hermana ya ha despertado. Lo que te aguarda, pequeña, vale cualquier sueño —promete—. Las piedras que te di de regalo también han dormido contigo y el poder que despertarán una vez vuelvan a estar en tus manos hará temblar al mundo entero.

—Pero se supone que lo vamos a salvar.

—Pequeña, este mundo ya no tiene salvación. Lo vas a renacer. Un mundo nuevo brotará y tú estarás a mi lado para gobernarlo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando el final se siente en cada poro del ambiente, los restos que quedan no tardan en anunciarse, en especial a Josefa de los Salvatierra. Es su último tejido. Un lienzo igual de grande que todo el territorio de Palo Blanco, una tela que bien podría cubrir los cuerpos de todos los que me han habitado. Como un acto de rutina —sin estar para nada consciente— Josefa teje la historia del pueblo. Teje con sus hilos multicolores el primer eclipse de su historia. También al gavilán desafiante volando como una lumbre oscura, dominante. Teje las aguas revueltas del río que se les reveló. Teje un resplandor rojizo entre los cerros, asomando como quien avisa una tragedia. Teje una bandada de cuervos sobre el cielo, sobre los árboles y colgando de los ojos de una mujer pelirroja. Teje a una niña dormida y una mujer avanzada en años con la cabellera plateada transformándose en una loba. Teje a un niño de piel transparente y venas color turquesa. Teje a una niña con dos piedras mágicas en el centro de sus manos. Teje el cabello infinito de Linda de los Matamoros con abejas enredándose en él. Teje a una mujer con coralillos en lugar de labios. Teje a los niños raquíuticos de los Flores respirando la energía del mundo. Y también a su hijo y a sus tres hijas sobrevolando las montañas en un carro de fuego. Teje hasta que las manos se le evaporan en un dulce sueño —un sueño que le advierte el tejido final para terminar el laberinto de pasiones de Palo Blanco.

—Me dijiste que después de estos diez años todo cambiaría y yo lo veo igual —dice Irina, casi escupiendo fuego—. He hecho todos los sacrificios que me has pedido sin obtener yo nada a cambio.

—Irina, la magia que te espera vale cualquier precio y todos los años. La humanidad nunca en su historia la ha depositado en nadie, salvo en ti, porque eres la única humana con la pureza necesaria para sostenerla y proyectarla.

—¿Despertar hadas que saben lo mismo que tú? ¿Ese es el poder?

—Eso fue hace diez años, pequeña, cuando no estábamos listos para abrirles las puertas de nuestras almas... pero ahora, con el pago que tú hiciste, podrás despertar lo inimaginable. Como a tu hermana, por ejemplo. Rompiste su prisión. Pudiste contra una magia negra que ni los poderes más arcanos podrían.

—No creo que lo haya hecho yo —objeta. Sus manos tiemblan por la desesperación—. Siento que estoy dentro de un juego sin pies ni cabeza.

—Irina, eso era lo que yo sentía. ¿Tú sabes cuántos siglos he vagado de cuerpo en cuerpo hasta encontrarme contigo, con alguien que me diera su esperanza? Muchísimos. Más de lo que los números de ustedes los mortales pudieran contar. Mi alma ha sido una viajera en búsqueda de esperanza, de una esperanza que solo he encontrado en ti y a cada segundo estoy más convencido de que lo lograremos. Lograremos salvar este pueblo y después el mundo.

¿Qué ha sido esta historia para Irina sino eso? La salvación de su mundo interno. Una sanación. Una sucesión de actos de fe que le han dicho que no todo está perdido. Y también un acto eterno de amor.

—Pensé que cuando pasaran diez años *esto* iba a desaparecer.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a esta paz... pensé que iba a despertar lejos de aquí, de este santuario que me ha hecho sentir tan feliz y... plena. También temí estar lejos de ti. Me pregunto qué habría sido de mí si eso hubiera pasado. Y la respuesta es que seguiría errante, sin un rumbo fijo porque mi rumbo siempre has sido tú.

Se inclina para besarlo. Todo su paroxismo se calma como un océano en paz. Tiene los labios más tersos del universo. Una caricia de cielo. Ahí también siente que han pasado diez años; no, cien. Inmensas oleadas de tiempo y de calor y de refugio. «He perdido a mi padre. Casi pierdo a mi hermana. A ti nunca te perderé ni por un segundo. Cruzaré los eones que tú me pidas si siempre estamos juntos. Porque tú prometiste ser mi llave y yo seré tus alas a donde sea que quieras ir».

Eloísa en esta tarde de tormenta de polvo recuerda cómo empezaron sus días de vidente. Diez años llevaba ya con ese oficio. Lo hacía para evadir su soledad y conocer destinos diferentes al de ella: un destino marcado siempre por la tragedia y el abandono. «¿Qué sería de mí sin mis tragedias? Hasta me atrevo a pensar que me dieron nuevos ojos para ver el porvenir de estas pobres personas que tampoco pueden escapar de sus prisiones». Al leerles su destino eso era lo que sentía: una clase de consuelo hacia sus propias ansias de cambiar su presente sabiendo su imposibilidad. Sus visiones empezaron con pequeños destellos que pronto fueron transformándose en imágenes reales como el tiempo del día siguiente, la cantidad de huevos que pondrían las gallinas, las caras de las personas que visitarían la finca... Fue progresando a

medida que la soledad se hacía más intensa. Irina se la pasaba fuera de casa, Yesenia era cuidada por las criadas y ella no tenía absolutamente nada por hacer salvo vigilar los movimientos que le daba el contador.

—Ha llevado muy bien las riendas de la finca después de... del deceso de su señor esposo —le dijo una vez. Eloísa sonrió por el cumplido.

—Lo hago todo en su honor —respondió, aunque no era la verdad. En realidad de su esposo ya se había despedido desde hace mucho tiempo atrás. Ya no hacía nada en su honor porque no le gustaba ser una sombra de su memoria, de aquello que le prometió ser y hacer y no cumplió.

De modo que su fama como vidente se fue propagando por los confines del pueblo y allende. Numerosas personas hacían filas eternas para que les leyera la mano y les ayudara a saber cosas mundanas que ellos sentían como las más decisivas del mundo.

Fue feliz por ese tiempo. Le hacía muy feliz poder conocer otros recodos de la vida diferentes a la mortalidad de su rutina. Le gustaba dar esperanza cuando un augurio resultaba favorecedor. Pero la desgarró, después de diez años, una visión insoportable y dolorosa sobre el futuro de ella y de sus hijas. «No puede ser que el poco amor que me queda también me sea arrebatado». Al final, ¿para qué servía ver el destino si no se era capaz de alterarlo? Ninguna de sus visiones había resultado falsa —según le decía su clientela— y ésta le había quitado hasta el aliento. Si se cumplía, de nada habría valido la pena. Ninguno de sus dolores ni angustias. Nada de sus delirios por recuperar el amor perdido. Ningún sacrificio por sus hijas. Ninguna pelea por recuperar la honra. Ni aquella descarnada emboscada de la que formó parte. «Qué difícil es creer que todo puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Lo que un día pensé eterno puede que sea efímero como la brisa».

—¿Esta es la finca de los Castellanos? —dice un hombre, interrumpiendo sus pensamientos. Eloísa se ahoga antes de responder.

—Sí, esta es la finca de los Castellanos.

«Es exactamente igual al hombre de las visiones». Eloísa trata de recobrar su entereza de antaño y pensar con la cabeza fría. En ningún sentido podría contra un hombre así de corpulento y fiero, como un toro hecho persona. «Viene a darme muerte. Quiere venganza por todo lo que mi marido le quitó».

—No está ninguna de sus hijas cerca, ¿verdad?

—No —responde ella—. Cualquier cosa que quiera hacerme, hágalo

rápido.

Espera para que el sujeto saque un arma e inmediatamente le dé muerte, pero no sucede. Aprovecha la consternación del hombre y se adelanta a defender su vida. Saca de un cajón unas tijeras plateadas y las lanza en un último acto de supervivencia. El tiempo se congela. Ella cierra los ojos cuando de pronto escucha el sonido de la sangre manando del cuello del asesino. Una vez caído en el suelo, Eloísa no puede contener su horror. Su garganta macabra intenta decirle algo, a pesar de estar abierta como el sobre de una carta y *palpitando*.

—Quería una lectura de cartas —dice al fin, dejando soltar la vida.

«Estas visiones me están volviendo loca. Me he equivocado rematadamente. Pero cualquiera que hubiera visto lo que yo vi hubiera hecho lo mismo con cualquier ser viviente que se le acercase». Ahí estaba el fin de Eloísa de los Castellanos —Josefa la tejería después en la forma de una mujer que tira cadáveres a los pozos—: confiar demasiado en las visiones y nada en las oportunidades que le daba la vida para volver a ser feliz.

—Dime qué es lo que ves —le dice el Rey Cuervo a Yesenia en su sueño eterno.

—Veo mi casa, pero no es la misma de mis recuerdos. Está oscura, como deshabitada y llena de maleza como aquella ocasión en que llegamos por primera vez. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué está así?

—Pronto lo sabrás. Porque tu otro viaje ya ha terminado. Has rescatado a un alma que es decisiva para la lucha final de esta historia. Y ahora podrás regresar, como te he prometido, pequeña.

—¿Qué pasará cuando lo haga?

—Seguirás con tu vida normal, o, mejor dicho, con la poca normalidad de tu vida humana.

—Pero los seguiré viendo, ¿verdad?

—Cuando una mujer cuervo se convierte a las sombras como tú, jamás abandonará su imperio.

Yesenia se reconforta. Recuerda las veces en que la llevaron a pasear con sus vastas alas de avión sobre territorios de ensueño. Podría estar encerrada en ese sueño, pero el espectáculo era como un sueño dentro de otro y por ello era capaz de soportarlo todo. Porque en su otra vida su sueño siempre había sido volar. Y en ese espacio donde solo estaba ella con sus cuervos sentía cumplido ese anhelo, con las nubes rozándole las mejillas y la

tierra bajo sus pies, tan milagrosa como desde los tiempos de su creación. La sobrevolaba, sintiéndola en cada uno de sus sentidos. Pero la contemplación tenía un precio: hacerla consciente de lo que tenía que salvar. La vida de Palo Blanco —mi vida— tenía los segundos contados. Así que esos vuelos sobre los confines del mundo servían para trazarle la cartografía de aquello que debía salvar a toda costa. «La recompensa después de tu logro serán las alas. No nos necesitarás a nosotros en absoluto; tú volarás. Y tendrás el germen de la vida contigo. A donde sea que vuelas harás nacer la vida cuando llegue el fin de los tiempos».

—Gracias por este sueño —le dice al Rey Cuervo. A pesar de la dureza de su entrenamiento, Yesenia no tiene salvo palabras de devoción a su sagrada piedad—. Fue más de lo que podría imaginar.

«Solo fue un refugio temporal para prepararte mientras todo tu alrededor se desmoronaba», piensa él.

—Fuiste una buena guerrera todo este tiempo —confiesa su cuidador con su voz enigmática de siempre—. Ahora te pregunto, ¿estás preparada para la batalla más importante que te espera allá afuera?

—Por supuesto. Juro honrar todo lo que he aprendido aquí. Juro no repetir aquel error cuando matamos al gavián. Cuando salga de este sueño, los enemigos se harán cenizas.

El Rey Cuervo la acobija con sus alas y, con un último pálpito, la devuelve a la luz de su vida.

Irina se siente *prolongada* tras ese beso. Tanto tiempo había pasado y la intensidad por besarle seguía siendo abrasadora. Le quemaba las entrañas hasta ese contacto en que todo en su cuerpo se sintió atemperado y en completa paz.

Podría pasar que ese acontecimiento fuera la única paz conocida y el único final feliz de su existencia, pero valía hasta el más doloroso de los sacrificios y la más inclemente de las esperas.

—Temía alejarte si lo hubiera hecho yo. Temía quemarme al sentir una emoción tan humana, pero no pasó en absoluto —confiesa él—. Me hiciste sentir *vital* en más de un sentido.

Así era: el beso le había sabido a *tiempo* y a piedad. Tantos milenios en su piel, tanta aridez de un mundo en llamas, tenían su olvido en los labios rosas de Irina.

—Lucharé por repetirlo —promete ella—. En esta o entra vida si es

que fallo, tendremos al mundo en nuestras manos.

El mundo en sus manos era posible. Aunque solo fuera una vana ilusión o una pausa efímera. Lo que en verdad la perseguía eran los dolores de una casa que por los eones sabrían cómo reclamarla.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Para sobrevivir diez años en Palo Blanco, muchos habitantes tuvieron que hacer sus sacrificios y alianzas. Rosalba la Santa de los Delirios, para empezar, tuvo que sostener su estatus de deidad ayudando al desarrollo del pueblo. Jugó un papel muy importante en su relativa prosperidad, pues antes de todo estaba su palabra y ésta no se podía poner en entredicho. Hizo todo lo posible por que las cosechas dieran los frutos esperados —un logro más propio del niño pálido que de ella—, por vigilar la economía de las arcas de oro del antes cacique, por cuidar la salud de los infantes instándolos a vacunarse y por ser implacable con las sanciones a quien delinquiera. «Perdí a mis hijos por ese motivo. No me tocaré el corazón si incluso yo misma tengo que decapitar a un delincuente que more por aquí», había mencionado en una ocasión. Rosalba pensaba que con prolongar su mandato hasta el día de su muerte sería suficiente para vivir en paz. Pero la verdad era muy distinta.

—Perderás todo lo que hoy en día tienes por un error de tu pasado que te persigue. Perderás incluso el pueblo de donde vienes.

«Trinidad tiene algo que ver con esto», pensó. Desde aquella huida de años atrás Trinidad había aniquilado al marido de Rosalba, de eso no tenía la más mínima duda. Se lo había arrebatado para siempre con su hechizo maligno —un hechizo que desconocía—. Según la versión de Trinidad, fue su marido quien había intentado raptarla y después abusar de ella. Acto seguido, ella intentó defenderse —jamás reveló cómo— y el resultado fue aterrador. No porque fuera su primera víctima, sino por la potencia de su gracia. Le había quemado el corazón. En un descuido del abusador ella besó su pecho y su maleficio le traspasó la carne hasta reducir su corazón en cenizas.

«No me arrepiento de nada —pensaría después—, al final de cuentas, hice una buena acción al liberar a Rosalba de esa bestia. Claro, si no fuera por la insistencia de esa mujer de permanecer junto a hombres equivocados».

Rosalba de los Delirios trataría de convencerse después de esa sesión que la vidente estaba equivocada. Que nadie le podría destruir su castillo de arena, ni siquiera la mujer que se había llevado a su marido a la tumba.

«Yo gobernaré ese lugar aunque me cueste llorar sangre». Pasaron los

años y nada irregular se le presentó. El pueblo latía con la misma vida de siempre. También ella lo hacía, renunciando a sus pasiones. Su último amor fue Julián. No tenía noticias de él hasta la fecha. Con él se habían ido sus ansias y sus pasiones. Lo había amado con tanta intensidad hasta quemar los recursos de su corazón. Su voluntad se fue con él. «Ya no hay más amor salvo el que viví un día. Solo queda recordarlo para jamás revivirlo».

Esa fue una de las primeras estrategias de Rosalba para sobrevivir: saber aplacar el hambre del corazón.

Sin embargo, cuando sus días dorados acabaron, fue necesario recurrir a los favores de la muerte para volver a levantarse. Formó una alianza con Mónica de las Flores quien se dedicaba día y noche a la confección de vestidos de novia.

—Nos van a pagar bien por los encargos —le dijo—. Tú solo encárgate de hacerlos y yo pondré los demás.

Alacranes. Se refería a ellos. Muchas mujeres de la aristocracia capitalina que hervían de celos o clamaban por venganza le pagaban a Rosalba para que pusiera alacranes en sus vestidos de novia y así murieran. «Ese trabajito me gusta por dos cosas: uno, porque atentar contra el amor es mi medicina y dos, por el dinero que deja una mujer despechada». Rosalba de los Delirios nunca había amado más a sus crías. Mónica, gracias a sus aspiraciones de irse de ese pueblo algún día, diseñó y tejió tantos vestidos como pudo, hasta que los hilos, las agujas y la máquina de coser se convirtieron en una extensión de su cuerpo. Tenía su inmunidad al hambre como una ventaja importante, así que al final entregó los diez vestidos prometidos a Rosalba. «Tengo que pensar en mis hijos y en su futuro. Si para eso tengo que convertir mis manos en algodón, lo haré. Este lugar no tiene nada de futuro», era lo que pensaba Mónica sobre Palo Blanco y su destino. La única sensata, a decir verdad, porque a pesar de la cercanía de negocios con la santa protectora, no tenía ninguna esperanza de que algo cambiara con ella en un futuro próximo. «Este lugar necesitaba una escuela, no una iglesia y mucho menos un cementerio». Mónica recordó cómo Rosalba mandó construir una suntuosa tumba para ella —como si tuviera la fecha del día de su muerte— y las exuberancias de su decoración: letras de oro sobre mármol blanco. «Estoy haciendo negocios con una loca», pensaba, pero era la única alternativa en ese pueblo de hombres traicioneros y borrachos.

—No les vayas a decir por nada del mundo que yo hice estos vestidos —

le advirtió—. No vaya a ser que les pase algo a mis hijos o vengan hasta acá a hacernos daño.

—Eso no pasará —la tranquilizó—. Mis clientes son de extrema confianza. De aquí no saldrá tu nombre. Además, si llega a pasar eso, yo te doy mi vida. Dios guarde la hora.

Le dio la paga —mucho más de lo prometido— y se marchó campante. Rosalba, pensaba Mónica, era una mujer que siempre se mantenía a la altura de las circunstancias.

«Que Dios y los santos te acompañen, mujer, porque esto me huele a que no tendrá un buen final». No estaba muy equivocada.

Porque por azares del destino —de un destino muy macabro— aquellas piezas de su pasado que Rosalba de los Delirios había dejado desperdigadas pronto volverían a ella. No como una reconciliación. Tampoco como una tregua, ni como una promesa después de tanta espera. Sino como una muerte impía y catastrófica para una mujer que conocía demasiado bien esas condenas y aun así no se le antojaba escapar.

El aire está viciado y cuesta respirar. Desde aquel suceso Eloísa solo conoce la palabra *opresión*. La opresión en sus pulmones, en su pecho y en su vida. Las pesadillas tampoco la han abandonado. Es el mismo desenlace una y otra y otra vez. «Sangre, cuervos y lluvia de barro rojo. Si este no es el final no sé lo que será». Aunado a las visiones se encontraba el peso de la sangre del hombre que mató. Era un peso siniestro, aciago y monumental. «No sabía que la vida de alguien pesara tanto, pero más que eso, no sabía que una maldad así se podría superponer a mi instinto de supervivencia». *Ese hombre me matará* había dictado su mente con una insistencia mortal, instándola a labrar su desgracia como si ya estuviera planeado y no se pudiera escapar del designio. «Ahora cargaré con ese peso en mi conciencia. Un peso que me supera y me superará siempre».

Sin embargo, a pesar de la fatalidad que conllevó creer en esa visión, Eloísa no se resistió y decidió seguir con su negocio. «No sé si esto que me ha pasado es una venganza del destino porque lo desnudo y sé sus planes. Si es así, que es lo más seguro, no sé lo que me espera». *Sí, sí lo sabes* quise que mi viento le susurrara. *Sabes lo que pasará con cada alma de Palo Blanco, con tus hijas y contigo también. Sabes que ninguno de los rencores cobrados*

tendrá algún sentido en absoluto y que vivir en un laberinto de pasiones los conducirá a una salida oscura donde jamás verán la esperanza. Tampoco verán la calma si nunca se la han ganado, solo sentirán la gravedad de los dolores de una casa que no supieron aplacar en vida.

El primer instinto de Irina de los Castellanos es correr hacia su casa y ver a su hermana. ¿Cómo recordaba la ubicación? No lo sabía. Quizá los tabachines, los pericos y las tejas rojas la reclamaban como si nunca se hubieran despegado de su historia ni de su sueño durante esos largos diez años. «Puede que haya dormido y despertado como si nada, pero en el transcurso de esos años algo me dice que pasaron catástrofes o, si no, que están a punto de bullir». Irina se preguntaba a dónde había ido su proyección. Si solo se había esfumado con el viento o si se había fugado a un sueño eterno hacia una realidad incomprensible.

Al entrar en la finca, no sabe cómo actuar. No sabe —de momento— cuál fue la última pelea con su madre, si es que hubo una, ni el último disgusto ni el último delirio de la actriz que la interpretó por una década. «A partir de aquí cualquier movimiento puede delatarme. Andaré con pies de plomo, con tal de no permitir que todos nuestros planes se vengán abajo». ¿Cuánto tiempo quedaba para la salvación de Palo Blanco? Ni el niño pálido lo sabía, pero estaba claro que la maldad de la anunciación sabía bien cómo volar para precipitarse sobre el poblado para asestarle su furia y darle su final. «Necesitamos a todos los aliados posibles. Incluso a los que hemos odiado. Debemos hacer una tregua si es que queremos sobrevivir».

Toca el frío pomo de la puerta que da al cuarto de Yesenia y suspira. Por fin está a punto de cumplir el deseo que ha guiado sus pasos por tantos sacrificios y duelos con sus propias angustias. Suspira. Una. Dos. Tres veces más. Se pregunta a los cuántos suspiros por fin se puede alcanzar la paz.

Finalmente, entre todos los hombres, llega uno a ejecutar su venganza.

—Tu esposo, o un diablo de no sé qué legión se encargó de que la tierra se tragara por completo a mi familia. Me han dicho que está muerto, pero me vengaré con lo que dejó en esta vida. Primero contigo y después con tus hijas.

—Mi tiempo ha llegado, está claro, pero si quieres vengarte —dice ella con tono estoico— deberías hacerlo con la única mujer que amó en su vida. Nunca fui yo. Estarías matando a la mujer equivocada, a un espejismo que solo estuvo a su lado.

Los ojos del hombre están encendidos como brasas. No cree en lo más mínimo en sus palabras porque está cegado por la furia.

Dispara.

Eloísa se dobla tras el impacto de la bala. Toda la sangre le sale por los ojos y no por la herida. «Me llevaré esa visión a la tumba. De cualquier forma así terminaremos todos los condenados». La mujer espera que salgan mariposas negras por su cuerpo y se desintegre. Pero son sus ojos los que se encargan de cubrirla en un mar rojo.

Yesenia está débil pero sabe el peligro que se cierne tanto en el cielo como en la tierra. El disparo aviva su impulso por detener el tiempo y actuar. *Actuar matando*. Una sábana macabra de cuervos baja de las nubes grises.

Y atraviesan al hombre de cuajo.

La joven ve solo un charco de sangre, un páramo infinito y un pozo de piedra azul. La escena de la fatalidad. Y entonces pasa lo que nunca había pasado en sus trances. Que grita y escucha su grito. Las aves, movidas por su furia, rompen el aire como balas y dan de lleno contra el asesino. Le sacan los ojos, pican su piel hasta desollarlo y se comen su corazón como un festín.

Pero ya era demasiado tarde.

Eloísa había muerto.

Y la visión con ella.

Era la única que sabía qué pasaría con Palo Blanco. La única que podía alertarlos sobre lo que pasaría, sobre cómo pasaría y cómo podía detenerse el curso de la maldición.

Pero había pagado con el precio de la muerte un pecado que no le correspondía. Y lo peor era que jamás se podría volver a ver con Emilio de los Castellanos para ajustar cuentas porque su despedida había llegado hasta los confines del infierno y del paraíso.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Yesenia por un momento lo pensó. La idea de restarle sufrimiento a su hermana era lo único que importaba. «Ojalá yo me hubiera llevado todo el dolor de esta tragedia. Porque no hay sueño posible que nos hubiera podido preparar para esto». Eleva su súplica al cielo —invocando una oscuridad para que se lleve más oscuridad—. Son los únicos que pueden hacer posible esa anestesia al dolor de perder al único ser sagrado de sus vidas.

—Por favor, Rey, ¿te podrías llevar su cuerpo? ¿Podrías ocultarlo de esta tierra y guardarla en tus confines?

—Mi niña —dice a pesar de los años—, eso contradice sus leyes humanas.

—No importa. De cualquier modo, no existe otro ser humano que le pueda mostrar su dolor salvo nosotras y en estas circunstancias es mejor que mi otra hermana no se entere.

—Como usted desee —responde—, yo me haré cargo.

Aunque le cueste la vida, Yesenia se promete guardar el dolor para ella, ese dolor que podría sentir Irina si hubiera visto lo mismo que ella. «Llegué muy tarde, como siempre en mi vida. No estuve ahí para guardarla del peligro. Se la llevaron en frente de mis ojos y no pude detenerlo», pensaba. Se reprimía por el hecho de poseer ese don y aun así no poder detener el curso de las maldiciones que se cernían sobre ella, como si tuviera que pagar con ese contrapeso su poder. Sin embargo, le alegraba que el Rey Cuervo hubiera aceptado su súplica. Se llevó el cuerpo de su madre para evitar más dolor en esta dimensión. Los criados habían escuchado el disparo y se habían alertado —y se alertarían más cuando vieran el cuerpo sin piel ni corazón del asesino —, pero nunca sabrían la realidad del suceso. «No necesitamos más oscuridad. No ahora. Ambas necesitamos luchar. Y lo haremos con la sangre bien fría».

Irina gira el pomo que da al cuarto de Yesenia y la recibe una brisa fría, como si la habitación hubiese estado sumergida en un invierno infinito. «Ahora que lo recuerdo, a Yesenia siempre le ha gustado el frío. Hasta en eso somos opuestas».

—Yesenia, soy tu hermana —dice con una voz tranquila.

—¿Irina? —responde al fin con un sobresalto.

—Sí, no te espantes. Por fin estás aquí. Por fin estamos aquí.

—¿No lo has estado siempre?

La pregunta la toma por sorpresa.

—No, no realmente —sentencia—, yo estaba en un sueño. En un sueño de diez años. La que estaba en mi lugar era una *proyección*, una sombra, alguien que tomó mi lugar mientras yo entrenaba.

—A mí me pasó lo mismo... Yo... lamento no haberte creído cuando debí hacerlo. La última vez recuerdo que te ignoré cuando querías contarme algo porque sentí que mi misión era más importante que tú y... lo siento. Siempre ocurren catástrofes cuando estamos separadas y esta vez fue lo peor del mundo.

—No tienes por qué disculparte, Yesenia. Todos cometemos errores. Lo importante es cerrar ese ciclo para el que nos hemos preparado. Por cierto, ¿dónde está mamá?

—Se fue de viaje —miente—, tuvo que arreglar unas cosas.

«Como todas las personas que debían estar con nosotros por siempre... Todas se fueron a un viaje sin retorno, lejos de nosotras».

—Perfecto. Al menos estará fuera de peligro cuando toda esta locura se desencadene —dice Irina—. ¿Estás lista?

—Lista para cuando todo suceda, no lo sé, pero pienso que sí ha valido la pena el inmenso sueño en que me sumergí.

—¿Cómo fue?

—Mi sueño se trataba de volar, básicamente. Montaba cuervos gigantes y veía muchas escenas del mundo a través de sus diferentes tiempos. Aprendí a cruzar las puertas, digamos, del gran entramado que es su construcción y a moverme por los laberintos de su historia. Suena algo confuso, lo sé, pero también confío en que si aprendí eso es por algo. ¿Y el tuyo?

—Fue fugaz, aún no sé cómo sentirme —dice Irina—. El niño pálido fue quien me sugirió hacer el sacrificio de los diez años. Él es la encarnación de una magia ancestral que promete devolver a la tierra a su estado primitivo donde todo es vida y paz, y también a los seres humanos; puede devolverles su germen sagrado para que jamás estén manchados de maldad.

—Irina —la interrumpe Yesenia—, ¿qué tienes en las manos?

Fija su vista en ellas. Sí había sentido una clase extraña de magia, como una vibración latiendo en sus venas. Dos cicatrices escarlatas recorren a cada una. «¿Es ésta la clase de magia que dijo que me acompañaría

siempre?»).

—No lo sé —articula.

Hace diez años recuerda que fueron dos piedras las que la guiaron hasta Yesenia, hacia la misma casa de Rosalba de los Delirios... dos piedras arrancadas de los ojos de una virgen en lo profundo de las minas.

Y ahora están debajo de su piel.

—Creo que son dos piedras que rescaté hace mucho. Tienen la magia que te dije. Aunque ahora después de tantos años no sé lo que pueda ser capaz de despertar.

—Solo lo sabrás si lo intentas.

Irina acerca sus palmas con temor. «Aquella vez bastó con chocar dos piedras para invocar un hada. ¿Será igual después de diez años?». No es que la magia fuera diferente para ella, era que Irina se *sentía* diferente. Como si fuera una fuente de luz, un manantial de donde mana la pureza que necesitan las cosas para nacer. «Mi hermana puede montar cuervos gigantes y cruzar por los tiempos del mundo. Veré qué pasa con mi energía, si ella me transforma a mí o si yo la transformo a ella».

Un último vistazo a los ojos violeta de su hermana que la alientan y une sus palmas para detener el quiebre del mundo.

En el pasado, Rosalba de los Delirios tenía todo en su poder para despojar a los Salvatierra de sus pertenencias pero es hasta ahora, hasta la muerte de Benito, que llega para reclamar su derecho con papeles en mano.

Sin embargo, no es lo que espera encontrarse.

Norberto la recibe y no está en la misma condición de siempre. «La muerte de mi padre me liberó de mis ataduras en más de un sentido. Estoy listo para volar, ahora sí, después de tanto tiempo y de tanto dolor».

—Qué milagro encontrarla por aquí —le dice Norberto a una Rosalba en completo mutismo—. Si viene a dar sus condolencias se las puede ahorrar. No las necesitamos.

—Con toda la pena del mundo, pero la que necesita algo ahora mismo soy yo. Necesito que desalojen esta casa porque me pertenece. Me ha pertenecido todo este tiempo, solo que ahora la necesito para mis negocios. Aquí tienes los papeles por si gustas revisar.

—No necesito revisar nada —contesta Norberto con entereza— porque esos documentos son falsos. Yo mismo los puse en el lugar donde sabía que mis hermanas los iban a encontrar. Me extraña que haya venido hasta

ahora. Llegué a pensar que usted misma se había dado cuenta de la falsedad.

—Insolente —contesta Rosalba—. Ayudé a tus tres hermanas a escapar del yugo de su padre ¿y así me pagas? ¿Con una falsedad? La pagarás caro.

—Aquí nadie pagará nada —contesta la voz de Josefa en el fondo—. No puedes luchar contra alguien de tu misma sangre, Rosalba.

—¿Qué dice?

—Tú eres hija mía —sentencia, con una verdad tan transparente que le cala en los huesos—. Aunque no lo vayas a creer jamás, pero lo eres.

—Eso es una vil mentira.

—Pregúntale a Chana, la partera de antaño. Ella me ayudó a darte a luz, pero me mintió diciendo que habías muerto. Lo siento, pero por más grande que sea tu coraje con Norberto, no puedes hacerle daño.

—Claro que puedo. He sido engañada. Vilmente engañada por “mi propia sangre” y no me podré quedar de brazos cruzados. Nunca he sido así. ¿Por qué tendría que cambiar ahora?

—Déjame enseñarte la única lección que podré enseñarte en esta vida —dice Josefa—; no te dejes arrastrar por el rencor. Ese es un mal que carcome. Te quita los años, te quita la vida, te quita la belleza. Tú eres un alma buena por dentro y mereces buscarte lo mejor, mereces gastar tu tiempo en cosas buenas y no en la misma insistencia de esperar lo que no podrás tener. Hay un manojito de fortunas esperándote, pero si esperas lo incorrecto y te hace daño e insistes, sales perdiendo incluso antes de empezar.

Las palabras de Josefa se interrumpen. Está paralizada en su mecedora. Norberto da un grito de terror y acude a ella, sin lograr ni un ápice de movimiento. Se está transformando. Desde los pies empieza a cubrirla una corteza de barro hasta que su cuerpo es una estatua sin ningún vestigio de vida. Tantos años siendo una guerrera luchando las batallas de su propia casa para morir en su mecedora viendo el pueblo que le había arrancado el aliento tantas veces y de tantas formas. Como una santa que, de tanto conocer la tierra de donde proviene, al final de los días se convierte en ella.

Chana siente el susurro de mi viento —el mismo que todos los pueblerinos deberían escuchar, pero que solo su magia comprende—: *el fin de los tiempos está cada vez más cerca*. Chana con su sabiduría ancestral lo sabía más que nadie: «si queremos sobrevivir cada quien debe hacer un sacrificio y muchas almas valientes ya lo han hecho a los antiguos. Solo faltó yo». Costaba creer que el pueblo que los había alimentado, que los había visto crecer y luchar por

sus propias pasiones estaba al borde de la extinción. No por un temblor. No por un huracán. No por un volcán. Sino por la innata maldad humana. «Solo a los humanos se nos ocurre destruir lo que un día fue nuestro hogar... pero así pasa hasta con el amor; lo deshabitan y lo destruyen como si nunca hubiera sido sagrado. Así pasó con Rosalba a quien Julián la abandonó como un trapo sucio. Y me temo que así pasará siempre porque nunca aprenden».

—Chana, ¿a dónde va con ese bidón? ¿Necesita ayuda? —le pregunta Leno, su vecino.

—No, estoy bien. Voy a llenar unas lámparas —miente—. ¿Usted qué tanto escribe?

—Nada —le contesta—. Solo cosas para pasar el rato. ¿Esta noche cree que pueda estar libre para cenar juntos? —la invita.

—Sí, creo que sí estaré libre.

Estará libre, pero con una libertad que ningún mortal puede comprender. Ni siquiera Leno, el ser más comprensivo que ha conocido. «Por eso siempre he estado sola, porque cualquiera me quemaría por bruja. Lástima que esa invitación haya llegado tan tarde».

Se despiden. Chana sube la colina hasta donde hará su ritual. Las piedras, los troncos y las runas están en su lugar. Solo falta ella en el centro para que toda la magia se desprenda y se almacene en los cuerpos correctos. «Un sacrificio que hago con una entrega absoluta. Porque mi tiempo ha llegado a su fin, y se siente correcto y útil. Me iré de esta tierra condenada dándole esperanza a quienes sí merecen liberarse». Se rocía la gasolina como si se estuviera bañando a jicarazos. Siente igual que cuando se bañaba de chica en la lluvia con los demás niños. Se cruza de brazos sintiendo de nuevo la nostalgia aquella época inmaculada. «Imagínate que estás en las aguas del río, de ese río que nunca te abandonará». Con un último acto de voluntad enciende la cerilla. Las piedras del círculo se iluminan con la intensidad de la paz de las estrellas. Y, a pesar de que caminará por una ruta sin retorno, piensa en la recompensa que les deparará a los puros de corazón. Ese es el fuego que importa. Porque si hay vida esperando en otras puertas, vale la pena cruzar. «Es mi muerte, pero dejaré todas las almas en mi haber como hojas de un libro en blanco esperando pacientes para cuando todo llegue a su aparente fin. Esperarán por los valientes y por los sacrificados. Esperarán por las almas migrantes ávidas de magia y ávidas de ilusión. De la ilusión de que todo es un paso a un lugar mejor».

CAPÍTULO VEINTISÉIS

De súbito las personas menos esperadas fueron convertidas por la peste del barro, como se le conoció de ahí en adelante. Pereció Raquel, la mujer que nunca pudo traer un hijo al mundo por más que se cuidara de los eclipses. Pereció también un hijo de Mónica de las Flores y su dolor fue insoportable, tanto que muchos de los pueblerinos temieron más a sufrir un pesar así que a la misma peste. Nadie salía de sus casas por temor a que esa rara metamorfosis se contagiara por el viento. A pesar del calor del verano los ríos permanecían vacíos por temor a que las aguas los convirtieran ahí mismo y los diluyeran para siempre. «Al menos nos hubieran convertido en árboles, así no estaríamos muriéndonos de calor ni de ganas de entrar al río». Nadie sabía a qué correspondía esa maldición, pero después de diez años de aparente paz, era evidente que un peligro así los aguardaba. Cualquier alma que pisara Palo Blanco en esa época pensaría que el pueblo estaba desierto. No existía nada de niños jugando a plena luz del sol con sus resorterías, ni mujeres cargando cubetas de agua, ni hombres montando a caballo. Era la soledad, el abandono y el hastío. Las mujeres más fervientes prendieron veladoras hasta a las santas que ellas inventaban con el fin de que detuvieran la peste y la vida del pueblo volviera a su normalidad.

—Yo soy la única que puede condenar en Palo Blanco. Yo convertí a esa mujer por mentirosa y venenosa y a quien se interponga en mis planes le pasará lo mismo. Lo maldeciré hasta que su cuerpo entumezca. Hasta que sean estatuas de barro quebradizas. Rosalba la Santa de los Delirios se los ha advertido.

«Si no me juran obediencia por las buenas, será por las malas.»

—¿Y qué tuvo que hacer la inocente de Raquel para castigarla así?

Rosalba no tenía idea de la desdicha de Raquel, así que en un último segundo, repuso:

—Aquel que no traiga vida a este pueblo también será castigado. Así que traigan buenos hijos al mundo porque a este paso todos vamos a desaparecer.

Las mujeres se fueron más resignadas y más temerosas que nunca a sus casas. «Si eso es cierto —se dijeron— más nos vale no hacer enojar a Rosalba. En un arranque y hasta nos convierte en vapor si se le antoja». Con el

rencor que tenía desde la última vez que había visitado la casa de los Salvatierra, no le faltaban las ganas de convertir a medio mundo en aire o en cenizas o en la nada absoluta. No quería que nadie se enterara de esa humillación. «Por nada del mundo seré hija de los Salvatierra. Mejor hubiera nacido muerta como en realidad dijo aquella vieja. Mi sangre es sangre de nobles, no de mortales sin pena ni gloria». ¿Qué le quedaba por hacer mas que eso? Encerrarse de nuevo en la cárcel de sus negaciones, fingir una vida artificial que a todo el mundo le sonara gloriosa menos a ella.

Sin embargo, un día le llegó una carta de su amante del pasado —lo que le ayudó a solventar las penas—. Julián Salvatierra le anunciaba que vendría al rescate de su familia, a hacer crecer el negocio de la miel. Le dijo que haría famoso el nombre de su negocio y que todas las almas de la capital sabrían su nombre. También que había sobrevivido a todos los combates a los que lo habían mandado. «Yo en cuanto vi tu piel lo supe —pensó Rosalba—. Supe que eras imbatible. Ni mi encanto hizo que te rindieras». Que la recordara después de diez años a Rosalba le erizó la piel. Con eso era más que suficiente, pues si ella sobrevivía al olvido, de ahí en adelante podía sobrevivir a cualquier circunstancia. «Qué bueno que estés bien. Qué bueno que me recuerdes. Qué bueno que regreses ahora que las cosas están tan garrafales. Vendrás a ver mi reinado y te sentirás orgulloso de la reina que una vez amaste y que no te pudiste sacar de la cabeza».

De modo que para el día del retorno de Julián Matamoros Palo Blanco tenía que brillar como en su época dorada. Fue tanto el delirio de Rosalba que mandó instalar una feria. Ruedas de la fortuna que llegaban hasta las nubes carmines, algodones de azúcar, carruseles, carritos chocones, palomitas de caramelo, refrescos, tiros al blanco... Palo Blanco se llenó de una vitalidad tan esperanzadora que todos sus pesares se desvanecieron como si nunca hubieran existido. A todos se les olvidó la peste del barro por esos momentos y las desgracias de años atrás como el eclipse, las aguas revueltas y el gavián. La alegría volvió a aflorar en sus corazones y los colores volvieron a destellar entre todo el alborozo. La mujer mandó a que alguien se asentara en la entrada del pueblo y avisara cuando llegara Julián para darle una bienvenida inolvidable.

—¡Ya está llegando! —anunció—. ¡Todos a sus puestos!

Rosalba dio la orden y los fuegos pirotécnicos inundaron el cielo de Palo Blanco. El espectáculo era tan radiante que parecía que las estrellas habían explotado en un millón de colores, adornando el piélagos con estrías

luminosas y fascinantes. Julián admiró el espectáculo al bajarse de la camioneta.

Junto a su esposa.

Y su hijo.

—Te presento a mi mujer Rosalía —le dijo— y a mi hijo Manuel.

A Rosalba aquellos estallidos de fuegos artificiales le parecieron la anticipación de su corazón roto. A pesar de la brisa fresca sintió que le faltaba el aire y que jamás se iba a recuperar de esa humillación. La mujer no fue capaz ni de devolverle el saludo. Se recluyó en su casa, entre las paredes que conocían muy bien sus dolores y dejó que la noche la devorara como lo que era, lo que es y lo que sería siempre: una mujer incapaz de abrazar su soledad, arrojada a la catástrofe que siempre es no encontrar las mismas dosis de amor cuando se entrega todo el corazón. Y algo más: la esperanza de que el amor puede resucitar en quien pensó que la primera vez lo había entregado todo y ya no había nada por hacer.

Irina espera que el chasquido le explote las muñecas del dolor. Que una magia intensa la desmorone. O que la luz la absorba. Nada de eso pasa. Sí ocurre un estallido de luz inmenso que deja a ambas ciegas por un momento, pero nada que atente contra sus huesos ni su piel. Salvo la vibración; una vibración de que algo brota —como si fuera el fruto de un árbol que nace, madura y se desprende, todo en un segundo—. Yesenia la mira absorta y cuando visualiza a la criatura que nació de las manos de su hermana parpadea en su asombro.

—¿Qué acabas de hacer? —pregunta, pero más que una pregunta es una confirmación de su desconcierto.

—Yo nada, fueron mis manos.

«Mis manos y una magia milenaria que se instaló en mi cuerpo en un lapso de diez años».

—¡Cuánto tiempo sin vernos! —exclama la mantis—. La última vez te estábamos buscando —le dice a Yesenia—, qué bueno que ya estamos todas despiertas para lo que se avecina.

—Ojalá que lo que sea que nos espere no nos haga desear estar dormidas para siempre —sentencia Irina.

—Oh, niña, qué cosas dice. No, para nada. Mejor pensemos en el futuro y en las cosas maravillosas que les esperan una vez hayan cumplido con éxito sus encomiendas... Y hablando de futuro, no pueden verlo sin antes tener

certeza de su pasado. Es decir, lo que pasó durante el sueño de sus dos años.

—¿Cómo podremos saberlo?

—Fácil, conmigo. Ahora que estoy aquí les limpiaré el camino para que sepan cómo conducirse. ¿Están listas?

Yesenia le lanza una advertencia con la mirada. «No se te ocurra hablar de lo que pasó con madre si no quieres que venga un cuervo y te devore de un bocado». El hada parece entender, calmándola.

—Estamos listas —responde Irina.

—Pues bien, durante esos diez años pasaron muy pocas cosas dignas de trascendencia en este pueblo de ciegos. ¿Pueden creer que apenas hasta ahora Rosalba de los Delirios se haya enterado de que es una Salvatierra? Durante los diez años la pobre se había avocado a gobernar este pueblo y, aunque casi queda en las ruinas, se salvó matando gente. Específicamente, novias de alto rango sobre las que se cernían celos y envidias de años. Ya saben cómo son los humanos. Gracias a eso se restableció. Se restableció el pueblo, no ella, claro está, porque se quedó esperando un amor ficticio que le escribía cartas de amor y a otro que la había abandonado, un tal Julián Matamoros. Ya que hablamos de él, en su sueño Yesenia se proyectó al sanatorio donde el desatinado sujeto mandó encerrar a su esposa Linda. Yesenia ayudó a que esa inocente escapara para que por fin defendiera su dignidad y nos ayude en un futuro en la lucha final. Y tú, Irina, en tu proyección, que en este caso no era sustancial para nuestros planes, cometiste un error casi severo: dejaste entrar la oscuridad en una de tus puertas... Tu *otro yo* un día cobró la vida de un nahual mientras cazaba en la noche. En su vida de nahual no tendría mayor relevancia, pero en su vida humana era el amor de Norberto Salvatierra y eso le envenenó el alma. En tus últimos segundos de proyectada éste por poco te mataba, pero entonces bajó el velo y te pudiste salvar... Un segundo menos y tu vida podría haber acabado ahí, porque un eco así aunque fuera una simulación hubiera roto tu existencia y no hubieras despertado jamás. Bueno, no quiero atormentarlas más de lo que ya están, pero deben saber que lo poco que pasó puede tener un giro irremediable. Por ejemplo, las barbaridades de Rosalba atraerán a los malvados a la madriguera donde esconde todo el oro y también a los dañados con sus actos. Pronto darán con ella y lloverán como una tormenta de agua negra. También el alma atormentada de Norberto puede ser voraz para ambas si su ira no cesa. Y más ahora que su madre ha sido víctima de la peste del barro y que él mismo tuvo que darle muerte a su padre. Un alma así, vagando

por la eternidad con tanto dolor puede ser fatal tanto para él mismo como para los demás. Deben buscarlo, sobre todo porque es el único heredero de los conocimientos y la magia de Chana.

—¿Tú no la conoces? —la cuestiona Irina.

—Claro que lo hago, niña, pero nadie mejor que él que la vivió para transmitirles esos saberes. A lo que me refiero es que todos deben unirse en esta lucha por sobrevivir. La maldad que se cierne es tan fuerte que uno solo o una sola es insuficiente para plantarle cara.

—¿Qué podré hacer yo con dos piedras?

—No son las piedras las que son poderosas, sino tus manos, Irina. Puedes hacer con ellas hasta lo inimaginable. Me acabas de invocar a mí con solo unir las, ahora imagínate lo que puedes hacer si invocas fuerzas mayores. Y tú, Yesenia, tú recuerda que tienes a tu disposición a legiones enteras de cuervos dispuestos a dar la vida por ti si solo los llamas. Bueno, me tengo que retirar porque alguien vendrá a buscarlas en unos segundos. Espero haberles sido de ayuda.

Como una mota de polvo desaparece y la habitación queda sumida en el más perpetuo de los silencios. Acto seguido, Omar ve a las hermanas desde la penumbra.

—Vengo a ver a Yesenia —anuncia. Al ver a Irina lo recorre un nerviosismo—. Puedo venir más tarde si...

—No, pasa, justo te estaba esperando —contesta Irina.

A Omar se le hace un sueño que Yesenia haya despertado después de tanto tiempo y de tantas flores dejadas en el buró como muestra de afecto. Y a Yesenia se le hace otro sueño —tierno y abrasador— el hecho de que pueda notar su presencia de todos esos días en tan solo un segundo. Si nada puede detener la catástrofe, al menos que el amor los salve de morir, se dice mientras se entrega a un abrazo que le sana por dentro.

CAPÍTULO VEINTISIETE

A pesar del inevitable final Irina aún se aferra a la esperanza que le despierta la posibilidad de un mundo mejor al lado del niño pálido y los demás seres que ama. «No sé lo que nos aguarda. No sé si esta peste de barro es la verdadera amenaza. Tampoco sé cómo despedirme de esta vida si eso es lo que nos espera. ¿Y si nunca aprendí a volar como me lo enseñó él? ¿Cómo podré migrar si no logro despedirme de todo cuanto amé en este mundo?». Sí, a pesar de los diez años restados a su existencia, Irina amó muchas cosas. Amó los espacios de paz al lado de su hermana en este pueblo —a pesar de su odio hacia el lugar— jugando a la pilindrina en el atardecer. Amó los mimos de su madre y la atención de su padre y el amor que destellaban ellos cuando estaban juntos. Amó cada árbol con sus exuberancias y sus frutas de paraíso. Amó los resplandores que el río dirigía al cielo como si cada día fuera una intensa primavera y jamás tuviera final la alegría. Amó la conciliación que el niño pálido le regalaba con cada encuentro y sus promesas y sus crónicas de cómo era la tierra en su estado virgen —con cada una de sus palabras significando un viaje maravilloso que calmaba su furia—. Todo cuanto amó era finito, fugaz e irrecuperable, le dice la nostalgia en este atardecer. Todo cuanto amó puede desaparecer pero jamás la insistencia de revivir su magia. «Solo espero que cuando junte mis manos se cree un mundo nuevo donde no tenga cabida el dolor y el amor sea el único fuego que arda. Un mundo donde pueda abrazar a las personas que ame sin que ninguna se me vaya para siempre de mis brazos». Ese es un deseo que bien pudiera cumplirse en cualquier otro pueblo, pero jamás en Palo Blanco.

Érase una vez un pueblo que vivía las pasiones de sus habitantes como si fueran propias. Tenía el suelo rojo y el cielo de un azul tan profundo que cazaba a todos los pájaros que lo veían —por eso era tan rico y tan feliz—. Eran un pueblo único en su esencia perdido en el tiempo y el espacio sobre el que se tejían todo tipo de historias hasta hacerlo parte de una ficción por la irrealidad de sus confines. Árboles frondosos, colores cegadores y cuevas que escondían algo más valioso que el oro: portales a otros mundos igual de sorprendentes. Tenía una belleza tan pulcra que el salvador del mundo lo eligió como refugio para cumplir su misión de siglos.

Érase una vez un pueblo que albergaba maldiciones y bendiciones por igual. Era tan inhóspito —un lugar perdido en la humanidad— que no le importaba hacer aflorar la magia en las almas menos esperadas.

Érase una vez una mujer que escupía alacranes y que amaba mucho a los hombres equivocados. Otra que mataba a sus amantes con tan solo besarlos. Una que miraba todos los futuros y no pudo soportar el final. Otra que durmió diez años creyendo en la promesa del primer amor de su vida. Una que venció la maldad y se entregó a las alas negras. Otra que podía soportar la hambruna y que hacía vestidos de novia para evadir su fatalidad. Una mujer que fue encerrada porque su marido no creyó en su dolor. Y dos ancianas: una que tejía el destino de Palo Blanco y otra que se sacrificó para dar a luz a nuevas mudas de almas después de criar a una legión de resucitados.

Érase una vez un pueblo apenas sostenido por inercia que en sus últimos días guardaba la esperanza de sobrevivir con los recaudos de pureza de las almas que lo habitaban. Guardaba el canto de sus pájaros y el ruido de sus aguas como si fueran a cesar en cualquier momento. Antes de que la estridencia lo fragmentara con el olvido más doloroso.

Irina siente que ese atardecer es el último de su vida. ¿Cómo hacerle creer que no si yo también lo siento? Siento la despedida del sol triste detrás de las montañas con sus rayos de luz anunciando el adiós más fatal de sus ciclos. Y los pájaros yendo a dormir con los últimos vestigios de calma. Y el cielo deslavándose como si ya no fuera a tener un color jamás en su vida. Es el final y no es el final al mismo tiempo. Así que Irina no sabe cómo sentirse. Porque no es buena con los finales sin anuncio.

Un estruendo interrumpe sus pensamientos. Un sonido de garras, dentelladas y rugidos de ultratumba. «Ni en mis más oscuras pesadillas he escuchado algo así». Proviene de los límites de la finca —el límite que da al río—, así que se precipita hacia allá y cuando menos lo piensa ya tiene una escopeta en su mano. Su otra huésped le había dejado más instintos de los que quisiera admitir. Ve la trifulca de los dos animales. Un lobo blanco contra un lobo negro. «Esto no es normal». No, no es normal en absoluto. Porque la encarnizada pelea a todas luces quiere reclamar la vida del otro. Uno de los

dos terminará muerto si ella no interviene de inmediato. Un millón de pensamientos le recorren la mente. Porque siente con un instinto sobrenatural que en ese cuerpo de lobo blanco existe un alma que ella conoce bien. Demasiado bien. «Es el alma de Norberto», piensa. Cuando observa la pata izquierda del lobo con una desviación la remite de súbito a la vez en que vio el fémur contrahecho de Norberto en el río.

Y eso le basta para disparar.

La metralla hiende el aire con una despiadada sonata oscura.

El lobo negro se desvanece como el humo de una hoguera, sin dejar más rastro que un aullido final. Irina parpadea mil veces cuando el lobo blanco deja de ser paulatinamente un lobo y al esfumarse deja en su lugar el cuerpo inerte de Norberto, quien respira a horcajadas. Las heridas escarlatas le decoran el pecho, aunque para su sorpresa no emite ningún quejido de dolor.

—Tanta sangre, Dios mío —dice Irina—. Nunca había visto tanta sangre en mi vida en alguien que sigue respirando. Yo te sanaré.

—No —dice— déjame morir. Jamás me permitiría quedar en deuda con una asesina.

—En primer lugar —asegura—, no soy una asesina. Y en segundo, jamás quedarás en deuda conmigo. Estamos juntos en esto, Norberto. Sea cual sea el pecado que crees que cometí, lo enmendaré.

Coloca sus manos en sus heridas. Las puntadas invisibles de luz migran de sus manos hacia la piel de él sintiendo su restauración. «Ojalá así pudiera sanar el dolor que le produjo mi otro yo».

—Escúchame, Norberto. Sé que te hizo una versión de mí que no era yo... Sé que suena revuelto, pero yo jamás haría algo así contra ti ni contra nadie. Cualquier dolor que pienses fue producto mío, lo sanaré, o al menos lo intentaré. Hay un final cerniéndose sobre nosotros, pero te juro que lucharé para que tengas una nueva posibilidad de encontrar el amor, así sea lo último que haga. El amor migra, migra de muchas formas y estoy segura que en algún lugar te estará esperando.

—Si dices que no fuiste tú, ¿quién fue? ¿Quién tomó tu lugar para hacer una maldad así de cruel?

—Sonará descabellado —suspira—, pero hice un sacrificio de dejar esta vida por diez años con tal de *salvarnos* y tener la oportunidad de evitar la catástrofe. Quien sea que haya ocupado mi presencia cuando me ausenté transgredió más de lo que nadie pudo imaginar.

—Fue aquella noche... en una cueva...

El recuerdo a Norberto le eriza la piel. Él estaba transformado y había visto el resplandor y escuchado los sollozos de Irina despidiéndose de alguien o de algo.

—Sí, sí. Fue aquella vez. Hice ese sacrificio para prepararme para el final y mírame, creo que nunca lo estaré.

—Acabas de salvarme cuando yo estuve a punto de matarte —le dice él—. Si eso no es estar preparada, no sé lo que es.

—¿Entonces estoy perdonada? —exclama Irina sin poder contener la emoción.

—Lo estás... pero más te vale que sea verdad eso de que el amor me espera en algún lugar.

—A todos nos espera el amor en algún lugar, Norberto, eso es seguro.

—Dame una mano —le dice él. Los rayos de luna contra su piel desnuda resultan poéticos.

—¿Desde cuándo...?

—Camino desde que Chana, la mujer más valiente que he conocido me enseñó a *volar*.

Mientras le cuenta las historias de los saltos y de las puertas —de cómo la vida es una colección de millones de túneles que dan a parar a diferentes realidades— Irina siente que todas las piezas del enorme rompecabezas del final están en su lugar. «No hay mejor arma que creer en la magia que nos habita». Cada una de sus palabras transmite pureza, asombro y confianza absoluta, como si le hubiera abierto las puertas de su alma a esa magia ancestral y el refugio en ella hubiese sido maravilloso. Cuando termina ambos se quedan sin aliento.

—Te voy a llevar a que conozcas a alguien. Es el ser más puro que he conocido en mi vida. Y a quien le he entregado toda la devoción de mis días, no solo de diez años.

«Sé lo que eso se siente», quiere decir Norberto. Accede a acompañarla. La noche —la última noche— los acobia con el embrujo de su soledad y con la musicalidad de los grillos y de todos los animales que acuden a sus refugios a dormir. «Sé que estamos al borde del final —piensa Irina— pero no por eso dejaremos que nos consuma sin remedio antes de lo previsto». Irina también siente que el perdón de Norberto la aligera en mil formas que no había imaginado. «No hubiera podido seguir con mi historia de no ser por tu perdón. Hay cargas que consumen, así que gracias por haberme liberado». Sus pasos resuenan en la nada del camino hasta llegar a la cueva.

Sin embargo, hay algo muy distinto.

Una profanación maldita.

—Irina, ¿qué ha pasado?

Un humo gris brillante sale de la cueva abierta como una boca. Está demolida de pies a cabeza. Los escombros se asoman, macabros, a la luz de la luna y se respira un olor a pólvora que quema los pulmones reduciéndolos a polvo. «No. No. No». Las lágrimas afloran en el rostro de Irina como corrientes de fuego. No sabe de dónde saca las fuerzas para apartar los bloques de piedra en busca del niño pálido, pero lo hace, despellejándose la piel y haciéndose trizas las uñas sin darse cuenta. El único dolor es su desaparición. A medida que va abriendo camino y no lo encuentra, se deshace por dentro. Norberto la ayuda, pero no es suficiente. Todo el mundo se ha roto, no solo esa cueva. Se ha roto la esperanza de restaurarlo, de devolverle su gloria y su vitalidad de otrora. Se le ha roto el corazón a Irina al perder la batalla más importante: proteger su amor. Siente que las garras del diablo le han arrancado el alma de cuajo. Y, sin embargo, la sed de encontrarlo no la abandona por completo. A pesar de no haber rastro de él por ningún lado. «Era lo más sagrado de mi vida y de mi mundo y no pude protegerlo del peligro. Aquí se acaba mi historia. Para siempre». Cuando todas las cenizas y los fragmentos de piedra están removidos, Irina se desploma a causa del dolor de su espíritu. Norberto la abraza sintiendo cómo las astillas de su corazón se escapan para no regresar jamás. Grita desgarrando la calma de la noche. Su clamor se cuele por mi viento como una centena de pájaros heridos y se instala en los entresijos de mis árboles y escala a las estrellas. Sin darse cuenta, su casa siempre había sido él, y ahora que alguien le había dado muerte, ya no valía la pena salvar tierra alguna porque por la eternidad se sentirá vacía; no habrá casa que la pueda sostener en su dolor.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Linda extrañaba el sol dorado de Palo Blanco por sobre todas las cosas. Extrañaba aquellos tiempos en que el sol era quien marcaba su día y no la continua desesperación de estar en un lugar que no le correspondía. Quizá era la única cosa que extrañaba y la única que la hacía volver, pues la remitía a esos días de pan y azúcar quemada cuando estar con ella misma no era pelear una batalla sin salida. «Sé a qué he venido y con quién debo hablar —se dice—. Los años no han pasado en vano y mucho menos han apaciguado mi voluntad de reivindicar mi nombre. Sea cual sea el precio a pagar».

En aquellos años Linda no solo había encontrado las fuerzas para seguir adelante, sino también la memoria que tanto le hacía falta para sentirse un poco más entera. «¿Qué puede pasar con una mujer sin memoria de su pasado en este pueblo? Toda clase de catástrofes. Lo sé yo más que nadie». Por acto de la medicación o por un acto de magia, Linda no lo sabía. De lo que sí estaba segura era de lo que haría con esa conciencia de su pasado. Saldaría las atrocidades con más atrocidades.

Encuentra a Julián Matamoros en las caballerizas de su casa. A pesar de la lejanía, Linda aún recuerda cada recodo del pueblo, como si estuviera fresco igual que una pintura en su memoria. Él se sobresalta como si hubiera visto un muerto. ¿La recordaría después de tanto tiempo? ¿Habría ella acudido a su memoria alguna vez dentro de esos diez años? Él para ella sí, aunque solo fuera para inventar mil y un formas de asesinarlo.

El momento tan esperado de su delirio está frente a ella.

Y con el mismo impacto con el que había soñado.

—Hola —lo saluda. Su voz es una cascada de hierro contra el silencio y el asombro—. ¿Te has olvidado de mí?

Ha clavado la estaca contra el frío corazón de su antiguo y equivocado amor. Está en la suma estupefacción.

—Vaya, parece que te han comido la lengua. Ya ni yo que tuve que pasar por tanto.

—Linda, no te esperaba aquí —logra decir al fin.

—Por supuesto que no me esperabas. Cuéntame, ¿a cuántas mujeres más les has hecho lo mismo que a mí? ¿O a quién esperabas encontrar?

—Linda, ya estoy casado de nuevo y tengo una hija. Solo vine de paso

a vigilar el negocio de la familia. ¿Qué quieres tú de mí?

—Venganza. Ajustar cuentas. Limpiar mi nombre. Me dejaste a la vista de todos como una asesina que se había deshecho de su hijo cuando la realidad fue muy distinta. Te deshiciste de mí como un trapo viejo cuando estaba en mi momento de mayor debilidad, cegada por tanto dolor. No hubo nadie que me protegiera, ni nadie que me cuidara después porque yo ya no te servía. Ni para darte hijos ni para amarte. A pesar de que lo habías prometido frente a Dios. No sabes cuántas veces me reprimí por haberte elegido, ni cuánto dolor me produjo darme cuenta de tu bestialidad. Heredé tu misma invulnerabilidad a las heridas en la piel al ser tu esposa y eso me impidió darme la muerte cuando una vez conseguí una cuchilla, pero ¿sabes una cosa? Ese mismo don que me regalaste me ayudó a sobrevivir para darte tu final. Nadie extrañará la escoria que siempre has sido, Julián.

Ese no era —ni por asomo— el recuerdo que Julián tenía de Linda. Era una mujer atemperada, una mujer que siempre equilibraba sus emociones. Ahora estaba una bestia en su lugar, obnubilada por sus deseos de venganza.

—Perdón por lo que te hice sufrir. ¿Es eso lo que querías escuchar? Pues lo siento, Linda. No era mi intención hacerlo, solo sentí que necesitabas la ayuda. No era normal lo que decías. Perdón por no creerte.

—Esas palabras podías haberlas dicho antes. Ahora no importan; están huecas. Huecas como el corazón que nunca amaste —hace una pausa antes de decir lo inevitable—. Podías haberlas dicho, por ejemplo, cuando volcaste el tranvía donde íbamos mi familia y yo.

—Linda...

—¿Qué excusa tienes para eso?

—Fue una apuesta absurda tras una borrachera. Éramos muy jóvenes. Habían contado que en ese tranvía viajaban brujas y ahora que lo pienso, eso resultó mejor que todo lo que les harían si las encontraban vivas.

—Qué considerado —aduce ella—. Pues gracias por tu generosa salvación, Julián. Ahora yo haré mi parte.

Julián se aparta de la pared, arando mientras busca un objeto con el cual defenderse. ¿Defenderse de qué?, piensa, porque Linda no está armada en ningún sentido salvo por el fuego de sus ojos.

—Tardé mucho en darme cuenta, pero a las mujeres de este pueblo Dios les dio una gracia para defenderse de tantas escorias como tú —le espeta—. Tuviste toda tu razón en querer hacerme desaparecer, porque tu dolor será insoportable.

Ese era su poder. Comunicar el dolor. Hacer que saliera a raudales de sus manos como rayos de sol para hacer vapor el cuerpo de su víctima. «Por más piel de acero que creas tener, no podrás escapar de esta maldición». Linda le apresa el cuello entre sus manos y comienza, sin piedad, el martirio de Julián. El hombre lanza un aullido que parte al cielo en dos. Más estruendoso que un relámpago. Más desquiciante que todos los gritos en el sanatorio. En cambio, las manos de Linda solo sienten placer. El placer más absoluto. Porque siente cómo la vida se le desprende mientras sus ojos se derriten como mantequilla y sus venas explotan como las uvas. La mujer escucha cómo el alma se le sale de los confines de su cuerpo y se va cual vapor al infierno. Suelta su cuello. Observa las marcas dejadas en el cuerpo inerte y siente la liberación final —la liberación que necesitaba su vida para seguir respirando—. Dos marcas al rojo vivo en los restos de un cuerpo que al parecer se había quemado por dentro en un incendio maldito causado por una mujer más maldita que con ese crimen limpiaba sus pecados y expurgaba los dolores de su casa.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

La maldad fue expandiéndose reclutando a los más débiles para sus fines ruines. Esa era la peor de las pestes. Después del incendio en el sanatorio donde había estado Linda, los bandidos irrumpieron llevándose con ellos a los internos con todo lujo de violencia. «Nos servirán más a nosotros que lo que servirán aquí en su condición». Planean someter a todos los pueblerinos de las cercanías y despojarlos de sus pertenencias. Levantar un imperio después de las cenizas.

Con fuego y asedio.

Mataron a tres guardias de seguridad al derribar los postigos de los condenados. Algo más severo que la locura se liberó: la sed de sangre.

Era una marcha aciaga y oscura.

Un sinsentido vagando por cada recodo del espacio dejando el olor a azufre como crías de diablo.

Una ruta de aquí para allá plantando la desolación.

Hasta dar con Palo Blanco buscando cerrar los ciclos perdidos.

Rosalba la Santa de los Delirios lleva días observando la soga que acabará con su gris existencia. Empero, como un acto de magia que la salva, hay algo o alguien que siempre la salva. Una mujer que le pide ayuda cuando está a punto de hacerlo. Un niño que le pide una pelota que se le fue al patio. Una niña que le pide una taza de azúcar. Sucesos azarosos llegando en el momento adecuado para prolongar su desolación. «Mi muerte ya no puede esperar —se dice—. Todos estos años he sido un cadáver andante. Vale más morir con dignidad. Morir como una santa y no como una paria. Llevarme al pecho el poco amor que viví como un puñal que me da muerte y no más soledad. Mi muerte ya no puede esperar porque mi vida siempre ha ido de un extremo a otro y ahora el extremo al que ha llegado es al final. El eterno final de todos».

No obstante, no dejaban de interrumpirla. En especial esta mañana en que ya está decidida completamente. Le anuncian un hecho fatal.

—Han matado a Julián —le cuenta una mujer.

Rosalba guarda silencio —el poco luto que le dará—. No hay ningún nudo en su garganta. Ni tristeza ni fuego alguno que la carcoma. Solo silencio.

Como si el viento se hubiera llevado todas sus palabras en un vendaval.

—Traigan a la música de viento —ordena mientras toma licor—. Eso hay que celebrarlo. Digo, honrarlo. ¿Qué sería del pueblo sin su miel?

«Celebrarlo, más que nada, porque yo no tuve nada que ver y, aun así, se ajustaron las cuentas como era debido».

Es satisfacción, más que cualquier otra cosa. Una despedida de una catástrofe sin pies ni cabeza que no sabe cuándo inició ni cuándo acabó. Solo sabe que la consumió casi por completo. «He estado a un solo paso de terminar esta pesadilla pero este hecho lo cambia todo. En otra época me hubiera resultado ruinoso, pero ahora me alivia. Me está aliviando».

Dentro de la oscuridad de sus entrañas sabe que hay una luz. Basta con nadar en ella y apresarla con sus manos nudosas.

Porque sabe muy profundo que sus hijos están cerca.

Es el primero de sus hijos quien entra por la puerta que tantas veces ha dejado entrar todo menos calma. Rosalba de los Delirios lo abraza como si aquella luz que tanto necesitaba por fin estuviera frente a ella cuando en realidad es la más despiadada oscuridad. Ella no lo sabe. O, al menos, no quiere saberlo. No ha querido saberlo en toda su vida. ¿Por qué debería hacerlo ahora? Es su luz más preciada, un salvavidas en el gran naufragio en el que se ha convertido su existencia.

—¡Hijo! Pero qué delgado estás.

—No he venido por tu comida, madre.

«Cadavérico» es el término adecuado. Si Rosalba pensaba que ella misma era un alma en pena, era porque no lo había visto a él. Sostenido apenas por inercia, con los ojos huecos y la piel marchita.

—¿Entonces a qué has venido?

—Cuéntame de tus hazañas —la invita—. Siempre me han gustado tus hazañas.

Una vez sentados, Rosalba comienza con su historia.

—Ay, hijo, no te imaginas. Maté al cacique, para empezar. Maté al cacique y a su hija y a su esposa. A su hija hicimos que le picara una alimaña y le hicimos creer a su padre que teníamos el antídoto pero que no se lo daríamos hasta tener todo su oro.

—Por favor dime que es cierto. Dime que lo conseguiste.

—Claro que lo conseguí. Tu madre lo consigue todo. El muy crédulo

pensó que lo teníamos en realidad y nos trajo toda su riqueza a este pueblo de nadie. Sin embargo —dice con sorna—, su hija ya había muerto. Lo que hicimos con él fue colgarlo. Y así comenzó mi reinado sobre este pueblo que vio su esplendor de nuevo. Conmigo ya nadie lo ha ni recordado, con decirte que hasta santa me proclamaron.

—Siempre has sido una santa —asegura él— para todos, menos para tus propios hijos.

—Criatura, ¿pero qué cosas dices?

—Olvidalo, madre. ¿Qué más has hecho?

—Hice una alianza y me está resultando de maravilla con Mónica de las Flores, la de los vestidos. Le saco provecho a las envidias que se ciernen sobre las novias de la capital y vieras qué fortuna me han dejado.

—¿Pues qué les pones a los vestidos?

—Alacranes —responde sin ningún atisbo de culpa—. Ellos se encargan de llevar a cabo la muerte mientras yo disfruto de la riqueza que esos tontos odios dejan.

—Tú siempre tan rodeada de alimañas —dice su hijo—. Eso explica muchas cosas. Por ejemplo, el tal Julián Matamoros ese.

—¿Qué hay con él? —pregunta, angustiada.

—No me digas que no lo sabes.

—No, no sé de qué hablas.

—Él es uno de los motivos por los que hemos venido.

—¿Por Julián?

—Es un narcotraficante, Rosalba. Un narcotraficante que, si los rumores son ciertos, tú has protegido.

—¿Te has vuelto loco? Ni en mis peores pesadillas lo habría protegido. Además, estás un poco escaso de noticias, cariño, porque Julián ha muerto.

Ambos entran en un mutismo absoluto. Rosalba porque el hecho de su muerte en sus labios le asombra y la sublima. Y su hijo porque ya tiene ahorrado uno de sus motivos de su visita.

—Qué sorpresa —dice al fin—. Había venido a este pueblo con ese propósito y ya está resuelto. No cabe duda de que en este lugar ocurren milagros.

—¿Por qué otro motivo has venido, hijo?

—¿Por qué otra cosa, madre? Desde nuestro exilio las cosas no han sido fáciles para nada. Te olvidaste de nosotros como si fuéramos un desecho.

Vengo por tu oro. Por las antiguas deudas que tienes con nosotros.

Rosalba responde con una carcajada sonora.

—No, hijo, te equivocas. No lo hice con el afán de desecharlos, sino como una corrección por tantas afrentas. ¿Cómo crees que me sentí después de ser señalada por todo el pueblo como la madre de unos bandidos? Tenían que aprender por las malas.

—Al menos te dimos un poco de lo que has soñado siempre: fama. Ahora que te veo hasta crees que eres una santa, pero ¿cuáles son tus milagros? Solo sobrevivir a tu propia amargura —hace una pausa—. Ahora, no me hagas perder el tiempo y dámelo. Dame tu oro.

—Siempre has sido un caprichoso, pero sobre mi cadáver esta vez conseguirás algo.

—Qué bueno que mencionas lo de tu cadáver.

Acto seguido, su hijo le apunta con un arma. Rosalba siente en todo su cuerpo lenguas de fuego por tanta rabia. «¿Tanta vergüenza soportada y tantos años perdidos y rotos para terminar así? Jamás». La misma rabia la usa para hacer emerger un alacrán. «A mí me queda toda una vida por delante. Tú y tu hermano la han echado a perder para siempre. No tienen salvación». Sabe que su hijo está manipulado hasta los límites, así que no tiene otra alternativa. «No me perdonará la vida, pero mi reinado todavía no ha llegado a su fin». Se pregunta cuál de los dos será más rápido, si su alacrán o la bala de su propio hijo. «Se han acabado las palabras. Ahora es o su veneno o el mío». Una porción del tiempo se detiene. Hay una brecha en el infierno dispuesta a engullir a uno de los dos. El fuego más inclemente en sus ojos se encuentra y se hace pedazos. No queda nada en este mundo más que sus furias cara a cara. Abandono contra deshonra librando su batalla. El disparo hiere al aire suspendido. Rosalba visualiza la historia frente a sus últimos segundos. Le lastima no encontrar ningún episodio feliz. ¿Y si eso es lo que la mata en realidad?

No; la mata el veneno del alacrán en su lengua, quien, en un inútil intento de detener la bala, explota con sus tenazas y ponzoña hechos polvo en la garganta de su madre.

Junto a un mar de sangre que sepulta a toda su legión para siempre.

CAPÍTULO TREINTA

Había una súplica muda con sabor a confesión en la última mirada de Julián Matamoros, piensa Linda. «Te interné en ese hospital porque los negocios míos y de mi familia te podrían poner en un riesgo inminente. Podrían cobrar mi vida contigo. Fuiste la única mujer a la que amé y siempre quise devolvarte tu amor protegiéndote. Nunca fui para ti y en cambio tú me lo entregaste todo». Ojalá hubiera sido esa misma mirada en la época en que Linda tenía oídos para todo, en que era una mujer sensible y abierta a todos los sentimientos de una mujer inocente. Eso ya no existía. Ahora solo se libraba el clamor de una venganza en su sangre. Su corazón era uno oscuro, tenebroso y rodeado de espinas que reclamaba aplacar su furia con el asesinato del autor de su ruina.

Ahora que lo ha logrado se pregunta cuál es su rumbo. Cuál es el significado de su retorno a Palo Blanco, la cuna de sus pesadillas. «He regresado. He matado. ¿Qué más me espera en este pueblo de nadie? No amo, no necesito, no reclamo a nadie. Todo cuanto amé se ha marchitado». Y, en cambio, sentía en su instinto una última cosa por hacer. «¿Qué hago con mi alma a partir de aquí? He alimentado a mis demonios con su último deseo y ahora no siento nada, excepto la necesidad de dormir. De dormir para siempre».

Linda no lo sabía, pero yo la necesitaba. Ahora más que nunca. A ella y a cuanta alma se prestara para salvar mis últimos latidos de vida.

Irina ha pasado su última noche llorando. Sus mejillas hirviendo no de fiebre, sino del calor abrasador de sus lágrimas que no confirman mas que el hecho de que el niño pálido partió. «Hay un millón de dimensiones a las que pudo haber ido, si es que fue... Si es que le dio tiempo de irse». En su interior se baten la esperanza de encontrarlo y la certeza de que lo ha perdido. «Nada es para siempre, mi niña —le había dicho una vez—. Esta historia de la humanidad que ves se ha levantado y se ha derrumbado miles de veces. A pesar de los milenios, todo ha sido breve. Lo que se ha considerado perdido para siempre apenas es una pausa en la inmensa catástrofe del tiempo. Siempre que pienses que has perdido algo irrecuperable, piensa en cuántas veces tú te has levantado cuando pensaste que no podías más. Hacemos pausas

con nuestro dolor, así es como hemos sobrevivido siempre». Irina se pregunta cómo hacer una pausa con su dolor en estos momentos. «Sin ti ya no hay nada que salvar», se dice. Si supiera que sí, que sin él aún hay un sinfín de motivos para acabar con el avance maldito del final. Hay una esperanza de que esta historia no termine entre las lágrimas y la soledad de una noche, ni entre los escombros de una cueva donde la vida eterna se le anunció para cautivarla con su magia por los restos de sus días. El amor era solo un ingrediente en la mágica receta de su destino.

Los comandos avanzan por la madrugada entre los matorrales y los ríos secos. Se asoman las cuevas inhóspitas como bocas de lobo absorbiendo los últimos estertores de la luz lunar. Sus camionetas levantan cortinas de polvo rojo, aplastando todas las esperanzas de las almas que sueñan un último sueño.

Una de las mujeres del pueblo encuentra el cuerpo de Rosalba la Santa de los Delirios, tumbado sobre su alfombra persa con un orificio en su nuca.

—¡Han matado a la Santa de Palo Blanco! —grita.

Rosalba parece devolverle una sonrisa plácida a través de su cadáver. Es el último honor que le queda —y el único que le ha importado en su vida—. Se va en paz: es la tregua con la que nunca se animó a firmar un pacto y por fin está ahí, vagando hasta encontrar una puerta que la lleve a un lugar donde por fin consiga paz. «Esta vida me quemó entera todos los putos días. Ya si ardo en el infierno estaré más que acostumbrada». Sean las llamas, el mar o el cielo, Rosalba la Santa de los Delirios por fin siente la calma para cruzar el Umbral. En la más digna de las purezas. Y esta vez, sin el veneno de sus alacranes.

En el último sueño de Norberto él sueña que el paraíso es nadar con el amor que perdió en esta vida. «El cielo es un lago inmenso en que volamos y nadamos y espero que tú estés en él porque ahí te esperaré y estoy seguro que tú también me esperas». Ese es su deseo. Que pase lo que tenga que pasar, pero que a su lado siempre esté lo que un día lo sublimó y le dio sentido a todas las cicatrices que tuvo su alma. Porque ese dolor sufrido años atrás le trazó una ruta para llegar a él, su absoluta felicidad. «Te perdí. Nos separó la fatalidad como si el dolor estuviera marcando mi destino siempre. No te pude acaparar a pesar de que ese era el deseo de todas mis vidas. Y, a pesar de

todos los saltos que dé, nunca podré escapar de mi anhelo de estar junto a ti. Espero que cuando ocurra el salto final al menos tu recuerdo me pueda acompañar». Estar sin él ha sido estar en un incendio perpetuo en el que jamás Norberto ha logrado ver una salida. Ha ardido y resurgido a partir de las cenizas porque ha logrado recuperar en su memoria la calidez de esa protección que lo abraza como un amuleto en sus días más grises. No sabe si eso volverá a pasar cuando salten todos de una vez y para siempre, pero esas reminiscencias de amor sellan cada quiebre de su alma y le dan la seguridad de que a donde sea que vaya lo llevará con él. «Albergamos almas. Las almas de quienes amamos y odiamos y perseguimos. Somos un contenedor de todas ellas mientras se hospedan en nuestros recuerdos. Porque ellos son la magia más poderosa que existe al sobrevivir a todo lo demás. Después de esta noche vendrán a arrebatarnos esas almas, pero si nosotros podemos albergarlas, el cielo y los demás órdenes podrán con mayor razón».

Yesenia invierte sus horas de sueño en hacer que sus cuervos vigilen los planes de los asesinos. Una vez que ha obtenido la cartografía de sus maquinaciones, se siente dispuesta a sobrevivir. Lo ha visto todo gracias al Rey Cuervo. Sabe que su papel en esta gran batalla es hacer que la mayor cantidad de almas pueda salvarse. Pero ¿qué pasa cuando los dolores de una casa son mayores que las ansias de seguir viviendo? La joven no sabe cómo convencer a los demás pueblerinos de ser parte de su plan porque no puede disolver su dolor, ni aumentar la poca esperanza que les queda. «Tú eres una salvadora nata —le había dicho el Rey Cuervo—. Venciste a aquella bestia y le diste a este pueblo la posibilidad de que siguiera latiendo y a los humanos la esperanza de que siguieran su camino y sus sueños en la calma que nació de ti. Harás lo mismo esta vez, solo confía en tu pureza. Y recuerda volar. Vuela alto como vuelan las cenizas y ármate de oscuridad si es necesario, porque hasta las tinieblas estarán de tu lado». Yesenia hace un acopio de fuerzas para no llorar. Porque dentro de la lista de personas que siempre ha querido salvar estaba su madre hasta aquel trágico final donde todo cambió. «Le di unos ojos nuevos para curar su dolor y me temo que nunca dejó de verlo. A partir de mañana me juro que desde donde esté verá un mundo mejor. También somos aquello que no pudimos salvar —se dice, en la interminable marea de pensamientos que recorren su semisueño—, así que prometo vivir con la gloria que me dejaron en vida».

El último sol que verá Palo Blanco en su vida se levanta como una bola de fuego imposible de extinguir. Durante toda la existencia del pueblo la luna era la que siempre había traído desdichas sobre sus pobladores, como aquella vez durante el eclipse cuando Raquel perdió a su bebé desangrándose hasta casi morir. Y años atrás haciendo que los niños nacieran contrahechos o deformes. Pero ahora el sol se levanta como una última esperanza para un pueblo maldecido por la fatalidad. Puedo ver a través de los árboles el tejido de Josefa sobre la mesa; el mural de las pesadillas finales. Hasta parece ayer cuando veía cómo los fantasmas de sus hijos corrían a través de sus faldas y ella les hacía cariños como si nunca los hubiese perdido. Puedo ver el último vestido que tejerá Mónica de las Flores, con un alacrán del que nunca se adornará esperando en sus rescoldos de seda. Hasta parece ayer cuando se sorprendía por la reticencia de sus hijos a la comida y a cómo éstos sobrevivían su primer año sin una gota de alimento porque así lo habían dispuesto sus dioses y santos. «Su legión de famélicos heredará mi reino, al parecer, cuando no quede en Palo Blanco nada que tragar», dijo Rosalba la Santa de los Delirios una vez. Puedo ver los pozos vacíos y las corrientes de los arroyos y los ríos corriendo como vestidos de novia. Hasta parece ayer cuando Norberto hizo su primer salto y las aguas lo bendijeron para que pudiera alzarse, devolviéndole esa capacidad que la muerte caprichosa le había arrebatado en sus primeros minutos de vida al no poderse llevar para siempre. «Me llevaré tus piernas —le susurró al oído— para que aprendas que hay peores cárceles que el no saber andar». Puedo verlo todo como un universo compacto a punto de estallar a plena luz del día. Incluso puedo respirar el nuevo comienzo detrás de las puertas de la muerte.

—Hay un estallido, princesa —le dice el niño pálido en sus últimos segundos de sueño— que abre nuevas puertas en la vida.

Entonces despierta. Sabe cómo sobrevivir. A todo menos a su recuerdo.

—¿Cómo han dormido ustedes? —pregunta a los demás.

—Como si fuera nuestra última noche —responde Norberto con un tono agrio.

—Escuché a una mujer gritar que ya habían matado a Rosalba de los Delirios.

Se escuchan disparos en el fondo, más allá de las colinas. Al principio

lo confunden con los sonidos que hacían los fuegos artificiales, pero están seguros de que el mal ya está aquí cuando los gritos de una mujer llegan hasta ellos.

—¡Omar! —grita la mujer cada vez más cerca.

Omar se va.

—Es mi madre, tengo que estar con ella. Irá con nosotros, ¿verdad?

Yesenia sabe que eso es un intento vano, pero no puede convencerlo de que se quede. Una vez afuera, él ve su catastrófico final. Con un vestido en manos, toda su sangre se vierte sobre la tela blanca cuando una ráfaga la penetra arrancándole sus últimas palabras.

—*Llévate ese vestido. Mientras tengas su sangre contigo, hay una esperanza de volverla a ver* —le susurra una voz.

La ráfaga cesa y entonces, como una sombra, se lleva esa tela consigo y el último rastro cálido de la vida de su madre.

Linda acude al refugio de la finca sin ser llamada.

—Yo los protegeré. Soy inmune a las balas. Solo díganme a dónde los escolto y lo haré.

Irina le da la descripción exacta de su itinerario.

—Puedes venir con nosotros —la invita—. No tienes por qué acabar aquí...

—No puedo —refuta ella—. Mis planes son muy distintos. No puedo interferir en los suyos mas que protegiéndolos.

—Entonces así será —dice Norberto. «De cualquier manera, las almas que nos legó Chana nos esperan en algún lugar en el cielo. Dudo que puedas dejar ir tu vida y levitar hasta ellas».

—La han matado —dice Omar con apenas un hilo de voz—. Y ya vienen hacia acá.

Las últimas almas de Palo Blanco corren hacia el refugio que soñó Irina, el refugio que le dijo aquella voz. Una voz que podría reconocer aquí y en cualquier dimensión. «Nunca vi más allá de tu santuario. Tú mismo lo hiciste estallar para abrir el acceso a las tantas puertas de las que hablabas, pero no tenía por qué haber sido así, no tenías que haber desaparecido».

Una ráfaga los alcanza. Las balas les rozan las orejas, pero siguen en pie a pesar de los estruendos y del fragor de la muerte. Linda puede *proyectar* su poder de hacer sentir dolor. Eso es lo que hace una tregua con los asesinos, lo que les permite a Irina, Yesenia, Norberto y Omar entrar hasta el santuario del niño pálido. Ven el túnel al fondo, una boca dorada que los llama para

salvarlos. Desde esa posición ven a Linda desmoronándose cuando toda la energía la abunda. Cae entre toda la hojarasca y ellos uno por uno se van internando, salvo Irina, quien no puede reunir las fuerzas para continuar. Desde dentro, Yesenia invoca una cortina de cuervos para protegerla.

—¡Hermana! ¿Qué pasa?

—Vayan ustedes. Yo no sé si estoy preparada para no verlo después de cruzar.

Los cuervos van cayendo uno a uno tras los balazos. Vienen hacia ella. Los ojos violetas de Yesenia se tornan blancos para invocar más —esta vez de piedra—. Sin ella no pueden continuar.

—¡Está aquí! —le miente.

Pero Irina no cree esa mentira. Un último impulso le habla por dentro. «Si tú cruzas, yo también cruzaré. Siempre podrás encontrarme, princesa, porque nunca nos hemos despedido. Estoy latiendo en ti y siempre lo haré». Irina entra con los demás y toma la mano de su hermana.

—¿No lo recuerdas? Prometimos estar siempre juntas, porque siempre las desgracias ocurren cuando estamos apartadas.

Se abrazan. Sus latidos juntos traspasan los ruidos de las aves muertas de afuera y de la metralla.

Dentro, los ojos asombrados de todos recorren el laberinto. Muros de barro rojo se alzan hasta perderse en la oscuridad de un cielo turquesa apenas visible. Hay oscuridad, salvo por la luz innata de las paredes rugosas.

—Rápido, tenemos que llegar al final antes de que los demás nos alcancen. Los cuervos de Yesenia no durarán mucho.

—Aquí hay algo —dice Omar, buscando en el vesito de su madre muerta. Desenvuelve una madeja de estambre rojo.

—Con eso, con eso podremos llegar a la última puerta.

Sus pasos se pierden en la inmensidad de esa prisión que les devuelve un último sueño de libertad. La bruma los envuelve, dotándoles del calor que necesitan para saltar una vez estando en el borde del Umbral.

—Recuerden volar. Dejen levitar su alma aquí, que nada de esta vida los acompañe al más allá.

Uno por uno atraviesan el velo. Irina es la última. El recuerdo del niño pálido se le desprende como una costra inmensa en su piel, pero lo deja ir. El dolor despedido la hace volar. Ese es su combustible. En el instante siguiente en que abre los ojos, ya no son los mismos. Sus cuerpos son guacamayas gigantes posándose en otro laberinto de barro, salvo que ahora el mundo está

abierto y se puede respirar y ya no cuesta abrir las alas.

—Paquimé —dice una voz.

Años después —mucho después de que los pájaros contaran que una mujer se había ido a dormir por los siglos de los siglos desnuda a un tanque de miel y de que tres hermanas se habían unido al fuego de los tabachines para incinerar a los aniquiladores— cuando una lluvia que duró diez siglos destruyó todos los vestigios de Palo Blanco, la casa de Leno fue derrumbada por su fuerza. Dentro de los adoquines de adobe había escondido en frascos de vidrio la vida entera del pueblo. Los adoquines se licuaron con la fiereza de los aguaceros hasta que, cuando salió el sol, uno de sus pergaminos desenvueltos dejaba leer *Nos diría el cielo, nos dirían los nombres, nos lo diría el agua, la tierra y el infierno y las intrigas y las historias que nuestro pueblo era un confín de fantasmas, pero nunca lo habríamos intuido. Era Palo Blanco, un ejido enterrado en la selva seca bajo un cielo de cristal y nubes escarlatas de amanecer a atardecer el único testigo de las atrocidades que barrieron con su historia y con sus cimientos de cal.*

Era yo...

Fin

AGRADECIMIENTOS

Esta novela casi me mata de no ser por la compañía y el apoyo de personas invaluable, nobles y amables que creyeron en este proyecto. Un agradecimiento especial a Kevin, Brenda, Alejandra y Mel, del Instituto de Cultura del Municipio, y a todas las personas detrás del Fondo Municipal para Artistas y Creadores. Su energía me contagió de principio a fin. ¡Gracias!

A mis lectores incondicionales por no soltar mi mano. Gracias por abrazar mis palabras de la forma en que lo hacen.

A Yari y Marcos, gracias por las risas en la distancia, el apoyo incesante y el cariño. ¡Eso último va siempre de vuelta!

A mi familia, por trazar las circunstancias que moldearon a esta novela.

Y a ti, si has llegado hasta aquí. Espero que las luces arrojadas sobre las tinieblas en esta novela hayan sido especiales de alguna forma.